

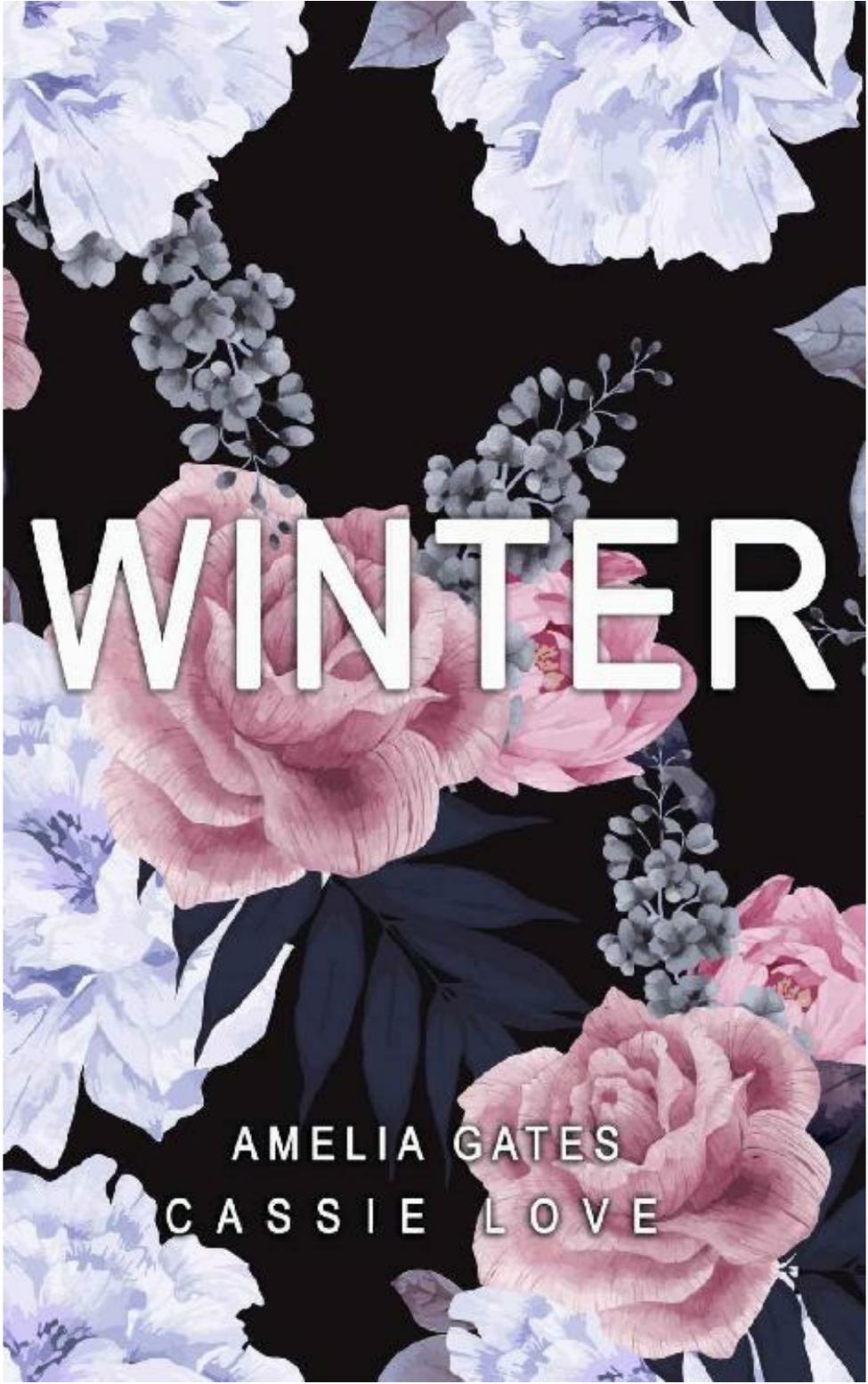


WINTER

NOVELA ROMÁNTICA



AMELIA GATES
CASSIE LOVE



WINTER

AMELIA GATES
CASSIE LOVE

ÍNDICE

Prólogo

1. Winter
2. Ethan
3. Winter
4. Ethan
5. Winter
6. Ethan
7. Winter
8. Winter
9. Ethan
10. Ethan
11. Winter
12. Ethan
13. Ethan
14. Winter
15. Winter
16. Ethan
17. Winter
18. Ethan
19. Ethan
20. Winter
21. Ethan
22. Winter
23. Ethan

Postfacio

PRÓLOGO



EL ASESINATO TIENE una forma divertida de hacer y romper a la gente.

Algunos construyen imperios sobre los huesos de aquellos que no vieron venir esa bala en la cabeza. Otros destrozan a sus familias por un momento de rabia incontrolable que termina con un cuchillo en el corazón. Está en nuestra naturaleza, aunque intentamos ser decentes.

El asesinato. El pecado definitivo, el más desaprobado por la humanidad, y sin embargo, no podemos evitarlo. Matamos por muchas razones: avaricia, celos, odio... necesidad. La mayoría de las veces, nos convencemos a nosotros mismos de que teníamos que hacerlo.

De que no había otra opción.

Sí, me lo digo a mí mismo todas las noches antes de cerrar los ojos, sabiendo a lo que me enfrentaré en mis oscuros y retorcidos sueños.

Sus abultados y enrojecidos ojos grises. Mi mano temblorosa, mis dedos envueltos alrededor del mango del cuchillo. Su sangre caliente, cubriendo mis nudillos antes de gotear en el suelo de cemento.

Me digo a mí mismo que no había nada que pudiera hacer.

Si pudiera volver atrás, haría las cosas de otra manera. Sería un idiota si dijera lo contrario. Pero no puedo.

Todo lo que puedo hacer es seguir recitando el mismo mantra en mi cabeza cada vez que me voy a dormir y cada vez que las pesadillas chocan conmigo y me sacuden de vuelta a la conciencia.

Estaba fuera de mi alcance. No tenía otra opción.

He aprendido a vivir con eso, pero no es el asesinato en sí mismo lo que me perturba el sueño y me jode los sentidos.

Es ella. La forma en que me miraba. El temblor en sus labios. El horror en sus brillantes ojos azules. Es la ausencia de ella después de esa noche, para ser precisos.

El asesinato nos rompió. Destruyó todo lo que habíamos construido juntos.

Aunque lo que teníamos podía compararse fácilmente con una torre hecha de cerillas, era nuestro. Nuestra vida. Nuestra insaciable sed del uno por el otro.

Solo hizo falta un segundo para prenderle fuego a todo, y vaya si ardió...

WINTER



APARCO MI SEDÁN del 2010 a dos manzanas de la propiedad, bajo un cerezo en flor. Me encantan los trabajos de primavera, siempre paso un buen rato. Me encanta la primavera, en general. Hace que mi no tan maravillosa profesión sea más agradable; la brisa de medianoche, el olor a flores de manzano y magnolias....

Me siento aún mejor si veo tulipanes, aunque sea a lo lejos cuando salgo de una villa con doscientos mil dólares en diamantes metidos en el bolsillo de mi chaqueta. Me pregunto si la propiedad que estoy a punto de "inspeccionar" tiene tulipanes mientras salgo del coche y presiono el botón de cerrar en el pequeño control remoto del llavero.

Pi-pi.

Esta parte de Thixton Creek está ridículamente tranquila después de las once de la noche. Nada más que mansiones y campos de golf a ambos lados de la calle Harbor. Pasé dos semanas investigando, sé cómo pasar desapercibida. Esta noche, he optado por ponerme unas mallas de yoga negras, zapatillas de deporte y un top de manga larga. Voy vestida como cualquier otra mujer adinerada de la zona, corriendo a medianoche. Tampoco hay suficientes farolas como para que se vea mi mochila, las suficientes para iluminar la acera en ausencia de luna llena.

Miro a mi alrededor y agradezco a las estrellas por haber conseguido un trabajo en un vecindario que no está lleno de coches patrulla. La última vez que estuve en esta parte de Nueva York, pasé la mitad de la noche escondida en los arbustos del lado norte del Seawane Country Club. Allí los vecinos llaman a la policía por cualquier cosa, desde un niño con capucha después de las diez de la noche hasta un golden retriever que se escapó de un jardín. Tardé una eternidad en salir de allí después de terminar el trabajo, porque el perro del vecino se volvió loco cuando me vio. No se me dan bien los perros y ellos lo sienten.

Vaya idiotas necesitados.

Han pasado diez años desde que empecé a hacer esto. Lo he dominado, pero todavía se me hace ese nudo pre robo en el estómago. Apoyo la mochila encima del coche y rebusco en el bolsillo delantero. Tiene que haber algún fruto seco por aquí. Debo silenciar al demonio antes de entrar, siempre me salta la comida cuando tengo trabajo.

Encuentro una pequeña bolsa de papel, llena de cacahuets tostados, en el fondo del bolsillo.

Aquí estáis...

La bodega de mi vecindario vende este delicioso manjar de los dioses con un alto contenido en grasas, lo traen directamente de Georgia y yo soy su clienta número uno. Los de Georgia son los mejores, crujientes y con sabor a perfección. Me meto un puñado en la boca, masticando

alegremente mientras me pongo la mochila, con las asas clavadas en los hombros. Metí equipo pesado dentro.

Desbloqueo mi móvil y vuelvo a consultar el pdf del plano. Lo he mirado cincuenta veces, memorizando cada ruta de acceso, cada ventana y cada posición de las cámaras de vigilancia, pero necesito revisarlo de nuevo. ¿Qué puedo decir? Soy una perfeccionista y este es un trabajo importante.

Hay un brazalete de diamantes Graff que vale unos quinientos mil dólares esperándome en el 21 de Channel Drive. Jered, como siempre, no me ha proporcionado información sobre el propietario, solo las especificaciones y una foto de la joya. De todas formas, no es que quiera saber quién es el dueño. Solo me interesan los esquemas, la seguridad y el número de armas de fuego que pueda haber. Es mi forma de mantener las distancias.

No quiero saber cómo son los dueños. No quiero sentirme mal, aunque duerman sobre sacos de dinero. No es mi dinero, al menos no hasta que lo robe, e incluso entonces, solo recibo la mitad, como parte de mi acuerdo con Jered. No hay lugar para la culpa en esta profesión.

Repaso por última vez los principales puntos de acceso, pellizcando la pantalla para hacer zoom en la puerta trasera. He añadido notas de todo con un lápiz táctil. Hay un solo panel de alarma en ese lado y dos cámaras, ambas en ángulo para abarcar la piscina en forma de gota.

Tres trabajos más como este y yo también podré instalar mi culo en una mansión con una piscina en forma de gota.

Guardo el teléfono y recojo mi pelo largo y negro en una cola de caballo apretada. Lamo la sal que me queda en los labios y empiezo a correr por Harbor Road, analizando cuidadosamente el área. La mayoría de las mansiones tienen de cinco a diez estancias y tejados de teja roja, una parcela cuadrada de césped artificial y vallas de estacas blancas. Un pequeño rincón de paraíso para cada administrador de fondos de protección suficientemente exitoso en esta área de los Estados Unidos.

Un perro pequeño sigue ladrando a mi derecha, las gruesas ventanas de una sala de estar amortiguan sus gritos agudos. Echo un vistazo al chuchó marrón oscuro antes de seguir.

Una luz automática de un porche se enciende cuando paso apresuradamente por la siguiente propiedad. Estas cosas solían acojonarme al principio.

Llego al número 15 de Harbor Road y concentro mi atención en el tramo de acera que queda por delante. No se ve nadie alrededor. Compruebo el reloj de mi móvil antes de silenciarlo y lo meto en el bolsillo trasero de mis mallas de yoga, que cierro con la cremallera. Son las 23:15, y la mayoría de los vecinos están en casa, a juzgar por las luces cálidas que se aprecian hasta el número 20 y los coches de lujo aparcados en el exterior. Veo dos Mercedes y un Beamer que no me importaría llevar a dar una vuelta.

La casa 21 parece tranquila y vacía. Me paro unos metros antes de llegar, justo en el límite del alcance de la cámara que hay en el portón negro de hierro. El muro de ladrillo rojo es lo suficientemente bajo para que pueda buscar señales de vida alrededor de la suntuosa mansión. Es aún más bonita que en las fotos que he visto.

Desde la propiedad de dos pisos, se alzan varias torres redondeadas con altos ventanales franceses y tejados de pizarra. La fachada está elegantemente revestida de azulejos de mampostería de color rojo oscuro y unos apliques de hierro negro decoran la entrada principal. Un camino estrecho y empedrado fluye desde el portón hasta la parte delantera de la casa y se divide a ambos lados de una fuente de mármol blanco antes de dirigirse a los tres escalones que conducen a las puertas acristaladas dobles.

Las plazas de aparcamiento están vacías. La oscuridad envuelve toda la propiedad. De

acuerdo con la información que tengo, se supone que los aspersores del césped delantero tienen que activarse a las 23:20.

Echo un vistazo a mi alrededor, simplemente para comprobar que sigo siendo el único ser humano en la calle a estas horas de la noche.

Lo soy. ¡Qué sorpresa!

Solo los ladrones y los amantes disfrutan de la comodidad de una calle a la luz de la luna y, a juzgar por el aspecto de Harbor Road, no parece que estas personas lo hagan con mucha frecuencia. Yo tampoco, pero formo parte de la primera categoría, así que ya tengo una casilla marcada.

Camino por el sendero al lado del muro de ladrillo y voy hasta la parte trasera de la propiedad. Afortunadamente para mí, en el número 20 no hay perros y sé a ciencia cierta que en el 21 tampoco. Me pongo mis guantes de cuero negro. Miro a mi alrededor de nuevo, luego salto y subo por encima del muro. Veo las cámaras que necesito desactivar en la parte trasera de la mansión, las que dan a la piscina en forma de gota que, por cierto, está preciosa con la iluminación submarina.

Me dejo caer en los arbustos que tengo debajo y doy gracias por la tela gruesa de mi camiseta y mis mallas al darme cuenta de que estoy rodeada de rosas con espinas. Me escabullo a través del pequeño jardín de flores y llego al lado oeste de la casa, luego avanzo hacia la parte de atrás, quedándome en el punto ciego que había seleccionado cuidadosamente.

Todo está tan silencioso que solo se oye el suave murmullo de la brisa del muelle rozando las hojas. Saco una lata de spray de mi mochila, junto con una gorra de béisbol que me pongo antes de salir de mi punto ciego y cubrir con pintura negra las dos lentes de las cámaras. Solo apareceré en el vídeo durante dos segundos como máximo, pero eso se traduce en un montón de fotogramas que alguien puede utilizar para intentar hacer zoom en mi cara. No puedo arriesgarme.

Las cámaras traseras ya están desactivadas, por así decirlo. Cortar los cables activaría el sistema de alarmas, pero no hay nada que puedan hacer si uso un bote de spray en estos modelos. Las pantallas de vigilancia están en algún lugar del sótano y no hay nadie en casa para verlas. Si el dueño revisa la transmisión en vivo de forma remota, Jered lo sabrá. Es una especie de cerebritito malvado de los ordenadores que me ha sacado de un montón de apuros en otras ocasiones. Tiene los sistemas de seguridad pinchados así que me lo hará saber.

Ahora, a hacer las cosas de chica mayor...

Abro el panel de la alarma para comprobar el teclado. Enciendo el dispositivo Bluetooth que tengo en el oído y me pongo en contacto con Jered mientras saco el kit de huellas dactilares de mi mochila. Revelo las huellas de las teclas con la ayuda de un poco de polvo de grafito y un pequeño y fino pincel.

—Winter, mi valiente rayito de sol —la voz quebrada de Jered emerge al otro lado de la línea—, ¿cómo está mi felina ladrona favorita?

—Tienes un minuto. Estoy en la parte de atrás —susurro y luego leo los números de las teclas que tienen huellas negras definidas—. Dos, tres, cinco, cero. Obra tu magia.

Escucho el sonido de su teclado mientras introduce los números en su algoritmo personalizado. Mirando a mi alrededor, analizo los muebles que hay al lado izquierdo de la piscina. Dos sillones de mimbre, una mesa de vidrio y un vaso de cristal vacío. Tal vez queden un par de mililitros de licor de ámbar en el fondo, tal vez de whisky, a juzgar por la forma del vaso. El dueño debe haberlo dejado ahí antes de salir.

—Vale, allá vamos, nena —Jered me despierta de mi letargo—: Dos, tres, cero, cinco.

—Qué rápido —respiro—. ¿Seguro que el programa funciona bien?

—Seguro. Lo cotejé con todos sus documentos, otras contraseñas que he descifrado y algunos registros oficiales. Parece que usa esta combinación para un par de puntos de acceso más.

—Eres la razón por la que nos dicen que usemos contraseñas diferentes para todo —murmuro y presiono los números del teclado en el orden que me dijo.

Debería aparecer un mensaje de OK en la pequeña pantalla verde de arriba. Presiono la tecla Enter y el sistema de seguridad me da el OK para entrar.

—Estoy dentro —murmuro, y mantengo la línea abierta.

—¡Bien hecho! Estoy aquí si me necesitas, nena —la jerga sureña de Jered tiende a calmarme mientras estoy trabajando.

Guardo el kit de huellas dactilares y saco el juego de ganzúas. No tardo demasiado en conseguir abrir la puerta. En menos de dos minutos, estoy dentro de la cocina.

Incluso con las luces apagadas, es impresionante. Suaves encimeras de mármol gris sobre muebles de cocina negros. El suelo de baldosas grandes hace juego con las encimeras. Las paredes parecen blancas y la luna brilla a través de los amplios ventanales, proyectando su luz contra los electrodomésticos de acero inoxidable. Este lugar fue diseñado para alguien con un leve trastorno obsesivo compulsivo, a juzgar por la perfección decorativa digna de revista. Rocío una cámara que hay justo encima de la puerta.

He memorizado los planos, así que sé a dónde ir. Cruzo la cocina, paso por el espacioso comedor con su titánica mesa de cristal y diez sillas de cuero negro, para seguir por el amplio pasillo. Llego a la entrada, un enorme hall cuadrado con paredes cubiertas de pinturas al óleo, y desactivo dos cámaras más. No se ve mucho, pero incluso en la oscuridad alcanzo a distinguir un marco bañado en oro.

Hay una escalera de caracol doble que se extiende a ambos lados y se une en la parte superior para conducir al primer piso. Avanzo y me doy la vuelta para analizar el piso superior. Varias esculturas y grandes vitrinas adornan el pasillo con una serie de puertas entre ellas. Hay dos cámaras más cubriendo ese ángulo.

Subo las escaleras como una bala y las pinto rápidamente de negro, luego me detengo frente a la puerta de en medio. Giro el cerrojo de la puerta hasta que oigo el clic que me indica que está abierta y vuelvo a echar un vistazo. Tengo una sensación extraña, como si me estuvieran vigilando, pero sé que todo está despejado. No hay nadie en casa, Jered revisó los sistemas de vigilancia y confirmó que el dueño está en Manhattan esta noche.

No hay ningún otro sistema de seguridad activo en la zona, solo el sistema de alarmas. Ya he desactivado las cámaras que me preocupaban. No hay razón para que me preocupe por esto. No me gusta abrir cajas fuertes cuando estoy nerviosa, me sudan las manos y pierdo la concentración. Eso añade tiempo extra a mi trabajo y es entonces cuando empieza el verdadero problema.

Entro en el estudio, luego cierro lentamente la puerta. Esta habitación es grande y muy masculina, al menos lo que puedo ver de ella. Hay dos grandes ventanales en la pared sur, que dan al jardín trasero y a la piscina. La luna emite la suficiente luz como para hacerme una idea de qué clase de hombre disfruta de este espacio.

El papel parece pintado a mano con diseños estilizados de flores de lis, los asientos son de cuero marrón oscuro y los estantes y el escritorio están hechos íntegramente de caoba. El suelo es de cerezo laminado oscuro y los apliques de pared son de un elegante verde oscuro y latón. En la parte superior del escritorio hay varias carpetas y un ordenador portátil, junto con varios accesorios y cargadores. Hay un mini bar a mi derecha. Reconozco el juego de vasos, uno de ellos todavía está abajo. Me acerco a él y compruebo qué alcohol hay dentro. Principalmente bourbon. Abro una botella y me tomo un trago. Me quema la garganta y me cubre el estómago con calor

líquido.

Sienta bien. Puede que ayude con los nervios.

Guardo la botella y cruzo la habitación, haciendo una pausa frente a un gran retrato al óleo de lo que parece ser algún aristócrata del siglo XIX. Nunca se me dio bien el arte, qué importa, conozco lo que yo hago desde la antigüedad.

El marco parece tan viejo como el cuadro. Paso mis dedos por sus intrincadamente esculpidos bordes revisando la parte de atrás, hasta que encuentro una pequeña hendidura en el lado derecho y un botón.

Bingo...

—Encontré la caja fuerte —le susurré a Jered que todavía estaba al otro lado del auricular Bluetooth.

—¡Eres una arpía astuta! —responde, y casi puedo oír la sonrisa cortando su pálida y cuadrada cara—. En 2:34 minutos. Nuevo récord.

—¿Ves? Te dije que podía hacerlo mejor...

—¿Cómo es?

—Espera —murmuré, y tiré del cuadro hacia mí.

Se abre como una puerta, con bisagras montadas en el lado izquierdo. Estoy frente a una elegante caja fuerte Liberty Fatboy, su parte frontal negra se burla de mí sin miramientos. Me he encargado de este modelo antes, pero siempre supone un reto. Lo malo es que creo que me traje todo el equipo extra para nada. Se trata de una cerradura Sargent & Greenleaf de estilo clásico. Solo necesito que alguien... escuche.

—Es una Liberty Fatboy —digo.

—¿Estándar o Extreme? —pregunta Jered.

—Estándar.

—Ah, bueno. Supongo que tiene las joyas y las armas en el mismo sitio, entonces —responde Jered—. Si no, no le veo el sentido.

—Sí, bueno, aún así tiene su truco —suspiro.

—Tu puedes, nena —me anima como siempre. A pesar de sus muchos defectos, Jered siempre me cubre las espaldas—. Estoy aquí si me necesitas.

—Genial, estate atento a las cámaras, necesitaré algo de tiempo con esto. Hace falta un poco de maña —murmuro, luego pongo la mochila en el suelo y saco la herramienta principal, mi fiel estetoscopio con un amplificador modificado montado sobre él para una mayor precisión.

Respiro profundamente un par de veces y luego me pongo de rodillas frente a la caja fuerte. No puedo evitar estar agradecida porque el dueño no haya cambiado la cerradura por una electrónica, haciendo que me enfrente a una cerradura de llave. Me ha llevado tres años perfeccionar esta técnica, pero todavía tengo que luchar contra pequeños ataques ocasionales de ansiedad.

Algunas cosas nunca se olvidan, el Señor sabe que lo he intentado. Han pasado doce años y todavía tengo pesadillas y ataques de pánico leves. El bourbon me ayuda un poco, así que me pongo a trabajar, escuchando en silencio en busca de los puntos de contacto mientras giro lentamente el dial, con el estetoscopio en mis oídos y el amplificador encendido.

Es una bonanza de seis dígitos, así que necesitaré unos veinte minutos, eso si me concentro. Puede que necesite otro trago.

Paso cinco minutos escuchando una suave sucesión de clics antes de encontrar el correcto.

Clic.

Giro el dial de nuevo, completamente concentrada.

La ventana de mi derecha es una buena fuente de luz, aunque solo sea un débil rayo de la luz de la luna. Se proyecta sobre mí y sobre el suelo formando cuadrados, dándome una pista sobre el color natural de la madera de cerezo que tengo debajo.

Mi mente está completamente desconectada, cuando oigo el segundo clic.

Cuatro más, cariño.

Cuatro más y el brazalete Graff es mío. Según la información de Jered, está ahí, junto con más joyas, así como dos rifles de asalto, dos pistolas semiautomáticas y varias escopetas. Este tío no se anda con bromas.

Estoy muy concentrada. Tan concentrada, de hecho, que no me da tiempo a reaccionar a la sombra que se cierne sobre mí tan rápido como debería.

—Mierda —me las arreglo para saltar a mi izquierda rápidamente, se despierta mi instinto.

Me doy la vuelta y esquivo un puñetazo, luego me deslizo más hacia atrás y a la derecha, tratando de no quedar acorralada en una esquina. No estoy segura de quién puede ser y tampoco lo veo muy bien pero, definitivamente, es un hombre, mucho más alto que yo y ridículamente ágil.

Me ataca de nuevo con una ráfaga de puñetazos. Bloqueo un par, pero su gancho derecho es mortal y me golpea la cabeza hacia un lado. Oigo crujir algo y rezo para que sea su puño, no mi mandíbula. Sin embargo, a juzgar por el dolor agudo y candente que se extiende por el lado izquierdo de mi cara, seguro que es mi mandíbula.

Mierda.

Me inclino hacia atrás para evitar otro puñetazo y devuelvo el golpe. He visto esta secuencia de movimientos antes pero ni siquiera pienso dónde o cuándo. Ahora nada de eso importa. Lo que importa es que sé lo que viene después.

Le doy una patada lateral inferior, golpeando su rodilla con mi espinilla. Él se queja y yo me agacho, luego le doy un puñetazo en el estómago. Me duelen los nudillos. Este malnacido está más duro que una piedra.

Necesito encontrar su punto débil.

El lado.

Esquivo un par de puñetazos más y luego lanzo mi gancho derecho directamente a las costillas. Lo bloquea y me coge el brazo.

Oh, mierda.

Miro hacia arriba y mi cerebro se detiene. Se supone que debo hacer algo.

Me golpea de nuevo, sacándome el aire de los pulmones. Me estoy desesperando, mi cabeza da vueltas. Levanto la rodilla y voy directa a su ingle.

Necesito salir de aquí.

Le golpeo lo suficientemente fuerte como para que me suelte el brazo mientras se retuerce de dolor. Salgo pitando del estudio y bajo las escaleras corriendo.

—Winter, ¿qué está pasando? —oigo a Jered en mi oído.

¡Ahora no, joder!

Probablemente oyó el percance. No hay tiempo para explicar nada ahora, así que hago clic en el botón del auricular para cortar la comunicación. Esa fracción de segundo que paso pensando en Jered me sale muy cara.

Se encienden las luces, el enorme candelabro que cuelga del techo moldeado baña todo el pasillo con un agradable color ámbar. Es todo lo que puedo ver.

Algo grande y pesado me golpea en la espalda tan pronto como mis zapatillas tocan el suelo de la planta baja. Él gruñe mientras caigo hacia delante de cara y se tira encima de mí.

¡Madre de Dios, cómo pesa!

Me cuesta respirar. Intento salir de debajo de él, pero se sienta encima de mi y me monta como si fuera un caballo.

Mi gorra de béisbol sale volando. Sus dedos agarran mi cola de caballo y tiran hacia atrás con fuerza. Me arde el cuero cabelludo y grito de dolor.

No hay mucho que pueda hacer, pero haré hasta lo imposible si es necesario, así que muevo las piernas y los brazos en un intento desesperado de recuperar mi libertad. Sin embargo, no hay suerte, ya que me agarra las muñecas y me retuerce los brazos hacia atrás. Me levanta las manos tan alto que tengo miedo de que se me rompan los codos.

El miedo se apodera de mí y me quema por dentro.

Estoy muy jodida.

—¿Qué coño estás haciendo en mi casa? —ruge, y la rabia de su voz me hace estremecer. Elegí cabrear al propietario equivocado. Fuerza mis manos aún más y empiezo a sudar frío mientras él está literalmente sentado sobre mi culo y probablemente parezca de lo más estúpida ahora mismo.

—¡Ay, ay, ay, ay, ay! —digo— ¡me vas a romper los brazos!

—¡Es lo que mereces! ¿Cómo conseguiste entrar, desgraciada?

¿Por qué su voz me suena familiar?

Voy a tener que usar las palabras para salir de esta, o al menos intentarlo. Me pongo a pensar en algún tipo de explicación lógica, pero primero necesito disculparme y sonar como si lo dijera en serio. Sin embargo, el dolor que me atraviesa los antebrazos hace casi imposible formular una frase coherente.

—Por favor —jadeo, mientras las lágrimas corren por mis mejillas, una reacción instantánea a mi agonía. —¡Por favor, no me hagas daño! ¡No... no pretendo lastimarte!

—¡Por supuesto que no! ¡Solo te sorprendí intentando abrir mi caja fuerte!

—¡Pensé que no estarías en casa! —grito mientras él se niega a soltarme las manos, mis hombros palpitan—. Lo siento, no me rompas...

De repente me suelta y me da la vuelta. El alivio solo dura un segundo. Me pega los brazos contra el suelo y se queda encima de mí. Mi visión se aclara, ni siquiera me había dado cuenta de que se había puesto borrosa. Me quedo quieta y todo se detiene.

Su cara...

Mi corazón se detiene durante lo que parece el minuto más largo del mundo.

Los ojos verdes y salvajes. El pelo castaño oscuro alterado que se riza sobre su frente. Su nariz. Las líneas marcadas de su cara y la carnosidad de su labio inferior.

—E... ¿Ethan? —Apenas puedo oírme a mí misma.

Es él. Doce años más tarde y todavía lo veo a él, el chico al que conocí escondido bajo una sombra a las cinco de la tarde con una camisa blanca. Tiene alguna línea de expresión alrededor de los ojos, pero es él. Sigue siendo igual de alto, mucho más que yo, incluso sentado.

Encima de mí. Está sentado encima de mí. Joder, Ethan está sentado encima de mí.

Está impactado. Tiene los ojos como platos, llenos de destellos de luz. Boquiabierto, sus cejas dibujan arrugas en su ceño. Respira agitado mientras me mira fijamente.

—Winter —susurra.

Todo esto me descoloca. El pasado. Los recuerdos. Cada imagen, cada sonido, cada vez que nos tuvimos. He pasado años intentando dejarlo todo atrás, tratando desesperadamente de olvidar que alguna vez existió. Que alguna vez existimos.

ETHAN



DE TODAS LAS noches posibles elegí quedarme a dormir y dejar que Michael, mi asistente personal, llevara mi coche a la gala benéfica de los Willard en Manhattan para firmar un cheque a mi nombre. De todas las noches elegí quedarme en casa, en lugar de fingir disfrutar de la compañía de cualquier tonta de silicona que se ponga cachonda con mi presencia. De todas las noches, tenía que ser esta noche.

Agarro a Winter contra el suelo y la inmovilizo por los lados con mis rodillas, mis dedos presionan sus delgadas muñecas por encima de su cabeza. La agarro y no puedo creer que la esté mirando.

Me había quedado dormido con la ropa puesta. Un leve ruido me despertó hace menos de diez minutos. Tengo el sueño ligero. He tenido el sueño ligero durante doce años. Todas esas pesadillas me han condicionado a buscar cualquier sonido en el mundo consciente para sacarme de la oscuridad en la que me sumerjo cuando cierro los ojos. Oí cómo se abría la puerta de mi estudio, todo desde mi cama.

No sabía, hace menos de diez minutos, que encontraría a Winter irrumpiendo en mi caja fuerte. Pensé que era una ladrona de mierda. No debes ser muy buena si puedo oírte.

Le pegué. Mierda, parece que no me contuve...

Puedo ver cómo su mandíbula se hincha poco a poco y un profundo tono rosado rojizo florece en el lado izquierdo de su cara. La he estado buscando durante doce años. Doce malditos años. Y decide robarme. Esta noche, de todas las noches.

Una punzada en el corazón me recuerda la última vez que la vi. Todavía tenía sangre en las manos cuando empujé la bolsa de lona en sus brazos. Había suficiente dinero en efectivo para que pudiera cruzar la frontera y empezar de nuevo en otro lugar. En algún lugar que no fuera Baltimore. En algún lugar en el que yo no estuviera. Sus ojos azules hinchados, el dolor y la ira en su voz... Pasé años intentando encontrarla desesperadamente, para darle la vida que se merecía y no la vida a la que la había arrastrado.

¿Y qué hace Winter? Va e intenta robarme...

—¿Qué coño haces aquí, Winter? —consigo decir al fin con un hilo de voz, estoy tan nervioso que siento como me deshago frente a esta hermosa criatura.

Parpadea varias veces, como si estuviera procesando mi pregunta. A juzgar por su perplejidad, empiezo a pensar que no sabía de quién era la casa en la que se estaba metiendo. Pero lo que sí sabía era a dónde ir exactamente. Sabía dónde estaba la caja fuerte.

Tiene un compañero.

—¿Qué. Coño. Haces. Aquí? —gruño y siento como tiembla debajo de mí.

No estoy seguro de cómo reaccionar. No sé qué más decir. Soy extremadamente territorial y no me sienta muy bien que la gente trate de robarme. Al mismo tiempo, intento analizarme a mí mismo, intento entender lo que estoy sintiendo. Se me acelera el pulso. Se me va a salir el corazón del pecho.

Joder, es preciosa. Lleva su brillante melena negra recogida en una coleta, ahora un poco despeinada. Sus ojos son de un azul profundo, una tonalidad aterciopelada digna del océano que todavía me conmueve, a juzgar por la tensión que se acumula en mi ingle. Sus labios dibujados como la suave curvatura del arco de cupido hacen que me cueste controlarme.

—Ethan... —murmura—. Yo... lo siento... no lo sabía...

Estaba en lo cierto. No tenía ni idea.

Probablemente nunca habría puesto un pie en este lugar si lo hubiera sabido. Pero entonces, nunca la habría sorprendido.

Después de doce años.

Pierdo el control. Bajo la cabeza rápidamente. Mi boca se estrella sobre la suya y la beso. Soy codicioso y estoy desesperado por sentirla, joder, que bien saben sus besos. Sus labios se separan y me da la bienvenida, su lengua está caliente y húmeda. Inhalo su aroma, una mezcla entre jabón y rosas, la beso con más pasión.

Ella gime debajo de mí. No sé qué hacer ahora. Necesito sentir cada centímetro de ella. Necesito consumirla, llenarla con todo lo que he llevado conmigo estos últimos doce años. Mis manos se deslizan por sus brazos, mis dedos rozan sus costillas antes de moverse hacia adelante y encontrar sus senos.

Suelto un gemido y los aprieto, aún tan prietos y suaves bajo lo que asumo que es un sujetador deportivo.

Esto no es suficiente.

He esperado doce putos años.

Intenta hablar, pero no se lo permitiré. Encuentro el borde de su blusa y lo levanto, mis dedos tocan su piel. Está caliente y suave, como si estuviera tejida con las sedas más finas, hecha exclusivamente para romper mis esquemas. Mis dedos se clavan en sus caderas, su cuerpo es firme pero delicado. Ella jadea y se retuerce mientras yo utilizo mi lengua para explorar su boca.

Alejo mi cabeza y me doy cuenta de su expresión de dolor. Estoy sin aliento pero me las arreglo para mirar hacia abajo y encuentro otro moretón que se extiende por su costado izquierdo

Le pegué.

—Joder —murmuro, mientras mis ojos vuelven a encontrar los suyos—. Lo siento, Winter, no lo sabía.

Se ha quedado sin habla. Ojalá pudiera oír lo que pasa por su hermosa cabeza. No sabía leerla entonces y tampoco la sé leer ahora.

—Di algo —susurro.

—Deja que me vaya —responde con el ceño fruncido.

Ni de puta coña. Ni de broma. Ya cometí ese error una vez.

Tampoco puedo retenerla para siempre, aunque sabe Dios que quiero hacerlo. Algo en mí se rompe, porque por mucho que no pueda leer a Winter, hay una cosa de la que estoy seguro, preferiría estar en cualquier otro lugar que no fuera aquí.

Me pongo de pie y la levanto del suelo de mármol. Se tambalea y le pongo los brazos alrededor de la cintura, se me pone más dura al ver su figura. Estas mallas de yoga le sientan muy bien a sus curvas. Bajo la cabeza posando mi mejilla sobre la suya.

Se estremece y yo la agarro con más fuerza. Sentir mi cuerpo contra el suyo sienta demasiado bien. Mi autocontrol se debilita por momentos.

—Winter —le susurro al oído—, ¿qué haces aquí?

Suspira en mis brazos, estoy literalmente a punto cogerla y llevármela arriba. Necesitaré unos días con ella, ininterrumpidos.

—No sabía que esta era tu casa, lo siento —responde ella, lanzando sus palabras sin un solo atisbo de sentimiento.

—Winter —le rozo suavemente la oreja y siento como tiembla. Es increíble ver cómo aún reacciona a mí. Siempre que estábamos juntos éramos como una bomba a punto de explotar. Mis manos se deslizan sobre sus nalgas y las aprieto con fuerza. Presiono su cuerpo contra mí—. No tienes idea de cuánta...

Me da una patada. En todas las pelotas. Otra vez.

El dolor es insoportable y agudo, el calor se extiende por cada centímetro de mi cuerpo. Me duelen hasta los huesos.

Exhalo bruscamente mientras ella da un paso atrás. No veo nada, empiezo a perder el conocimiento. Caigo de rodillas agarrándome el paquete e incapaz de hacer otra cosa que gemir como un animal sin sentido.

Oigo sus pasos mientras corre por el pasillo. La puerta de la cocina se cierra de golpe.

Mi mejilla descansa contra el suelo frío. Respiro profundamente varias veces, tratando de recuperar el control de mi cuerpo a medida que el dolor disminuye gradualmente.

—Joder.... Joder... Joder —digo, y consigo volver a levantarme.

Me muevo hacia la cocina, con cuidado de mantener las piernas separadas el tiempo suficiente para que mis pelotas puedan respirar. Nunca había hecho esto antes y eso que hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Nunca me había dado una patada en las pelotas. Esto es nuevo y no me gusta.

Consigo salir pero no hay rastro de ella. Corro por toda la casa, pero aún así no encuentro a Winter. Ni un solo destello de su presencia.

—¡Mierda!

Vuelvo a entrar con los puños cerrados a ambos lados de mi cuerpo. Recupero la vista y vuelvo a la realidad. La encontraré, aunque sea lo último que haga. Se me ha estado escapando de las manos durante demasiado tiempo. No lo va a hacer de nuevo.

Su mochila sigue arriba.

WINTER



NORMALMENTE, me sentiría muy mal por darle una patada a un tío en las pelotas. Me imagino lo mucho que duele. Pero si es por Ethan, estoy dispuesta a hacer una excepción y no sentirme mal. Cogí una ruta alternativa, colándome por los jardines de sus vecinos hasta que salí de Harbor Road.

Me duele la cara. Me palpitan las costillas. Mis labios son delicados, mi corazón está en carne viva y apenas puedo respirar. El calor se acumula entre mis piernas y maldigo en voz baja a mi cuerpo por traicionarme. Cinco minutos con Ethan y me convierto en papilla, incluso después de todos estos años.

Me llevó una eternidad aprender a vivir sin él. Hasta hace dos años, todavía buscaba su nombre en Google y leía acerca de sus últimos proyectos de casino. Nunca le perdí la pista, pero me aseguré de que no pudiera encontrarme. Tengo un par de buenos amigos en la policía de Nueva York. No saben a que me “dedico —simplemente me limité a decirles que tengo un ex-novio loco acosándome. De vez en cuando, me hacen saber si alguien busca mi nombre en la base de datos federal.

Hace 12 años, Ethan me largó con una bolsa llena de dinero. Me dijo que me fuera a otro estado y me olvidara de su existencia. Me gritó. Me gritaba cosas que me tocaban de una forma que solo él sabía hacer. No pasó mucho tiempo hasta que decidí desaparecer, dejar de existir, especialmente para Ethan.

Me seco las lágrimas que me corren por las mejillas de camino a mi sedán y rebusco en mis bolsillos para encontrar las llaves.

—La madre que me parió —grité cuando me di cuenta de que probablemente se me habían caído en casa de Ethan.

Menos mal que no tiene alarma. Le doy un codazo a la ventana del conductor. Lo hago dos veces más hasta que se rompe el cristal. Abro la puerta, soltando una retahíla de todas las maldiciones que se me ocurren y entro.

Le hago un puente a mi propio coche y respiro aliviada cuando el motor ruge. Reposo la cabeza contra el volante unos segundos, meto primera y me voy dejando un chillido agudo en el aire. Esta noche ha sido un desastre.

Se suponía que iba a ser un trabajo normalito. Relativamente fácil, excepto por lo de encargarse de la seguridad. Incluso eso no fue demasiado complicado.

Pero Ethan... eso no me lo esperaba. Nunca lo hubiera visto venir.

—Ni siquiera sabía que tenía propiedades en Nueva York...

Giro a la izquierda y tomo la carretera principal de vuelta a la ciudad. Las luces me pasan a los lados en forma de destellos amarillos y me hacen daño en los ojos. Entonces me doy cuenta de que no son las luces. Todavía estoy llorando. No he dejado de llorar desde que salí corriendo de casa de Ethan. No puedo controlarme pero tampoco voy a reprimirme.

Necesito pensar. No tuve éxito con este trabajo y necesito encontrar otra forma de hacerme con 250.000 dólares cuanto antes. He trabajado muy duro. He arriesgado demasiado. No puedo dejar que Ethan... o mejor dicho, el fantasma de Ethan, lo arruine todo.

Ethan es parte del pasado. No hay que mirar atrás. Solo se mira hacia delante.

—Mierda... Jered...

Me seco las lágrimas de nuevo y hago todo lo que puedo para sonar estable y calmada mientras marco su número con mi auricular Bluetooth. Se escucha un clic, seguido por el sonido de un papel arrugándose. Conociendo a Jered, seguro que se está hartando a comida rápida grasienta.

—¿Qué cojones ha pasado? —grita, casi reventándose el tímpano.

—Eh, relájate, Jered —digo cabreada mientras dirijo mi mirada a la carretera y al espejo retrovisor. No puedo evitar preocuparme porque me sigan.

—¿Dime algo!

¿Por dónde empiezo?

—Aborto misión. El dueño estaba en casa.

ETHAN



APENAS PUDE DORMIR un par de horas anoche, principalmente porque necesito mantenerme alerta y concentrado. Mi investigador, Kyle Griffin, ha pasado los últimos cinco años buscando a Winter sin suerte y ahora está sentado en mi estudio, observando la caja fuerte y su mochila. No he tocado nada, así que puede buscar huellas dactilares y cualquier otra cosa que necesite para localizarla.

—Intentaba abrir la caja fuerte —Kyle repite lo que le acabo de decir mientras sus ojos investigan la "escena del crimen.

El estetoscopio está justo donde se le cayó anoche a Winter. Me apoyo en mi silla giratoria de cuero y le doy un sorbo al café. Hoy lleva extra de azúcar. Necesito tanta energía como sea posible para sustituir las horas de sueño.

—Sí. Creo que ya iba por la mitad —respondo, observando cómo se levanta de su silla y camina hacia la caja fuerte.

—¿Y el sistema de alarmas?

—Hay restos de grafito en los teclados de abajo —digo, y luego me tomo lo que queda del café. La inquietud se apodera de mí y me pongo de pie, paseando por la habitación—. No trabajaba sola. Alguien la ayudó a descifrar la contraseña.

—¿Cuánto tiempo crees que pasó aquí? —pregunta Kyle agachado, mientras se pone un par de guantes de látex azul y levanta el estetoscopio con dos dedos.

Lo analiza en silencio con la mirada fija en la modificación del amplificador.

—Puedo ver las cámaras de vigilancia de abajo, pero a juzgar por lo que estoy viendo aquí, no creo que tardara mucho en entrar. ¿Qué hay en la mochila?

Kyle deja el estetoscopio y procede a abrir la bolsa de Winter. Me acerco para ver mejor y no puedo evitar sorprenderme al ver su contenido. Hay un mini arsenal de herramientas de robo, incluyendo una palanca, un par de dispositivos electrónicos de seguridad, una pequeña lata de nitrógeno líquido y perdigones de explosivo C4.

Habría volado la puerta de la caja fuerte si hubiera sido necesario... Tan decidida como siempre.

—Menos mal que entraste entonces —se burla Kyle.

Saca un pequeño kit de huellas dactilares del bolsillo de su chaqueta y comienza a limpiar la palanca.

—Supongo que llevaba guantes, así que no encontraré ninguna de sus huellas en la caja fuerte —añade Kyle mientras se las arregla para encontrar varias huellas parciales y un par de huellas dactilares completas—. Sus huellas originales no estaban en el sistema, así que deberíamos

probar esto. Al menos puedes estar seguro de que le dio un buen uso al dinero que le diste, ha sido casi imposible encontrarla.

—O eso o eres horrible en tu trabajo —sonrío, cruzándome de brazos.

Kyle frunce los labios en respuesta. Sabe que estoy bromeando. Es muy consciente de lo bueno que es en su trabajo. El FBI acude a él para proyectos ocasionales. La policía de Nueva York es uno de sus "clientes" habituales. Si alguien puede encontrar beneficiarios del Programa de Protección de Testigos fugitivos, ese es Kyle Griffin. Winter no es una de ellos, pero todo lo que se ha esforzado por ocultar su existencia la hace perfecta para este trabajo.

—Analizaré sus huellas y te diré lo que encuentre. Nadie desaparece de la forma en que lo hizo sin un poco de ayuda, ya sea con las huellas dactilares o con el sistema de vigilancia, o ambos —dice Kyle, y luego se pone de pie y me mira—. Llévame al sótano.

—Esta es la primera vez que un tío me pide que lo lleve a mi sótano —bromeo y abro la puerta del estudio.

—Déjame adivinar, ellas creen que tienes una mazmorra sexual ahí abajo, ¿no?

—Más o menos. Supongo que tengo pinta de eso —respondo y llevo a Kyle abajo.

Nos paramos en la puerta de la cocina. Revisa el teclado numérico del panel de alarma exterior, luego mira a las dos cámaras que vigilan el patio y la piscina.

—¿Pinta de violador pervertido, quieres decir? —Kyle sonrío.

Le doy en las costillas y le hago un gesto para que me siga hasta el sótano. Es una habitación pequeña, con paredes cubiertas de estantes metálicos sobrecargados de carpetas y cajas de cartón. Hay un escritorio en la pared norte, con cuatro pantallas grandes y un teclado conectado al sistema de vigilancia. Abro el menú del DVR y reproduzco las imágenes de anoche en pantallas divididas, a partir de las diez de la noche.

—Creo que me quedé dormido a eso de las diez, murmuré, mientras mi mirada recorre las pantallas para encontrarla.

Puede que esté cansado y debería estar cabreado por lo que hizo, pero en realidad me siento de buen humor. Después de todos estos años, estoy feliz de ver que está viva, joder. Irrumpiendo en mi casa, pero viva y bien. Sabe pegar mejor de lo que lo hacía hace diez años.

Una a una, las pantallas se van oscureciendo. Me detengo y rebobino cuadro por cuadro. Cubrió las cámaras con spray.

—No puedo evitar preguntarme qué ha estado haciendo estos últimos años —dice Kyle con sarcasmo—. Me hubiera imaginado que estaría trabajando en cualquier oficina de Atlanta o sirviendo mesas en un Wendy's del Medio Oeste. No robando a los aristócratas de Nueva York.

—Está bien saber que piensas que soy un aristócrata —respondo.

Que Winter es inteligente es algo que ya sabía. Es una de las razones por las que me enamoré de ella hace doce años. Bueno, por eso y por todo lo demás. Esos ojos, sus labios carnosos y cada curva de su cuerpo; todo diseñado para volverme loco una y otra vez. Su fortaleza, su determinación y su habilidad para ver más allá de mi fachada.

¿Será la misma Winter que dejé atrás?

—No, no me refería a ti —responde Kyle—. Está claro que no eres su primera víctima.

Dejaré pasar esta también. Veo destellos de Winter moviéndose por la casa antes de que pintara las otras cámaras. No vio la que estaba en el estudio. La tengo en un circuito separado.

—Déjame comprobar algo —murmuro y saco el segundo menú del DVR.

La pantalla principal me proporciona imágenes claras de Winter en el estudio, grabadas desde una cámara que está montada entre dos estanterías que miran hacia la pared donde está la caja fuerte. Parece ágil. Lleva el pelo recogido en una coleta y la gorra de béisbol funciona muy bien

para taparle la cara desde los ángulos más altos, pero desde donde la estoy viendo ahora, su perfil es claro.

Esos labios...

Mira a su alrededor y luego se centra en la pintura. Kyle y yo observamos sus manos mientras busca el botón del cuadro y revela la caja fuerte.

—¿Sabía dónde estaba? —pregunta Kyle.

—No lo sé. Pero lo del sistema de vigilancia sí lo sabía, eso seguro —le respondo, rascándome la nuca—. Te voy a grabar todo esto en un CD.

Mientras esperamos a que se grave el CD, Kyle mira los estantes, con las manos en los bolsillos.

—Te enviaré a uno de mis técnicos hoy para que revise el sistema de vigilancia, solo por si acaso —dice—. Te llamaré por lo de las huellas en un par de días, como máximo. Mientras tanto, descansa un poco, hombre. Tienes un careto que da miedo.

—Aún así sigo tengo mejor cara que tú —sonríe y le entrego el CD con la grabación. Lo coge y lo mete en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Sí, sí, intenta autoconvencerte —se ríe.

Lo acompaño escaleras arriba hasta la puerta principal.

—Te lo digo en serio, Ethan —se vuelve hacia mí antes de salir—. Tómalo con calma. No dejes que esto te consuma de nuevo. Recuerda las pistas falsas que encontramos en Tucson, tío. Tardaste una eternidad en superarlo.

—Estoy bien —le hago un gesto tranquilizador—. Esta vez es diferente. Sé que está viva. La he visto. Esta es la mejor pista que hemos tenido en cinco años. De ninguna manera voy a dejar que se me escape otra vez.

Kyle deja salir un largo suspiro de su pecho y se acerca a su coche. Veo como se mete en él y se va. El portón automático se cierra y yo vuelvo a la cocina.

Necesito cambiar el código de la alarma.

El teclado numérico parece mirarme fijamente, esperando una nueva contraseña. Elijo otra fecha y la introduzco, luego presiono Enter. Otro día memorable más que nunca olvidaré. El día que la conocí. No soy de los que se acuerdan de cada cosa, pero todo lo relacionado con Winter ha quedado grabado en mi memoria de forma permanente.

Un pensamiento me pasa por la cabeza. Si está trabajando en el área de Nueva York, significa que podría estar viviendo aquí. En la ciudad o en un barrio residencial. Probablemente en la ciudad. Winter nunca fue el tipo de chica a la que le gustan las vallas blancas. Saco el teléfono y llamo a mi secretaria.

—Ashley —le digo en cuanto responde—: Necesito un favor... Hay un libro negro pequeño en mi oficina... Sí, en el cajón que está cerrado, te dejé una llave en caso de emergencia.... Así es. Hay un número ahí dentro que necesito que me envíes por mensaje, de un tal Vincent Gallucci... Sí, gracias.

Cuelgo y espero pacientemente el número. Hay ciertos datos de contacto que sólo conservo en papel. Cuando estás en el negocio de los casinos, el papel es a veces más seguro que lo digital. Kyle hace un buen trabajo reteniendo a los federales y al IRS, pero aún así, nunca está de más ser un poco paranoico sobre a quién conoces, y sobre quién sabe que conoces a esas personas. Así es como me hice con mi fortuna. Eso y un poco de suerte.

Me llega una notificación al teléfono. Es increíble lo eficiente que es Ashley. Michael, mi asistente personal, viaja conmigo adonde quiera que vaya. Está al tanto de información extremadamente sensible. Ashley es una cara bonita y una persona muy trabajadora que tengo en

mis oficinas de Nueva York. Pasó su primer día como secretaria en mi oficina, con la puerta cerrada y las bragas en el suelo. Está loca de atar, pero sabe que no pasará nada más. Se contenta con lo que le doy, Ashley es leal y aplastaría a quién hiciera falta para conseguirme lo que quiero. Yo me desahogo con nuestros polvos ocasionales y a ella le parece un acuerdo maravilloso.

El número de Vincent aparece en mi pantalla cuando abro el mensaje. Presiono el botón de llamar y me pongo el teléfono en la oreja. Me coge la llamada después de dos tonos.

—Vincent. Soy Ethan.... Sí, estoy bien, gracias por preguntar. Escucha, te llamo porque necesito ese favor que me debes... Sabes que nunca me olvido de estas movidas —siento como una sonrisa se dibuja en mi cara—. Necesito que hables con tus contactos del mercado de diamantes. Quiero saber quién está buscando brazaletes Graff.

Sí, Kyle está haciendo lo que puede con su trabajo de forma legal. Pero necesito destapar lo que está enterrado más abajo. Winter no estaba sola. Si está trabajando con alguien, necesito saber quiénes son. Para lo que voy a hacer a continuación, necesito saber todo lo que hay que saber sobre ella y sus asociados.

WINTER



ANOCHE FUE la primera vez en años que tuve que usar pastillas para dormir. Lo único de lo que no puedo prescindir en mi trabajo es del descanso. Mi cuerpo es muy eficiente cuando se trata de hacerme sentir que me pesa el culo si me salto mis siete horas de sueño, y con Ethan en Nueva York necesito que mi organismo funcione a la perfección.

Voy por mi segundo café, me aferro a la taza de café con leche mientras entro en la oficina de mentira de Jered en Yonkers. Corredor de bolsa independiente durante el día, ayudante y animador de ladrones durante la noche, eso cuando no está hackeando empresas farmacéuticas, por supuesto. Jered Hicks es un hombre con muchos talentos.

Su asistente personal, una chica de veintitantos años de la escuela de finanzas con el pelo rubio largo y gafas cuadradas de montura negra, me saluda.

—Srta. Wright —dice, dirigiéndose a mí con mi último apellido—, el Sr. Hicks la está esperando.

—Ah, ya lo sé, gracias —murmuro, entro en la oficina de cristal de Jered y cierro la puerta. Las paredes son de cristal traslúcido, así que nadie puede ver el interior, excepto alguna silueta desdibujada y sombras.

Jered parece particularmente irritado esta mañana, pero su frente se relaja al ver mi mandíbula azulada. Me siento en uno de los dos sillones del escritorio, cruzándome de piernas mientras continúo bebiendo el elixir de la vida de mi taza de café con leche.

—Sí, soy de moretón fácil —sonrío y me estremezco inmediatamente.

Cualquier expresión facial que haga duele. La irritación de Jered se transforma en preocupación mientras se inclina sobre su escritorio para verme mejor.

—Joder, nena, ¿te pegó? —dice, su acento sureño endulza cada palabra.

Jered no está nada mal. Si no hubiera sido tan disfuncional emocionalmente, probablemente habríamos empezado a salir en algún momento. No lo hicimos, pero no me importa contemplarlo de vez en cuando, hoy lleva puesto un traje beige oscuro, con una camisa blanca y una corbata de seda gris. Resalta sus ojos plateados. Tiene el pelo castaño y corto, degradado por los lados. Su mandíbula marcada y su acento son las únicas pistas que delatan el origen de Jered, Carolina del Norte. Parece el típico tío engominado de ciudad.

Lo conocí hace cinco años en el Empire Casino. Ambos estábamos mirando la misma mesa de blackjack. Estuvimos a punto de acostarnos esa noche, hasta que casi nos arrestan. Le he sacado de algún que otro apuro un par de veces y a cambio él hace lo mismo. Hacemos un buen equipo. Y sí, se pone sórdido de vez en cuando, pero es solo para divertirse. Sabe que nunca me pondrá una

mano encima.

—Sí, entre otras cosas —respondo, despatarrándome en la silla con las rodillas separadas. Ninguna posición es lo suficientemente cómoda para no pensar en mi mandíbula.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, tío, esperaba que me lo dijeras tú —me burlo—. ¡Se suponía que no iba a estar en casa!

—Winter, te juro que vi su coche salir de la propiedad a las siete de la tarde —suspira—. Ahora que lo pienso, podría haber sido su asistente personal.

—Vaya, gracias, ahora lo sé.

Jered me mira fijamente durante medio minuto. Se da cuenta de mi preocupación, que no puedo ocultar con mi mal humor. Cruzo los brazos sobre el pecho y levanto una ceja.

—¿Qué te pasa, Winter? —pregunta con el tono de un profesor cansado que tiene que lidiar con niños de preescolar enfadados.

—¿En serio? ¡Casi me cogen anoche, Jered! —lanzo una mirada penetrante y aprieto los dientes—. ¡A mí nunca me cogen!

—¡Eso es, 'casi'! —sonríe, y me entran ganas de pegarle. —Escapaste, eso es lo importante. Tendremos que intentarlo de nuevo. Esperemos un par de semanas, para ver qué mejoras le hace a su sistema de seguridad.

Se me hace un nudo en el estómago y un sofoco recorre mi cuerpo. ¿Escuché bien?

—Espera, ¿qué? —me río en su cara.

Jered exhala bruscamente y luego se para a mirar por la ventana que da a Lennon Park. Se mete las manos en los bolsillos, ese siempre un signo de estrés en su caso. Está preocupado por algo.

—Es lo que hay, Winter —responde, sonando cansado. —No podemos rendirnos. El jefe quiere ese brazalete con todas sus fuerzas. Tendremos que intentarlo de nuevo. Una estrategia diferente, otro ángulo... Lo que sea necesario.

—¿Le contaste a Marsden lo que pasó?

—Vaya que si lo hice. Dijo: '¡Inténtalo de nuevo!' y colgó —se ríe.

Marsden es un asqueroso. Y un gilipollas. Nunca habría empezado a trabajar con Jered si hubiera sabido cómo era su jefe. Después de dos robos, también estaba a las órdenes de Marsden. Ese hombre es un cáncer andante, muchos en todo el puto estado le tienen miedo. Jered y yo formamos parte de sus operaciones más discretas, o sea, las menos asesinas.

Mucha gente que tuvo problemas con él fue encontrada más tarde en el fondo de algún lago o en los vertederos de la zona del Bronx. Sabe demasiado sobre Jered y sobre mí como para marcharme, pero ya he desaparecido antes. Lo haré de nuevo, si es necesario. No me importa que tipo de obsesión tenga Marsden con ese brazalete, no voy a volver a casa de Ethan. No soy tan estúpida.

—Jered, no puedo volver —murmuro mientras las lágrimas empiezan a inundar mis ojos.

Está de espaldas, así que no puede ver cómo intento con todas mis fuerzas no romper a llorar de nuevo. Bebo un largo sorbo de café y miro al techo para evitar que mis lagrimales me traicionen. Jered nunca me ha visto llorar y no tengo intención de establecer tal precedente. Nunca debes revelar tus debilidades a tus cómplices en un delito.

—Esperaremos un par de semanas, cariño —responde—. Vigilaré su casa. Tucker y Fry pueden hacer un poco de trabajo de vigilancia para nosotros. Todavía estoy conectado a su sistema de vigilancia. Probablemente haya cambiado el código de seguridad, así que seguramente tendrás que desactivar el panel cuando vuelvas a entrar.

—No puedo...

Mi voz se quiebra. Las lágrimas caen por mis mejillas.

¡Mierda!

—Vale, está bien, tómate unos días de descanso —dice sin darse cuenta de mi crisis. —Deja que esa mandíbula se cure, pasa algún tiempo en el spa. Vete a hacerte la manicura y la pedicura, o lo que sea que hacéis las mujeres cuando estáis de mal humor. No sé, chocolate, vino tinto, comedias románticas. Joder, si quieres acostarte con alguien, siempre me tendrás aquí para...

Se da la vuelta para sonreírme de forma picarona pero su sonrisa se desvanece rápidamente cuando ve mi cara. Me tiemblan los labios y las lágrimas siguen cayendo. Jered corre alrededor del escritorio y gira mi silla para ponerme mirando hacia él. Se pone de cuclillas frente a mí, con una mirada de preocupación muy real.

—¿Qué pasa, bomboncito? —pregunta, con las manos apoyadas en mis rodillas—. Lo de hacerlo era una broma, ya sé que no quieres...

—No es eso —consigo decir.

—¿Entonces qué?

—No puedo volver a esa casa, Jered —sollozo, devastada y sin un atisbo de determinación. Incluso después de todos estos años, el simple hecho de pensar en Ethan me remueve con demasiada facilidad. —Conozco al... al dueño. Me conoce...

Jered se queda inmóvil, luego parpadea varias veces. Frunce el ceño mientras analiza mi expresión.

—Ethan Lightstone —murmura—. ¿Conoces a Ethan Lightstone en persona? ¿Por qué?

Estoy a punto de desmoronarme por completo. Jered me quita la taza de café de las manos y me coge por los hombros.

—Venga, Winter, dime —frunce el ceño—. ¿Por qué conoces a ese tío?

—Fuimos juntos al instituto —lloro, rindiéndome a la angustia que me quema el cuerpo. Me asombra lo mucho que me sigue afectando, incluso después de diez años.

Jered se levanta y regresa a su escritorio para consultar su ordenador. Lee algo en la pantalla, luego inclina la cabeza hacia un lado, como si algo no encajara.

—Pensé que habías estudiado en Nueva Jersey —dice.

—Baltimore —sacudo la cabeza, consciente de que Jered se dará cuenta de que he estado mintiendo sobre mi pasado. No es que le haya contado muchas cosas, de todos modos, pero aún así. No queda bonito.

—Entonces, te vio anoche. Te reconoció —dice, y yo asiento—. ¿Puede rastrearte?

—Mis huellas no están en el sistema —digo mientras sacudo la cabeza.

Pasamos un momento en absoluto silencio, mientras conecta los hechos. Luego hace un chasquido con la boca y me mira levantando una ceja.

—Creo que tendremos que hablar de tu pasado real en algún momento, está claro que me has estado ocultando algo, bomboncito —responde—. Pero hoy no es ese día. Marsden te querrá de vuelta en esa casa, Winter. Aunque conozcas a ese tío.

Se me revuelve el estómago y mis sollozos se convierten en un grito agudo. Miro a Jered con incredulidad.

—¿Tú me escuchas cuando hablo? ¡No. Puedo. Volver. Allí! —le digo, levantando la voz.

—Winter —intenta encontrar las palabras exactas mientras se toca el pelo—. Está claro que tú y Lightstone eráis más que compañeros de clase, de lo contrario no estarías llorando en mi oficina como una niña pequeña. No soy estúpido. Pero tampoco soy un suicida. Marsden quiere ese brazalete. Tienes que volver a la casa. Tampoco soy ladrón, por el amor de Dios, sino lo haría yo

mismo.

—¿No puedes conseguir a otra persona? —lo intento por ahí, convenciéndome a mí misma de que ni de coña voy a volver a casa de Ethan.

—Sabes que no funciona así, cariño —Jered mueve la cabeza lentamente—. Si Marsden quiere algo, no para hasta conseguirlo. Quiere que lo hagas tú, nadie más.

—Entonces me voy.

Me pongo de pie y camino hacia la puerta. Una carcajada de Jered me detiene. Sé que lo que acabo de decir es totalmente ridículo, pero Marsden me subestima. He desaparecido antes y lo haré de nuevo.

—No seas estúpida, Winter —los susurros de Jered me dan escalofríos—, Nadie se aleja de Marsden, y lo sabes.

—Todo gracias a ti, ¿no? —murmuro, mientras miro a mí alrededor.

—Lo hecho, hecho está, no hay vuelta atrás. Eres una mujer adulta, ya lo sabes. No todo en la vida es fácil, bomboncito —responde Jered, manteniéndose firme—. Eres propiedad de Marsden, igual que yo. Hacemos lo que él dice y nos hacemos ricos en el proceso. Así es como funciona esta mierda. Ahora, ve a lavarte, mimarte en un spa o lo que sea. Me pondré en contacto contigo en un par de días para contarte qué hay de nuevo con su sistema de seguridad.

Contengo mis ganas de gritar y, en vez de eso, aprieto los puños. Jered se lo toma como una señal de aceptación por mi parte, se sienta en su silla y escribe algo en el ordenador. Giro la cabeza para mirar de nuevo hacia la puerta de cristal y vislumbro la silueta de su asistente al otro lado.

No pueden obligarme a hacer esto. No voy a hacerlo.

—Asegúrate de tener el teléfono contigo estos días, Winter.

Me lo dice con su voz seria. La voz de 'Hoy no estoy para gilipollices'. La voz de 'Estoy demasiado comprometido con Marsden como para dejar que la cagues'.

No contesto y salgo de su oficina hacia el ascensor. Mi cabeza está a punto de explotar. La presión se acumula en mis sienes y me apuñala los ojos. Miro los números rojos de los pisos y presiono el botón de llamar varias veces. Parece que no llegará nunca.

Noto el aire cargado. Incluso con la puerta de su oficina cerrada, puedo sentir los ojos de Jered clavados en mi nuca. Llevo demasiado tiempo aguantando el acuerdo forzado con Marsden. La paga ha sido fantástica, la verdad. Pero con Ethan metido en el asunto, ya no puedo seguir aquí. Marsden no me asusta tanto como la idea de tener a Ethan en mi vida otra vez.

Le entregué mi corazón, mi alma, mi cuerpo... Le entregué mi vida entera, hasta aquella maldita noche.

Finalmente, las puertas del ascensor se abren y entro, me quedo ahí con la espalda apoyada en la fría pared de metal. Presiono el botón para ir a la planta baja y respiro aliviada mientras las puertas se cierran con un tintineo. Siento que me fallan las piernas.

Los recuerdos de Ethan me invaden, llenando mi pecho de calor envenenado.

ETHAN



HAN PASADO dos días desde que sorprendí a Winter en el estudio. Todavía estoy recuperándome, luchando contra las pesadillas y los sudores fríos. Kyle no tenía buenas noticias. Las huellas que recogió no estaban en el sistema. Sin embargo, está hablando con sus informantes confidenciales del área de los tres estados. Seguro que a alguien se le va a ocurrir algo.

Mientras tanto, Vincent ha cumplido. No tiene detalles específicos, pero fue capaz de mandarme la ubicación de un par de locales de póquer subterráneos que a menudo frecuentan muchos indeseables que trafican con joyas robadas. Me dijo que igual quería investigar por mi cuenta mientras él llamaba a sus viejos amigos del circuito de concesionarios. Si mi caja fuerte está en el punto de mira de alguien, tendrán que saberlo.

Dejo a Michael al volante de mi SUV. Tiene que mantener el motor en marcha y esperarme, en caso de que la cague y tenga que salir pitando. Hay mucho ambiente en East Village a estas horas de la noche. Los bares están abiertos y llenos de gente de toda la ciudad. ¿A quién no le gusta salir un viernes por la noche?

La música sale de múltiples establecimientos cada vez que abren las puertas para dejar entrar a alguien o echarlo por haber bebido demasiado. Estoy justo enfrente de una de las coctelerías más lujosas de la zona y escucho el motor del coche detrás de mí mientras analizo la fachada del edificio.

Hay muchas personas dentro. La música está muy alta y, a juzgar por las luces tenues y las bandejas de chupitos de gelatina, al menos la mitad de los clientes de esta noche terminarán con la cabeza en váter o buscando desesperadamente una máquina de condones para poder echar un polvo en el baño. Casi puedo oler la mezcla de testosterona y estrógenos que se funde con el aroma de las cáscaras de naranja flambeadas y cerveza derramada.

Al lado de la barra hay una puerta roja estrecha con un pomo de latón. Me acerco y llamo tres veces. Se abre acompañada de un chirrido y un gorila fornido con la cabeza afeitada y una cicatriz que se supone que me dice que es un tipo duro o algo así me saluda. Me meto las manos en los bolsillos para parecer lo más relajado posible con mis vaqueros, mi jersey negro y mi americana gris.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Su voz es demasiado aguda para su tamaño, pero no quiero subestimarlo. Necesito entrar, no pelearme con un gorila.

—Vengo por la partida —respondo con indiferencia.

—¿Quién te invitó?

Le doy el nombre que Vincent me dijo que usara en este local en particular.

—Enzo, el hijo de Carducci —le digo.

Me mira y luego abre la puerta para dejarme pasar. Asiento con la cabeza levemente y me dirijo a la entrada. La casa se extiende por un pasillo estrecho y una escalera que lleva a la planta alta. La alfombra es de un rojo burdeos sucio y las paredes necesitan un papel nuevo. Quien sea que esté alquilando este lugar no está interesado en aumentar su valor de mercado.

Me acerco a la escalera pero el gorila me detiene, poniendo su mano sobre mi hombro. Se me tensan los músculos y mi instinto amenaza con tomar el control, pero cierro los ojos y respiro para tranquilizarme. No me gusta nada que me toquen.

—¿Qué pasa? —pregunto, aclarando mi garganta.

—Tengo que cachearte, tío. Reglas de la casa.

—Me parece justo —respondo, poniendo las manos sobre la cabeza mientras él revisa si tengo armas o algún cable escondido o cualquier otra cosa a la que le tengan miedo estos criminales.

Por suerte para mí, nunca he tenido que tratar con jugadores de Nueva York a menos que hayan sido clientes en mis casinos de Las Vegas. Acabo de trasladar el negocio a Manhattan, lo otro era simplemente por diversión, principalmente porque ya tenía una casa en la zona. Desde esa noche, hace doce años, he hecho todo lo posible por no meterme en líos.

Por supuesto que me he desviado del camino alguna que otra vez, pero que le den, he hecho buenos amigos y he conseguido no acabar en la cárcel. Gané millones de dólares con mi último trabajo, que invertí en el negocio de los casinos de Las Vegas. Me siento bastante cómodo con mi situación financiera, pero hay unos cuantos a los que les encantaría verme tocar fondo. Esos cabrones pueden seguir soñando. Tengo a la policía de Las Vegas en el bolsillo y Nueva York tampoco va a acabar conmigo.

Satisfecho con su búsqueda, el portero me señala la escalera.

—Primer piso, segunda puerta a la derecha —dice—. Tienes que registrarte primero.

—Perfecto —asiento con la cabeza y voy al primer piso.

La puerta que ha mencionado está provista de una mirilla rectangular, una de esas antiguas que se abren deslizando. Llamo a la puerta, ansioso por ver cómo son las mesas de apuestas clandestinas de Nueva York. Lo más probable es que todos vayan a ser mis clientes cuando abra mi local en Manhattan.

Como era de esperar, la mirilla metálica se abre y me encuentro con un par de ojos marrones oscuros. Un hombre joven, de unos 20 años.

—¿Nombre? —pregunta.

—Ethan Lightstone —respondo.

El sonido de la música me hace cosquillas en los oídos. No estoy seguro si viene de adentro o del bar de al lado. Es una suave melodía de jazz que me ayuda a concentrarme.

—¿Quién te invitó?

—Enzo Carducci —digo, mirando el resto del piso.

Solo hay un pasillo con otras tres puertas, todas con el mismo tipo de mirilla. Algo me dice que el negocio del póquer se extiende por toda la planta, pero solo tengo acceso a este lado, gracias a Carducci. No importa, mientras consiga la información que quiero me parece bien.

La puerta se abre y me recibe una azafata ligerita de ropa con el pelo rojo recogido en un moño apretado y voluptuoso, tiene los ojos verdes y una mirada curiosa, además de unas piernas increíbles. Huele a perfume de diseño barato y a cigarrillos.

—Bienvenido, Sr. Lightstone —dice ella, con un tono tan insípido como su sonrisa.

Asiento levemente con la cabeza y luego la sigo hasta el apartamento. Es enorme, cuenta con tres amplias habitaciones y una cocina abierta. Hay un mini bar en el área del salón y varias camareras yendo de aquí para allí con botellas de whisky y bandejas cargadas con cualquier fritangada, probablemente de la hamburguesería del otro lado de la calle.

Quienquiera que esté a cargo se aseguró de que los jugadores recibieran un buen trato. Por lo menos hay que apreciar el esfuerzo. A diferencia de los decadentes pasillos y la aburrida fachada, el apartamento en sí es impresionante y elegante, decorado con papel pintado de color rojo oscuro y con suelo de moqueta negro. Las luces son tenues, excepto las que están encima de las mesas de póquer, que son más brillantes y cálidas. Cuento al menos sesenta personas aquí, repartidas en cinco mesas.

La azafata me lleva al bar y me guiña el ojo.

—Por favor, pídase algo y siéntese en cualquiera de las mesas —dice, y luego se va.

Pido un whisky doble con hielo y me lo bebo de un trago, luego pido otro más, con el que me tomo mi tiempo mientras examino la habitación. Los cuadros de las paredes están puestos ahí para aparentar. Las luces me recuerdan a un elegante ático en la parte alta de la ciudad, pero el acabado parece un poco barato. He estado ojeando catálogos de interiorismo durante semanas, tratando de encontrar el material adecuado para mi proyecto en Manhattan. La decoradora de interiores que contraté es muy buena en su trabajo, pero aprecia que exprese mi opinión sobre detalles más particulares. Es lo que te llevas cuando trabajas con neoyorquinos, te involucras al cien por cien.

La camarera tiene 19 años como máximo. El uniforme le queda un poco apretado y marca sus curvas, ahora entiendo por qué consiguió el trabajo. Es demasiado guapa, tiene el pelo largo, rizado y castaño y ojos de caramelo. Lleva puesto suficiente maquillaje en los labios y los párpados como para potenciar sus rasgos clave, lo justo para que no destaque. Los clientes necesitan concentrarse en las cartas y disfrutar de su belleza solo cuando vienen a la barra a pedir algo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le pregunto, empujando mi vaso hacia adelante para que me lo rellene.

—Solo un par de semanas —dice, sirviéndome un doble con hielo.

Le doy el doble de propina esta vez y me devuelve una gran sonrisa.

—¿Conoces a alguno de los jugadores?

—No, señor, pero ese caballero de allí seguro que sí —responde ella, apuntando a un hombre que está al otro lado de la habitación. Está apoyado contra una pared, mirando en silencio una de las partidas. Sus ojos pequeños y redondos brillan cada vez que alguien entra. —Es nuestro mánager. Puede decirte todo lo que quieras saber antes de elegir una mesa.

—Gracias —cojo mi bebida y me acerco al hombre de traje marrón de forma casual.

Ve como me acerco y endereza la espalda instintivamente. Le hago un educado gesto con la cabeza, mientras la música jazz ahoga algunas de las voces de la sala. Fija la mirada en mí y me examina de los pies a la cabeza.

—No te he visto por aquí antes —dice.

—Probablemente porque es la primera vez que vengo —sonríó, levanto mi copa y tomo un sorbo de whisky. Que bien sienta el calor en la garganta.

—Bienvenido, entonces —responde—. ¿Qué te trae por aquí?

—He oído que el gran premio de esta noche no es moco de pavo —miro a la mesa frente a nosotros.

Diez jugadores. Dos son jugadores compulsivos, lo sé por sus gestos y por como mueven los ojos. Los otros son jugadores ocasionales. Uno es un estafador, su cara de póquer no es muy

buena. Con ese comportamiento, mis seguras lo habrían echado en menos de nada. Me sorprende que nadie lo haya hecho todavía.

—¿Quieres que te presente en una mesa? —pregunta.

—Gracias, pero puedo hacerlo yo mismo, no soy tímido —siento un tic en la comisura de mi boca. —Estoy más interesado en otro tipo de servicio que he oído que se ofrece aquí.

Mueve la cabeza hacia un lado, con las manos en los bolsillos. Está intrigado.

—¿Y qué servicio es ese?

—Colecciono diamantes —le digo—. He oído que algunos de sus jugadores son muy buenos consiguiendo artículos únicos por un precio razonable.

—Disculpe, ¿como decía que se llamaba? —responde con los ojos reducidos a oscuras rendijas.

—No lo dije. Soy Ethan Lightstone.

Nos damos la mano. La tiene húmeda. Lo estoy poniendo nervioso. Bien.

—¿Qué clase de diamantes estás buscando, exactamente? —pregunta, mirando a la habitación.

—Los que son propiedad de alguien —respondo, y nos volvemos a mirar a los ojos.

—Eso sí que es tener huevos, acercarte a un extraño y preguntarle si vende diamantes robados... —se ríe, como si estuviera bromeando.

—Organizas timbas de póquer ilegales —respondo—. No estás vendiendo pastelitos. No soy estúpido. Me entero de los rumores. Enzo me sugirió que viniera aquí.

Cuando pronuncio ese nombre, la palidez invade su rostro. He dado en el clavo.

—¿El hijo de Carducci? —murmura, con una mirada de preocupación.

Asiento con la cabeza y él exhala, dejando caer el pecho y los hombros. Sin apartar los ojos de los jugadores, me dice lo que necesito oír.

—Hay varios jugadores esta noche que podrían ayudarte —dice—. Pero se espera que un par más vengan más tarde. Uno de ellos es una leyenda por aquí. Podría presentarte.

—Gracias, se lo agradecería mucho. ¿Cuánto sería?

—Cincuenta mil —dice—. Coge fichas en recepción. Iré a buscarte cuando ella llegue.

Cuando ella llegue. ¿Cuáles son las probabilidades de que 'ella' sea la mujer a la que estoy buscando?

Vincent, menudo hijo de puta... creo que voy a estar en deuda contigo otra vez y no sé si me gusta.

WINTER



DESPUÉS DE MI visita a la oficina de Jered, decidí que necesitaba un par de días libres. Dos días y dos noches enteras de no hacer absolutamente nada, o sea, nada constructivo o saludable. Tengo pizza congelada y cerveza en la nevera, helado de cookies en el congelador y un montón de programas de comedia nocturna esperándome. Pero esta noche pretendo pasarla donde Ralph. Tengo ganas de asaltar unas cuantas mesas de póquer y tal vez una botella de bourbon también. Si alguien decide ofrecerme un trabajo mucho mejor.

Necesito alejarme de Marsden y Jered. Necesito irme de Nueva York y desaparecer de nuevo, pero eso va a costar. Tengo algo de dinero ahorrado, lo estaba guardando para comprarme una bonita casa con una piscina en forma de gota, pero mira, no volver a encontrarme con Ethan es más importante. Me dejó tirada hace doce años. Me rompió el corazón y pensó que lo arreglaría todo con una bolsa de dinero. Tardé años en sacármelo de la cabeza, en olvidarlo. Pero lo hice. De ninguna manera voy a dejar que este fantasma del pasado vuelva a mi vida.

Marsden puede irse a la mierda. Jered estará enfadado durante un tiempo, pero lo superará. Al final lo hará.

Ya es hora de que me mude a otro sitio. Marsden me ha tenido atada durante demasiado tiempo. No es propio de mí dejarme atrapar así.

Entro en la planta baja de la casa de póquer ilegal de Ralph en East Village con una sonrisa en la cara. Jimmy, el gorila, me reconoce, se le ilumina la cara y me sujeta la puerta para que entre.

—Qué alegría volver a verte, Winter—incluso me hace un gesto de cortesía.

El apuesto gigante...

Subo y sigo todo el procedimiento de registro. La chica de la recepción me conoce, demasiado bien diría yo, me prepara doscientos mil dólares en fichas de póquer. Para ser sincera, vengo una vez a la semana y solo hago descansos de entre dos y tres semanas antes de hacer un trabajo gordo.

Hay música suave de jazz en el fondo y veo una cara nueva en el bar - una chica nueva, reemplazando al anterior camarero de Ralph. Ninguna mujer puede soportar a Ralph demasiado tiempo. Es demasiado sórdido, especialmente cuando tiene jugadores poderosos en la casa. Lo he oído hablar con sus hijas de maneras que me harían meterle el puño en la cara, repetidamente, hasta que no le quedara ninguna cara.

Me acerco al bar y pido un bourbon doble, sin hielo, sin molestarme en echar un ojo a la sala primero. Los clientes siempre son los mismos: ejecutivos con dinero para regalar y faltos de emoción; jugadores compulsivos que no saben cuándo abandonar; jugadores profesionales que

vienen a hacer sus "prácticas de tiro" y, de vez en cuando, algún estafador. Estos últimos no duran mucho aquí. A algunos les pegan palizas en una cuarta habitación de la que muchos desconocen su existencia.

—¿Qué tal te va la noche? —le pregunto a la camarera antes de dirigir mi mirada a la habitación.

—No me quejo —responde ella—. Esta noche vinieron con sed. ¿Vienes a jugar?

—Sí, ya han pasado un par de semanas —murmuro, mientras la cifra exacta que necesito para desaparecer de esta ciudad sigue resonando en mi cabeza.

—Puede que tengas suerte esta noche —dice ella—, hay un par de caras nuevas.

—¿En serio? Bueno, tu también eres nueva.

—Cierto, pero ya llevo aquí dos semanas, le estoy cogiendo el tranquillo —sonríe la camarera—. La mayoría de estos tíos son un poco guarros para mi gusto, pero dan muy buenas propinas. Ese tío de allí, sin embargo, parece interesante...

Saluda a alguien que está detrás de mí. Giro la cabeza para ver quién es y mi cuerpo reacciona al instante. Mis músculos se contraen y mi pulso se hace los 100m lisos. Me arde la garganta y no sé si es por el bourbon o por el hecho de que Ethan Lightstone está sentado en una mesa de póquer, con las cartas en las manos y sus ojos verdes penetrantes fijos en mí.

Mierda.

Pago mi bebida, que me trago en lo que parece una fracción de segundo, luego salgo de la habitación y me dirijo directamente a la salida. La chica de la recepción me mira extrañada cuando le entrego mis fichas de póquer y me devuelve el dinero.

Mierda. Mierda. Mierda.

El portero me deja salir y escucho atentamente por si me sigue. No me considero una persona religiosa pero rezo para que Ethan se quede allí. Para que no venga a por mí.

—¿Qué coño está haciendo aquí? —murmuro al salir del edificio, ignorando a Jimmy por completo.

—¿Ya se marcha? —dice.

Pero ya no puedo oírlo. Lo único que escucho son los latidos de mi corazón. Todo el dolor que había almacenado en el fondo de mi corazón desgarrado está volviendo, es insoportable. Me acerco a mi coche, que había aparcado al otro lado de la calle.

Empieza a hacer fresco. Se nota que es primavera por la diferencia entre las temperaturas diurnas y nocturnas. Sale vaho de mi boca mientras jadeo y tiro de la maneta de la puerta de mi coche.

Una mano aparece de la nada y la cierra con un golpe. Me quedo quieta. Está justo detrás de mí, mirándome desde arriba, su ancho cuerpo proyecta una sombra sobre mí. Su aliento me roza la oreja y no sé como sentirme al respecto. La ira hierve bajo mi piel, extendiéndose por mis extremidades.

—No pensarías que iba a dejar que te fueras sin más, ¿no? —pregunta Ethan, en voz baja.

Mi estómago se contrae hasta convertirse en un guisante diminuto. Algo me constriñe el pecho y me cuesta respirar. Me hierve la sangre.

—Soñar es gratis —murmuro, y suspiro.

Nos quedamos así durante un minuto. Su fragancia invade mis fosas nasales, tabaco, whisky con una base de madera de cedro y almizcle. Cómo olvidarla. Se la compré por primera vez en Navidad, por su 19 cumpleaños. Me pregunto si se la ha echado a propósito.

El olor juega con mis sentidos. Es intenso, poderoso y dominante. Siento que mi yo de 18 años vuelve a aparecer. A la que aún no le han roto el corazón. La que siempre quiere más de Ethan. La

que quiere enterrar su cara en ese espacio entre su cuello y su hombro, donde tiene la piel tan suave.... donde se siente segura y en casa.

—Winter, mírame.

Mierda.

No paro de decir 'Mierda' como si eso fuera a cambiar algo. Respiro hondo y me doy la vuelta para enfrentarme a él. Puede que esté más alto de lo que recuerdo, no sé. Siempre tenía que alzar la vista para poder mirarle a los ojos.

—¿Qué haces aquí, Ethan?

—Observo a la competencia —sonríe.

—¿Competencia? ¿Qué pasa, ahora eres jugador de póquer profesional? ¿Es eso lo que decidiste hacer con tu vida?

—No exactamente. Al menos me mantengo dentro de la legalidad. ¿Y tú, Winter? ¿Qué has estado haciendo? No escatimes en detalles.

Su voz está llena de sarcasmo. Algo se activa dentro de mí, pero sigo luchando por contener mis emociones.

—¿Qué quieres? —pregunto con la voz temblorosa.

Sí, no se me da muy bien. No hay forma de poder controlarlo. Mi cuerpo no me escucha cuando Ethan está cerca.

—¿De verdad hace falta preguntar? —responde, con el ceño fruncido.

La chica de 20 años que hay en mí empieza a escalar de vuelta a la superficie. Lleva doce años ahogándose en el dolor. Nunca pude ayudarla. La ira era la única emoción que tenía para luchar contra ella. Para evitar que me destrozara desde dentro.

—Es una pregunta razonable —respondo de forma brusca y siento como se me tensa la mandíbula.

No me quita los ojos de encima. Me hace sentir vulnerable y lo odio.

Eso es. Odias todo de él. Alimenta esa furia hasta que recuperes el control.

Hay muchas cosas que me gustaría decirle, la mayoría de ellas insultos, pero es difícil encadenarlos en una frase coherente cuando veo cómo su mirada se posa en mis labios. Joder, estoy perdiendo el control cuando lo único que quiero es seguir enfadada. Quizás debería darle una patada en los huevos otra vez. Ahora que lo recuerdo, me sentó muy bien.

—Te he estado buscando —dice.

—¿No me digas? ¿Para qué? Pensé que habíamos terminado. No, espera, tacha eso. Hemos terminado. Lo dejaste muy claro. A menos que quieras que te devuelva el dinero. En cuyo caso, aquí tienes —saco el dinero del bolsillo interior de mi chaqueta de cuero, me tiemblan las manos.

Me detiene, poniendo su mano sobre la mía. Su tacto descarga una corriente eléctrica sobre mi cuerpo y me acojono porque no quiero reaccionar así. Me aferro a la vida, luchando contra mi yo de dieciocho y veinte años, rogando que mi ira se quede donde está, que me dé la fuerza necesaria para alejarme de él.

—No quiero tu dinero, Winter —responde—. Yo te di ese dinero. No era un préstamo.

—Ah, ya, claro —respondo, metiéndome los billetes de vuelta en el bolsillo—. Era el finiquito.

—¿De qué estás hablando?

Se está frustrando. Lo sé por la forma en que sus ojos se estrechan y presiona sus labios.

—Finiquito. ¿Qué pasa? ¿No te suena ese término? Finiquito. Para que la idiota de Winter desaparezca. Para que se pierda.

¡Ahí está! Mi ira ha vuelto y la canalizo contra él, como si le estuviera apuntando a la cabeza

con una pistola. Mis voces interiores se calman y me enderezo para no dejar que consiga destruir mi coraza. Han pasado doce años. Yo puedo.

—No te di ningún finiquito, Winter —suspira—. Ya lo sabes.

—Lo único que sé seguro es que te burlaste de mí. Me rompiste en mil pedazos y luego me tiraste a la basura. Usaste dinero para solucionar el problema, esperando que así desapareciera. Pues me fui. Así que, dime, ¿qué coño haces aquí hablando conmigo? Ya no éramos nada. No somos nada

—Por el tono de tu voz diría que estás enfadada —murmura, suavizando su mirada—. Eso es bueno. Significa que todavía te sientes...

Mi mano sale disparada y le doy una buena bofetada que hace que su cabeza gire hacia un lado.

—No tienes derecho a hablarme de sentimientos —levanto la voz—. ¡No tienes derecho a hablarme, punto!

Gira la cabeza para mirarme una vez más con los ojos como platos. Le he sorprendido.

—Guau, esa sí que ha sido buena —responde Ethan con cierto tono de diversión en sus palabras mientras da un paso hacia adelante y disminuye la distancia entre nosotros.

Se me acelera la respiración y doy un paso hacia atrás, con una mano detrás de mí, intentando encontrar la manilla de la puerta. Necesito alejarme de él ya. ¿Y si grito "Violación"?

Mierda, no, lo último que necesito es llamar la atención. Estoy tratando de desaparecer.

—No voy a hacerte daño —frunce el ceño, como si estuviera ofendido por haberle rechazado.

—Lo sé, porque ya lo has hecho, ¿recuerdas?

—Winter, sólo quiero hablar. Por favor.

¡No, no, no, no me abandones! Siento como mi ira vacila. Un mal momento la verdad, porque acabo de encontrar la manilla de la puerta. No necesito escuchar lo que tiene que decir. Me hizo daño de forma voluntaria. Me alejó. Me abandonó esa noche, después de todo lo que pasó.

—No hay nada de que hablar, Ethan —respondo—. Dijiste todo lo que tenías que decir hace doce años, en ese garaje. De hecho, fuiste bastante claro. Así que, no. Vete a la mierda.

Abro la puerta y él la empuja firmemente para cerrarla. Da otro paso adelante y su enorme cuerpo me aprisiona contra el coche antes de darme la oportunidad de escapar. Su expresión parece un tanto oscura, el verde de sus ojos es casi eléctrico. Ya no sé qué más puedo hacer, su muslo se desliza entre mis piernas para impedir aún más mis movimientos.

—Hay mucho de lo que tenemos que hablar, Winter —dice, bajando la cabeza.

La punta de su nariz toca la mía. Siento que se me sale el corazón del pecho de la rabia. Mira como usa su fuerza física para someterme. ¿Quién se cree que es?

La furia me recorre de arriba abajo y le sigo el juego.

—Veo que aún te va lo de usar la fuerza bruta —respondo cabreada.

—No, es solo que no quiero que me des una patada en los huevos, amor —sonríe, apoyando su frente contra la mía.

—Ethan, si no te apartas te volveré a pegar.

—Pégame todo lo que quieras. Te he encontrado. No voy a dejar que desaparezcas de nuevo.

—¿No vas a dejar que desaparezca de nuevo? —gruño y le doy un empujón.

Para mi sorpresa, se aparta. Se muerde el labio inferior y su mirada recorre mi cara para posarse de nuevo en mi boca. Cualquiera otra mujer habría perdido las bragas en ese mismo instante. Conduciría a ropa arrancada y gritos orgásmicos. Pero para mí, eso solo trae de vuelta a esas dos versiones de mí misma que ya había conseguido silenciar.

—Ya no me puedes controlar. La has jodido. Y de paso también me jodiste a mí. Después me

abandonaste con una bolsa de dinero y me rompiste el corazón. Tardé años en recomponerme, y ahora ¿crees que puedes acercarte a mí para... hablar? —Me mantengo firme y orgullosa—. No te mereces que te hable, Ethan. No después de lo que hiciste.

Por fin consigo abrir la puerta del coche, lista para tomar represalias si trata de cerrarla de nuevo. Pero no lo hace. Hay una expresión de dolor en su rostro, una mirada que no había visto desde aquella noche en el garaje.

Mierda, el garaje...

Sacudo la cabeza para espantar los recuerdos. No es algo que quiera revivir. Pasé años tratando de olvidarlo.

—Winter, en algún momento hablaremos. Tarde o temprano, nos sentaremos y hablaremos. Está claro que tienes mucho que decir, y yo también —responde, parpadeando lentamente—. Nos vemos pronto.

—No, no pasará. Esto... Esto es un gran error. Se suponía que no iba a pasar. Siento haber entrado en tu casa. Y ahora vete a la mierda, Ethan.

Me meto en el coche y giro las llaves para encender el motor. Me sudan las palmas de las manos y apenas puedo agarrar el volante. Piso el pedal de aceleración y me alejo, dejando a Ethan en medio de la carretera, mirándome por el espejo retrovisor.

Aproximadamente media hora más tarde, después de procesar cada uno de los pensamientos y emociones experimentados en su presencia, acabo desmoronándome. Me arden los ojos, que están llenos de lágrimas para cuando llego al edificio donde vivo. Me quedo ahí llorando durante unos veinte minutos, ocasionalmente golpeando el volante y gritando. Menos mal que tengo las ventanas subidas y que es cerca de la una de la mañana. Nadie puede oírme.

Me destrozó, joder. Yo lo amaba. Y me abandonó.

WINTER



SON ALREDEDOR de las dos de la mañana cuando salgo de mi coche y cruzo la calle. Subo a mi apartamento en el piso 20. Es pequeño y bonito, decorado con buen gusto y con una cocina abierta. Tiene vistas a Central Park y se ven las siluetas de los rascacielos. Me cuesta un ojo de la cara vivir aquí, pero vale la pena. Solo con las vistas amortizo la mitad del alquiler.

No me molesto en encender las luces. Hay pizza y cerveza. Tengo la grabadora llena de programas. Necesito relajarme un poco y dormir para olvidarme de esta mierda, mañana es un nuevo día. El local de Ralph no es una opción. No puedo volver allí ya que hay bastantes posibilidades de que me encuentre con Ethan de nuevo. ¿Cómo me encontró allí?

Mierda, no me acordé de preguntarle.

La luz de la nevera me molesta en los ojos mientras saco la caja de pizza y la abro. Hay muchas preguntas que debí haber hecho, pero estaba demasiado ocupada intentando escaparme de él.

Algo no va bien. La oscuridad que me rodea no parece tan vacía como de costumbre. Tal vez el efecto de Ethan todavía no se haya ido. Meto la pizza en el microondas y pongo el tiempo en tres minutos, luego presiono el botón de Start. El zumbido del microondas llena el silencio, pero no lo suficiente como para tapar el sonido de ropa arrugándose... algo se mueve detrás de mí.

Mi mano alcanza instintivamente uno de los cuchillos de cocina. Lo agarro y me doy la vuelta, pero me quedo paralizada cuando una sombra oscura emerge de mi habitación.

¿Qué cojones?

Estoy a menos de un metro del interruptor de la luz. Mis instintos se activan. Pelear o huir. Tengo un cuchillo en la mano. Pero si tienen un arma estoy jodida. Mis dedos alcanzan el interruptor de la luz y lo accionan.

Marsden está de pie en el salón. Y me doy cuenta de que no está solo, otro hombre sale de mi habitación. Se me sale el corazón por la garganta. Me lo trago y aprieto el mango del cuchillo con más fuerza.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —digo tartamudeando.

El zumbido del microondas de repente parece un contador. En el momento en que suene el pitido, puede que tenga que hacer algo estúpido. O peor aún. Marsden me acojona muchísimo, pero no tanto como su matón de confianza, Clay.

Obvio que saben dónde vivo... Mierda.

—Vengo para hablar —responde Marsden, sentándose de forma casual en el sillón de cuero enfrente de la cocina.

Le queda un poco pequeño. Marsden tiene unos 50 y pico años, su traje Armani apenas puede contener su barriga cervcera, un signo de prosperidad, como dijo una vez orgulloso. Si alguien simboliza la codicia, es Marsden. También le gusta fardar. Su cuerpo fornido siempre está cubierto de trajes finos, sus gordos dedos luchan por liberarse de los anillos de oro que lleva puestos. También tiene un Rolex en su gruesa muñeca izquierda. Lo mira de vez en cuando, como si se estuviera quedando sin tiempo. La verdad es que si sigue adelante con su amor por los carbohidratos y las pintas de cerveza, la parca no tardará en venir a por él.

Clay, por el contrario, tiene el aspecto que tendría GI Joe si trabajara para la mafia. Es grande y su traje negro cubre sus abultados músculos. No se molesta en llevar corbata, no es que le fuera a ayudar a disimular ese cuello de toro que tiene. Su rapado necesita un recorte por los lados y, a juzgar por su furiosa mirada, no quiere estar aquí.

No puedo evitar pensar que esta visita no estaba en su agenda hoy.

—Joder, parece que todos quieren hablar conmigo hoy —murmuro.

El microondas pita y me sorprende.

Clay se acerca, apoyándose en la columna que hay al final de las encimeras de mi cocina. Tiene las manos en los bolsillos. Trata de parecer casual y relajado, pero su expresión me dice lo que ya sé.

Si dices alguna estupidez, estás jodida.

—Winter, cariño, Jered está preocupado por ti —dice Marsden, medio sonriendo.

Tacha eso, es más bien una mueca de burla. Es su manera de decirme que habló con Jered y se enteró de mi problemilla con Ethan. No puedo evitar preguntarme si Jered le habrá dicho algo más.

—No hay nada de lo que deba preocuparse. Me dieron mal la información, el dueño estaba en casa y casi me atrapan —le respondo, sin estar preparada para soltar el cuchillo, a pesar de la insistente mirada de Clay.

—Eso he oído —Marsden asiente lentamente, y luego dirige la mirada a mi salón. Es tan invasivo... como si solamente su mirada manchara de mierda todas mis paredes—. También he oído que conoces al dueño.

Escucho el latido de mi corazón cada vez más fuerte.

Tranquilízate.

—Sí, eso no lo sabía hasta que le vi —respondo, midiendo cuidadosamente mis próximas palabras. —Pero no pasa nada, Jered me dijo que podemos esperar un par de semanas y luego intentarlo de nuevo.

No puedo decirle que me voy. No mientras Clay esté ahí parado, mirándome como si estuviera a punto de arrancarme la piel de la cara a tiras. Tal vez debería dejar el cuchillo.

—¿Esperar? Pensé que querías irte —los labios de Marsden dibujan una sonrisa escalofriante.

Oh-oh.

Me río nerviosa y dejo el cuchillo en la mesa. Mi temperatura corporal se acerca a la de la superficie de Mercurio y rezo a todos los dioses para no empezar a sudar. No puedo dejar que vean mi miedo. Clay formaba parte del equipo de operaciones especiales, expulsado deshonorablemente por matar civiles y sacarles los ojos, para que el resto de los vecinos vieran lo que pasaba cuando no le decías dónde se escondían los extremistas. Lo último que necesitaban esas personas después de que les cayera una buena lluvia de bombas encima y su única clínica volara en pedazos era que les rajaran el cuello y les sacaran los ojos como si fueran ciruelas, pero oye... así es Clay. Nunca es 'demasiado pronto' para él.

—¿Te dijo eso Jered? —me las arreglo para esbozar una sonrisa. La inclinación de cabeza de

Marsden hace que mi cerebro se auto-exprima para encontrar una buena historia que contarle—. Había pasado una mala mañana, eso es todo. No quise decir eso.

En ese momento, Marsden se levanta y camina, deteniéndose junto a Clay. Su cara me dice todo lo que necesito saber y más de lo que sus palabras podrán decirme nunca.

—Me alegra oír eso, Winter —dice—. Eres una de mis mejores empleadas y no me gustaría nada perderte.

Perderme significa que Clay me ponga una bolsa de plástico en la cabeza, me ate un ladrillo a los tobillos y me tire en el puerto. Nadie se aleja de Marsden sabiendo tanto como nosotros.

—Para ser justos, no es que solicitara el trabajo. No me diste opción —murmuro, esperando que el hecho de recordarle cómo terminé en esta situación pueda despertar un poco de simpatía en él.

No funciona.

—No es culpa mía que no sepas elegir a tus amigos —levanta una ceja. —Deberías haber revisado el historial de Jered antes de hacer trabajos con él.

Y ese fue mi error. Uno que lamento profundamente. Estaba tan deslumbrada por los trajes finos y las buenas maneras de Jered, que no se me ocurrió preguntar, no se me ocurrió ver su historial antes de irrumpir en la residencia de los Wallace hace cinco años. Pero ahora sé... que no es tan fácil como trabajar para Jered e irse. Trabajas para Jered y automáticamente trabajas para Marsden. Y todos sabemos lo que pasa cuando intentas dejar a Marsden.

Bolsa de plástico. Ladrillo. Puerto. Exactamente.

—Bueno, que no te preocupes, no me voy a ir a ninguna parte —me río nerviosamente—. Pero ahora en serio, ¿tenemos que volver a entrar en casa de Lightstone? Quiero decir, no puede ser el único brazalete Graff que hay...

—Ese es el que quiero y es todo lo que necesitas saber, Winnie —me mira con frialdad.

Exhalo con fuerza y luego me pongo las manos en la cadera. Tal vez si relajo mi postura consiga que Clay dé un paso atrás y deje de mirarme como si acabara de insultar el caldo de su madre. Todavía me cuesta creer que una buena y agradable señora canadiense haya engendrado a esta bestia del infierno.

—¿Puedo preguntar por qué esa fijación por ese brazalete?

Lo menos que puedo hacer, antes de planear mi huida, es averiguar por qué está obsesionado con esa joya. Quiero decir, he visto las fotos y no voy a negar que es increíble, pero hay docenas del mismo año, con el mismo valor, que son igualmente propiedad de coleccionistas privados. Por lo que he comprobado en internet, dos de ellos viven en Manhattan.

—Tiene... digamos, valor sentimental —dice Marsden, mirándome con los ojos entrecerrados.

Es una señal de advertencia. No quiere que profundice, pero es demasiado tarde. Ahora sí que me muero de ganas por saber más. Pero también quiero irme de esta ciudad y desaparecer antes de que Clay lleve a cabo sus pensamientos asesinos.

Me cruzo de brazos y asiento a Marsden.

—Entendido —murmuro, y luego sonrío—. Muy bien, pues. Gracias por venir. La próxima vez, por favor, no entres en mi habitación, es donde guardo las bragas.

Miro a la puerta antes de dirigir la mirada a Marsden y Clay. El matón se burla de mí, luego sale y siento como mis pulmones vuelven a funcionar. Marsden da un paso adelante, sacando un pitillo de su paquete de cigarrillos.

—Winnie, necesito que estés concentrada y seas leal —dice, poniendo el cigarrillo entre sus labios rosa pálido. —Como te dije cuando nos conocimos, puedo darte todo lo que siempre has querido y más, si haces lo que te digo.

—Lo único que quiero es ser libre —respondo secamente, sintiéndome un poco más valiente con Clay fuera de mi casa—, y ambos sabemos que eso no va a suceder a menos que añadas una bolsa para cadáveres a la ecuación. Así que, ¿qué tal si cumples tus promesas, me pagas por los trabajos que hago y te mantienes alejado de mi casa? No creo que esté pidiendo demasiado.

Rebusca el bolsillo de su chaqueta para encontrar su mechero. Abro un cajón y le lanzo uno. Lo coge y me hace un guiño antes de llegar a la puerta principal.

—Tienes suerte de que le gustes a Clay —dice al salir—, de lo contrario esa pequeña y bonita boca tuya ya estaría cosida. A nadie le gusta que un ladrón haga ruido, Winnie.

La puerta se cierra detrás de él con un fuerte golpe y siento cómo la sangre vuelve a correr por mi cuerpo. Es como si cada función de mi organismo se detuviera en presencia de Marsden. Respiro profundamente mientras me tiemblan las rodillas y las gotas de sudor se filtran a través de mi piel.

—Si esa es la forma en que Clay muestra a las mujeres que le gustan, no es de extrañar que siga soltero —murmuro, y luego saco la pizza del microondas, junto con dos cervezas de la nevera.

No creo que duerma mucho hoy. Me tiro en el sofá y enciendo la televisión.

Que le den...

Tengo dos semanas antes de que tenga que volver a casa de Ethan. Dos semanas para planear y ejecutar mi estrategia de huida. Puede implicar fingir mi muerte. Lo bueno es que no tengo padres que lloren por mí.

¿Quién me echaría de menos si me muriera?

—¡Hijo de puta! —grito y pongo los pies sobre la mesa para entregarme a la pizza y a la cerveza mientras veo programas nocturnos.

La noche es joven y mi sueño desapareció junto con Clay y Marsden. Mi puerta se cierra automáticamente, pero está claro que necesito cambiar la cerradura. Marsden disfruta infundiendo miedo a su gente. Le encanta hacernos sentir vulnerables. Por eso esperó en la habitación hasta que me oyó entrar. Se tomó su tiempo.

Definitivamente necesito salir de aquí. Pero primero necesito dinero.

Necesitas salir de aquí, Winter, eso es lo que Ethan me dijo una vez. *Toma esto*, añadió, dejando caer una bolsa de lona llena de dinero en mis brazos. No quería irme, me rompió el corazón, me dijo cosas horribles; para ser más exacta, sus palabras fueron como un cuchillo envenenado que me hizo sangrar por dentro y me hizo sufrir hasta el punto de que ya no quisiera ni mirarlo. A Ethan se le daba bien alejar a la gente.

—Ugh, ¿por qué coño le sigo dando vueltas a esto?

En realidad, sé por qué. Porque ya he hecho esto antes.

No es la primera vez que huyo.

Pero espero que sea la última, estoy cansada de huir. Tuve una buena vida aquí en Nueva York. Hay trabajo muy a menudo porque hay mucha gente rica por aquí. La ciudad siempre está llena de vida. También tengo una casa bonita. Tengo un portero nocturno, aunque no es que sea muy útil si Marsden quiere subir. Sin embargo, me he construido una buena vida aquí. Estuve muy cerca de comprar mi primera casa con cerca blanca en algún barrio residencial

Cuando llegué aquí, soñaba con mudarme a los Hamptons algún día. Luego hice un par de trabajos allí y decidí que no era para mí. Una panda de yoguis que esnifaban cocaína y que se daban placer en demasiadas fiestas sexuales mientras fingían llevarse bien en la vida real, habría terminado quemándoles la casa.

La idea de vivir en una calle tranquila con vigilancia y un césped perfectamente cuidado no

siempre estuvo en mi lista de cosas que hacer. Me gustaba demasiado la ciudad, especialmente Nueva York. Pero después de lo que pasó con Ethan, empecé a pensar que tal vez estaría mejor con una cerca blanca y vecinos nuevos que trajeran guisos de vez en cuando. Y la piscina en forma de gota. Eso es imprescindible.

Me tomo la pizza mientras hago zapping, no estoy de humor como para ver comedia nocturna, así que me conformo con tener la teletienda de fondo mientras baño el peperoni en cerveza.

Es que no es justo...

Si hubiera sabido que las cosas terminarían así, ¿le habría devuelto a Ethan la mirada cuando nos conocimos? ¿O habría corrido en la dirección opuesta, tan rápido como fuera humanamente posible?

Si pudiera volver atrás y empezar de nuevo, ¿me habría permitido enamorarme de él?

¿Habría dejado que me rompiera el corazón?

¿Cuántas de mis elecciones me han llevado hasta este punto, con un depredador como Marsden llamándome Winnie y diciéndome que puedo trabajar para él o conseguir que mi cadáver acabe descomponiéndose en el fondo del río Hudson?

—Hijo de puta —lo digo de nuevo, en voz alta, con la boca llena mientras cambio de canal otra vez.

Sí, estoy metida en un lío. Siempre he estado metida en líos. Desde el momento en que me fijé en Ethan, para ser precisos. No he parado desde entonces.

ETHAN



AL DÍA SIGUIENTE, me encuentro sentado en la pequeña sala de espera frente a la oficina de Jered Hicks. Kyle le dio un buen uso a la información que envié y me encontró una conexión con Winter. Un corredor de bolsa independiente con el que se le ha visto por todo Nueva York. La cosa es que si excarvas lo suficientemente profundo y haces las preguntas adecuadas a la gente correcta, puedes rastrear a casi todo el mundo.

Jered está ocupado ahora mismo y yo llego quince minutos antes. Puedo ver la mitad de la cabeza de su asistenta asomando por la mesa de recepción. Está al teléfono, tratando de mantener un tono de voz bajo. No es una llamada de trabajo, a juzgar por cómo se ríe ocasionalmente. Sin embargo, no me importa. Así tengo tiempo para relajarme y ver las cosas con perspectiva.

Estiro los brazos y me pongo las manos detrás del cuello, luego cierro los ojos durante uno o dos minutos.

Me evado de todo y dejo que mi pasado me inunde la mente.

Antes de darme cuenta, estoy caminando por el pasillo principal de mi antiguo instituto en Baltimore.

Es 20 de octubre de 2002.

Llego tarde a clase. No es la primera vez, ni la última. Mi nueva familia de acogida no deja de despertarme en mitad de la noche. 'Mamá' discute con 'papá' por lo tarde que llega de trabajar, y 'papá' discute con 'mamá' porque no puede disfrutar de su cerveza en paz después de un largo día de trabajo. Jode mi patrón de sueño pero acabo de llegar a este instituto, así que creo que podré salir airoso. Solo es mi tercer día aquí.

Entro en clase como si nadie pudiera verme y me siento en la parte de atrás. La profesora, la rellenita Sra. Hayden, me fulmina con la mirada. Interrumpí su clase de historia, así sin más. Le pido perdón con un gesto, solo para quitármela de encima y abro una libreta. No voy a coger apuntes, solo haré garabatos. Estoy demasiado cansado para concentrarme. Sinceramente, solo quiero sobrevivir al día de hoy.

Lo más probable es que no pase más de un par de meses aquí. A mis padres de acogida les gustan los cheques que cobran por acogerme, pero no encajan bien con mi carácter. Estoy amargado y voy por ahí con la mecha muy corta. Pasarán años antes de que aprenda a controlarlo. Cuando sea diciembre, mi puño se habrá estampado en la cara de mi padre adoptivo varias veces, justo cuando cumpla los dieciocho años.

Garabateo mi cuaderno, dibujando varias formas geométricas entrelazadas, cuando me doy cuenta de que hay algo diferente en la clase de hoy. El ambiente parece diferente. La Sra.

Hayden sigue hablando del vigésimo presidente. La primera fila está prestando atención. Malditos empollones. Veo a las animadoras y a los pringados con aparato de la tercera fila mirándolas con una mezcla de odio y excitación.

Luego la veo a ella. Tiene la piel impoluta, sin imperfecciones y las mejillas rosadas, sus dientes blancos muerden su labio inferior cubierto en gloss mientras toma muchos apuntes. Esta resfriada y esconde su nariz en un pañuelo blanco. Sus ojos son del azul más hermoso que he visto nunca y la forma en que mira a la gente, a las cosas... a todo, es como si analizara cada átomo. De repente siento la necesidad de quitarle la coleta y pasar mis dedos por su pelo negro como el azabache.

HOLA SAMUEL, siento mucho el retraso... las vacaciones han sido una locura. Te adjunto el resumen. Está claro que el plazo ya no es realista, así que sugeriría el 20 de enero como nueva fecha límite. ¿Te parece bien?

Es como si hubiera sentido que alguien la estaba mirando. Levanta la mirada y mira a su alrededor. Nuestros ojos se encuentran y una bola de calor se acumula en mi pecho, extendiéndose por mis entrañas.

Vamos a pasar al final de la clase. Se levanta, metiendo sus cuadernos en la mochila. Solo entonces puedo verla bien, su culo respingón a través de unos vaqueros apretados, sus pechos firmes y redondos sostenidos por lo que supongo que es un sujetador deportivo debajo de su camisa blanca. Ella sale y yo la sigo, ignorando a las animadoras mientras salgo. Parece que tengo un imán para atraer a esas idiotas, normalmente dejo que me entretengan, pero esta vez no puedo distraerme. Es a ella a quien quiero.

—Hola —digo cuando llego a su lado.

Caminamos por el pasillo, y de repente todos los ojos se posan en nosotros. Creo que es estudiante de honor o algo así, yo, sin embargo, soy el malote de pelo negro con chaqueta de cuero y vaqueros rotos que las chicas fantasean con follarse, solo para conseguir ese chute de adrenalina que les da rebelarse contra sus padres mientras me cabalgan en la parte de atrás de mi coche. Pero ella es diferente. Me hace sentir como si no pudiera entrar en su espacio personal. Ya he tratado antes con chicas así, altivas, algunas son tan desagradables que podrían ser la causa de la disfunción eréctil.

—Hola —responde, devolviéndome una ligera pero dulce sonrisa.

De repente me aprietan los calzoncillos. Ya se me está poniendo dura. Joder.

—Soy Ethan —digo sin dejar de mirarla, mientras ella mira hacia adelante.

—Vale.

Casi puedo escuchar el sonido de ese disco que suena hasta pararse de repente cuando la aguja rasca la superficie y la fiesta se detiene. Definitivamente no es una chica del montón.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Winter.

'Invierno' por alguna razón, lo encuentro perfecto para ella. Tiene un aire a Blancanieves con su piel de porcelana y sus apatecibles labios rojos, además de sus ojos, del color del cielo de diciembre un día por la mañana y su pelo negro como la tinta; todo me revuelve de una forma que no había sentido nunca.

—No te había visto antes por aquí —mi mirada se desliza por la línea de su cuello y vislumbro uno de sus pechos, por la forma en que su camisa abraza su torso, con tres botones sueltos.

—Llevo aquí desde que empecé el instituto —responde, un poco a la defensiva—. Me he quedado en casa estos días porque estaba enferma. Pero tu eres nuevo.

¿Me tiene miedo? ¿Ya habrá oído lo que dicen sobre mí? Los rumores vuelan en esta área de Baltimore. No debería sorprenderme que mi reputación me preceda. En mi defensa diré que los adolescentes son unos capullos y les encanta meterse con el chico nuevo sin ni siquiera ver sus "credenciales" primero. Mi último instituto es un ejemplo claro de la mala preparación, cuando Dirk Benedict, el número uno de los atletas de allí que estaba más mazado que una piedra, decidió "asustarme" en una esquina. Su cara tuvo la oportunidad de conocer a mis dos puños y me cambiaron de instituto poco después porque no me cansaba de escuchar sus lloriqueos cada vez que nos cruzábamos en los pasillos.

—Así es, soy nuevo —le digo a Winter—. ¿Ya te han informado sobre mí, entonces?

—No, es solo que nunca te había visto por aquí.

Llegamos a la salida principal y salimos, luego bajamos las escaleras hasta la carretera principal.

—¿Ya estás mejor? —pregunto, sorprendentemente nervioso.

—Vine a clase, ¿no?

No le tiene miedo a nada. Veo que le echa un ojo a la carretera de arriba a abajo y luego camina hacia la parada del autobús. Mi coche está justo al otro lado de la calle. Es un Chevy negro y es mi posesión más preciada, comprado con el dinero "fácil" que gané jugando al póquer en timbas clandestinas en el centro. Hablando de eso, su cara de póquer no es tan perfecta. Puede parecer que no le da miedo nada pero, a juzgar por la forma en que se muerde el labio inferior, la pongo nerviosa.

—¿Quieres que te lleve a casa? Mi coche está justo ahí —señalo mi Chevy.

Winter se lo piensa un momento, mientras va llegando más gente a la parada del autobús, la mayoría de ellos de nuestra escuela e increíblemente ruidosos. Pasa un minuto y tengo claro que no le gustan las multitudes ni el ruido por la forma en que se agacha cuando uno de las personas grita o se ríe. Luego me mira, suspira y me hace un gesto con la cabeza.

La llevo a casa, luchando por encontrar algo que decir, mientras que ella mira distraídamente por la ventana, abrazando su mochila contra su pecho mientras me da indicaciones. Me doy cuenta de que vive en el lado equivocado de la ciudad, mientras nos adentramos en Cherry Hill.

Esta no es una zona para nada segura. Conozco al menos dos de las pandillas activas en esta área y no me gusta la idea de que Winter viva aquí. Me lanza una media sonrisa cuando abre la puerta del coche para salir.

—Gracias —murmura, y yo le agarro la muñeca para que no salga.

—Espera —le digo—, vendré a recogerte por la mañana, ¿de acuerdo?

Parpadea varias veces, como si estuviera procesando la pregunta y luego me mira con esos ojos azules que me hacen querer perder el control. El efecto que Winter tiene sobre mí es evidente. Es química a un nivel mucho más profundo y siento que ya no quiero separarme de ella. Tengo el presentimiento de que va a acabar destrozándome pero estoy decidido a disfrutarlo al máximo, a disfrutarla, hasta que eso suceda.

—Bien —dice, luego sale y cierra la puerta del coche.

Me doy cuenta de que camina en la dirección contraria, pasando por delante de un par de casas. Winter me hizo pararme aquí. Supongo que no quiere que sus padres vean quién la dejó en casa. Aunque no me sorprende. Ninguna chica tiene prisa por presentarme a sus padres.

Las próximas dos semanas se desenvuelven de una forma que cambian por completo mi

opinión, el llevar y traer a Winter del instituto a casa se convierte en algo habitual y ya nos conocemos mejor. Por alguna razón, nos llevamos bien. Ella me aguanta, sorprendentemente nadie más lo hace. Winter Prescott es una chica solitaria, todos quieren tirársela y las demás la odian por eso mismo, ella, por su parte, mantiene las distancias, haciéndolo lo mejor que puede para pasar desapercibida.

Su único inconveniente soy yo pero le parece bien porque esta vez soy yo el que le habla a ella y el que quiere estar cerca. Normalmente es al revés, son las chicas las que me acosan a mí. Siempre consigo lo que quiero. Ahora quiero a Winter, pero tiene que ser ella la que venga a mí esta vez, así que dejo que se abra y me hable de sus cosas. Cuanto más sé, más me enamoro de ella.

Winter Prescott tiene unos padres difíciles, pero no habla mucho de ellos. El tema la hace sentir incómoda. Sus ojos, sin embargo, esas impresionantes piscinas de hielo azul que ondean bajo sus marcadas y negras cejas, dicen más de lo que sus palabras jamás dirán. Está decepcionada con su madre y aterrorizada por su padre. No puedo presionarla para que me cuente más, pero mi paciencia parece no tener límites en lo que respecta a Winter.

Sí, es estudiante de honor, por lo que no tiene mucho de animal social dentro. Tampoco está en ningún club del instituto. Quiere estudiar derecho y convertirse en fiscal. Lo cual es irónico, ya que soy un criminal en ciernes según todas las definiciones posibles que dan sobre mí. El consejero escolar no cree que vaya a llegar muy lejos y eso que solo me ha visto dos veces.

A Winter le gusta Linkin Park y Halloween, las novelas de Stephen King y el café con leche de avellana. Siempre lleva el pelo recogido en una coleta, me gustaría vérselo suelto alguna vez. Es hija única y, por mucho que intente esconderlo, sé que no es feliz.

Una noche me presenté enfrente de su casa con el coche, con el motor y las luces apagadas. Era cerca de la una de la madrugada y, por alguna razón, necesitaba verla.

Es en ese momento cuando el universo decide recompensarme. Oigo gritos y platos rompiéndose. Parece que alguien se está peleando, una de esas peleas de verdad. Mis instintos se activan y estoy a dos segundos de salir del coche y entrar en el apartamento de los Prescott, cuando de repente la puerta principal se abre y Winter sale de casa.

Se detiene en el borde de la acera y se sienta, cruzando las piernas. Es la primera vez que la veo con pantalones flojos y una sudadera, con el pelo recogido en un moño suelto. Hay una farola justo a su lado que le ilumina la cara mientras enciende un cigarrillo. No sabía que fumara. Me hierva la sangre cuando veo sus ojos rojos y los moretones en su cara.

Salgo de mi coche y le doy un susto cuando cierro la puerta para después cruzar la calle. Ella me mira con una expresión entre sorpresa y terror en la cara. Su padre le pega. Hace que la rabia corra por mi cuerpo.

Mantengo la mirada fija en Winter, cuyo comportamiento dice más que mil palabras. No es la primera vez que le hace esto. Miro hacia la casa con los puños cerrados.

—No lo hagas —murmura y le da una buena calada al cigarro—, lo empeorarás.

—¿Qué coño acaba de pasar, Winter?

—¿Qué? ¿Nunca has oído hablar del maltrato?

Las palabras salen de su boca con indiferencia. Está claro que no es la primera vez. Me agacho y me pongo delante de ella. Nos miramos fijamente durante un rato y trato de gestionar la preocupante cantidad de dolor que fluye a través de mí y que brilla en sus húmedos ojos azules.

—¿Cuántas veces ha...? —pregunto en voz baja. Parece que tiembla, algo que no es natural en mí, es por la rabia, y me molesta porque no puedo manifestarla rompiéndole la cara y las

costillas al Sr. Prescott.

—Una vez cada mes o así. Es un ciclo predecible —responde lentamente. —Mañana me dirá que lo siente. Promete que no volverá a suceder. Dejará de beber un par de días para demostrarme que esta vez va en serio. Después será solo una cerveza porque está cansado, tuvo un largo día en el trabajo, su jefe es un imbécil... Cualquiera excusa es buena. Después volverá a algo más fuerte. El mes que viene, mi madre hará o dirá algo que lo haga enfadarse, me meteré entre ellos para evitar que le reviente la cabeza contra la encimera y se deshogue conmigo. A la mañana siguiente me dirá que lo siente. Aclare y repita el proceso.

Me siento abatido por su repentino estallido de honestidad. Esto es lo máximo que me ha dicho en un solo encuentro desde que nos conocimos. Me siento a su lado en el borde de la acera y señalo el paquete de cigarrillos y el mechero que tiene en la mano.

—¿Me das uno? —yo pregunto.

Ella asiente y saca un cigarrillo, entregándomelo junto con el mechero.

—Menuda mierda, Winter —le digo, dándole una calada al cigarro y exhalando humo gris en la oscuridad. Ella suelta una carcajada como respuesta y yo la miro—. Winter, te lo digo en serio. Es una mierda. ¿Por qué no lo has denunciado?

—¿Al que trae el pan a casa? —levanta una ceja, haciéndome saber que ya ha pensado en todas las opciones posibles. —Ethan, seamos realistas. Estoy a unos meses de ser mayor de edad, tengo algo de dinero ahorrado, me mudaré y ya. Solo un poco más.

—Solo un poco más, Sr. Lightstone.

Dice la asistente de Jered Hicks.

Estoy de vuelta en su oficina, en la sala de espera. Un fuerte suspiro sale de mi pecho mientras miro el reloj. Son las nueve y cuarto. Mi asistente fijó esta reunión para las 9 de la mañana.

La puerta de la oficina de Hicks se abre y Jered sale. Me levanto cuando se acerca a saludarme. Nos damos la mano y se la aprieto más fuerte de lo habitual.

—Lamento haberle hecho esperar, Sr. Lightstone —dice, sonriendo levemente.

Está pálido y sus grandes ojos grises se mueven nerviosamente. Entramos en su oficina y él cierra la puerta mientras yo me siento en una de las sillas frente a su escritorio. Se queda detrás de ella y se pasa una mano por su pelo corto.

—Su asistente me informó de que desea invertir en acciones en el extranjero, Sr. Lightstone —dice.

Está tan nervioso que parece que va a explotar. Lo rápido que mueve las manos y el tono ligeramente más agudo de su voz son un claro indicativo. Le respondo con una sonrisa seca. Según lo que Kyle me ha contado sobre él, el Sr. Hicks ha estado en el punto de mira del FBI varias veces por piratería, pero es muy bueno ocultando su rastro. Si juntas eso con el hecho de que se le ha visto con Winter por la ciudad múltiples veces, la cosa está bastante clara. Podría estar trabajando con ella.

—Eso es —respondo asintiendo vagamente—. Tengo algunos ingresos disponibles que me gustaría ver multiplicados en los próximos dos años y he oído que usted proporciona excelentes servicios independientes.

Me mira fijamente durante un rato. Cuanto más lo miro, más convencido estoy de que estuvo involucrado en el intento de robo en mi casa. La culpa se puede palpar en el aire, como pasa con cualquier otra rata a la que pillo haciendo trampas en mis casinos. No es mi mirada lo que los asusta, sino lo tranquilo que parezco cuando saben que son ellos los que la han cagado. Casi pueden ver la tormenta venir. Parece como si Jered estuviera viendo un huracán venir hacia él de forma lenta y dolorosa y no tuviera forma de salir de aquí.

—Así es, los mejores —dice como con un graznido y se aclara la garganta, consciente de repente de lo extraña que suena su voz—. ¿Está usted interesado en algún mercado de valores en particular? ¿Qué cantidad tiene pensado invertir?

Lo tengo justo donde lo quiero. No está seguro de por qué estoy aquí, todavía. Está claro que la excusa de necesitar un corredor de bolsa funciona, pero no hay que olvidar que él y Winter también intentaron dejarme sin 500.000 dólares en diamantes.

—Tengo un brazalete Graff que estoy en proceso de vender, así que será alrededor de medio millón, más o menos, para que hagas con él lo que quieras. Creo que el mercado asiático está bastante bien ahora —sonríe.

Jered pierde el control. Empieza a sudar, con la cara blanca como una hoja de papel. Se queda sin palabras.

Le doy un minuto. Abre la boca un par de veces, como si tratara de encontrar las palabras adecuadas. Probablemente se esté cagando en los pantalones y eso me da una gran satisfacción porque sé que Winter nunca estaría con un gallina de mierda como Hicks.

—Verá... Sr. Lightstone... lo que sucede... es que...

—Eres consciente de que si tuvieras un poco más de control sobre tus expresiones faciales, nunca me habría dado cuenta, ¿verdad? —me burlo.

Jered se queda en blanco, parpadeando varias veces.

—Sr. Lightstone...

—Vine aquí siguiendo una simple sospecha, Sr. Hicks. Sería un jugador de póquer horrible.

Deja caer sus hombros cuando se sienta en su silla. Se está rindiendo. Qué rápido.

—Mierda —murmura, su acento sureño hace que la esquina de mi boca se mueva. Ahora sí que parece aterrorizado de verdad—. Lo siento, Sr. Lightstone, yo nunca...

—Nunca —¿qué? ¿Nunca quisiste robarme? Corta el rollo, Hicks. La has cagado y lo sabes. Lo peor de todo es que elegiste robarle al tío equivocado.

El silencio se extiende durante un minuto. Probablemente Jered esté repasando miles de opciones en su cabeza, y NINGUNA de ellas parece ser buena.

—Deja que adivine, ¿la policía está de camino? —pregunta, exhalando profundamente.

—No utilizo a las fuerzas del orden para resolver mis problemas, Hicks —levanto una ceja—. Tendrías suerte si viniera la policía.

—Entonces, ¿cómo puedo salir de esto vivo y de una sola pieza?

Es más inteligente de lo que creía. Sí, miente fatal, pero está claro que es un superviviente. Algo me dice que también es un buen corredor de bolsa. Apuesto a que es implacable.

—Quiero la dirección de Winter —digo, yendo directo a la yugular.

—¿Vas a hacerle daño?

Parece preocupado de verdad. Mierda, siente algo por ella. No me sorprende. ¿Quién no se enamoraría de Winter Prescott? Me pregunto qué apellido se puso, porque Prescott se eliminó de los registros oficiales. A quien sea que tenga dentro del gobierno, le pagó mucho dinero para desaparecer del sistema como lo hizo. También me pregunto si sabe lo que Jered siente por ella.

—No, necesito hablar con ella y es muy difícil encontrarla —respondo sin rodeos.

—Me va a matar —sacude la cabeza lentamente mientras anota la dirección de su casa. Esto ha ido mucho mejor de lo que esperaba. Estaba listo para decir y hacer cosas mucho peores para conseguir esa información.

—La muerte será el menor de tus problemas si no me das su dirección.

—De acuerdo —dice, lanzándome una breve mirada antes de entregarme el post-it—. ¿Hará esto que no emprenda ninguna acción contra mí en un futuro?

Me levanto y me meto la nota en el bolsillo de la chaqueta.

—Por ahora, sí.

—¿Por ahora? —endereza su espalda.

Ni de coña voy a dejar que se vaya así, de rositas. Pero lo primero es lo primero, necesito ir a ver a Winter. Entonces podré encargarme de Hicks.

—No puedo permitirme tener a gente en Nueva York que piense que puede irrumpir en mi casa sin sufrir ningún tipo de consecuencia. Menos aún cuando estoy apunto de abrir un casino aquí — respondo, y le lanzo una mirada penetrante—. Tú y yo volveremos a encontrarnos pronto. Mientras tanto, te aconsejo que no pinches mi sistema de seguridad. No vas a conseguir ese brazalete.

La expresión de su cara me dice que no se va a rendir tan fácilmente. Justo lo que pensaba, una cara de póquer terrible. Me lanza una media sonrisa y se queda mirando mientras salgo de su oficina.

Vuelvo a echarle un vistazo a la nota mientras espero al ascensor. Winter eligió un buen sitio para vivir. Me juego la mano a que las vistas que tiene de Central Park son preciosas.

ETHAN



APARCO A UNA MANZANA de su edificio. Después de su intento fallido de robarme, probablemente esté en alerta máxima. Dudo que Jered haya llamado para decirle que voy a ir. Sabe que eso le costaría muy caro. Podría hundirlo fácilmente, pasaría de vender acciones y hackear sistemas informáticos a limpiar platos en el barrio chino en un abrir y cerrar de ojos.

Es una zona agradable, como sospechaba. Central Park está a dos calles y la manzana está llena de coctelerías, boutiques de lujo y restaurantes de cocina gourmet. Es esa hora de la mañana en la que la gente está paseando a sus perros. Conociendo a Winter, todavía estará planchando la oreja.

El edificio tiene una recepción en la planta baja. Entro y me dirijo directamente al ascensor, a medio camino saludo al portero con la cabeza. Me devuelve el gesto y me observa en silencio mientras pulso el botón del vigésimo piso. Las puertas se cierran y puedo sentir cómo mi ritmo cardíaco aumenta con cada piso que subo.

Esta vez tengo que hacer las cosas de forma diferente. Necesito que escuche lo que tengo que decir, que hable conmigo. Estoy bastante seguro de que podemos hacer esto como adultos. Énfasis en 'bastante seguro'.

Ding.

Estoy en el piso 20. Su apartamento está al final del pasillo, tras una puerta de caoba lacada oscura. Llamo y contengo la respiración, sintiéndome como un chaval nervioso con las manos sudorosas, a punto de pedirle a la chica que le gusta que vaya al baile de graduación con él. Winter y yo nunca llegamos a tener ese baile de graduación, no porque no pudiésemos sino porque no quisimos ir. En vez de eso, alquilé una habitación en un hotel. La suite para lunas de miel. Teníamos mejores... mucho mejores cosas que hacer.

No abre la puerta. Algo me dice que me vio por la mirilla. Mi única ventaja es que está en el piso 20, así que no puede saltar por la ventana para escapar. La escalera de incendios está en el lado opuesto del edificio. Está atrapada.

Llamo de nuevo, esta vez con más fuerza, sintiendo cómo se me agota la paciencia.

—Puedo estar así todo el día, Winter —digo, lo suficientemente alto para que me oiga.

La puerta se abre y exhalo con fuerza. Seguro que acaba de despertarse. Tiene el pelo suelto y despeinado, los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Lleva una bata abrigada de color gris pálido y mi polla se despierta al pensar en lo que se esconde debajo.

No me lo pone fácil...

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado? Me seguiste, ¿verdad? —pregunta

Winter, con los brazos cruzados.

Mi mirada cae sobre sus pies descalzos y no puedo evitar sonreír al ver sus dedos cuidados con las uñas pintadas de rojo oscuro. Mantengo las manos en los bolsillo, tratando de parecer lo menos amenazante posible. Es muy impredecible en este momento y no quiero que se sienta como un conejo en temporada de caza.

Vuelvo a dirigir mi mirada hacia arriba y le lanzo una cálida sonrisa.

—Creí que no olvidarías lo ingenioso que puedo llegar a ser, Winter.

Pone los ojos en blanco y una expresión de aburrimiento. Razón suficiente para que le de una lección y unos cuantos azotes, pero eso lo dejaré para más tarde. Ya conseguí que viniera a mi en un pasado y puedo hacerlo de nuevo, solo que esta vez no voy a perderla de vista y tampoco voy a pedirle que se vaya. Ha sido la cosa más tonta que he hecho en toda mi vida.

—¿Qué quieres, Ethan?

—Hablar —respondo gentilmente—. ¿Puedo entrar?

—No. Estás bien ahí.

—¿En el medio del pasillo, con todos los vecinos escuchando?

—Deberías estar agradecido. A veces los testigos son más útiles de lo que pensamos —levanta una ceja.

Ya está. Me acaba de saltar el fusible. No se corta y eso me saca de quicio y me excita a la vez. De todas formas, sus vecinos no necesitan ver lo que voy a hacer a continuación. Los ojos de Winter se abren de par en par cuando doy un paso adelante y entro en su apartamento. Instintivamente se aparta de mi camino. Es una pena, me hubiera encantado verla tratando de pararme.

El apartamento es bonito, con asientos de cuero, superficies de vidrio y una televisión de pantalla plana muy grande en el centro. Las enormes ventanas revelan la vista de Central Park, junto con todos los rascacielos de hormigón y acero que se alzan al otro lado del parque.

—Claro, pasa hombre, siéntete como en casa —murmura sarcásticamente mientras cierra la puerta.

Me paro en medio de la sala y me giro para mirarla. Ella entra en la cocina y empieza a trastear con la pequeña máquina de expreso que tiene en una de las encimeras de mármol. Observo en silencio cómo vierte el agua, introduce la cápsula de café y pulsa uno de los botones. La máquina cobra vida, zumbando y gruñendo mientras prepara un espresso largo en una taza grande.

—Suéltalo, Ethan —me dice de espaldas—. Dijiste que querías hablar. Así que, habla.

Pasamos un momento en absoluto silencio. Estoy tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Sé que te dije que desaparecieras hace doce años, pero no pensaba que te lo fueras a tomar tan en serio —digo—. ¿Dónde has estado, Winter?

—Aquí y allá —responde, añadiendo azúcar y leche a su café—. Pasé algún tiempo en Washington. Probé en Tucson también. Luego me vine para acá.

¡Hostia puta! Entonces no eran pistas falsas. Estaba allí de verdad. Hijo de... verás cuando Kyle se entere de esto.

—¿Y cómo terminaste robando diamantes?

La forma en que me mira cuando se da la vuelta es oscura y triste. Ya he dado en el clavo. Entra en la sala agarrando su taza de café con ambas manos.

—Eso no estaba en mis planes —suspira—. Supongo que es difícil abandonar viejos hábitos.

—No me has respondido a la pregunta, Winter —siento que mis músculos se tensan, junto con una parte inferior de mi cuerpo, mientras veo cómo se sienta en el sofá y su bata se abre, regalándome una vista privilegiada de sus muslos. Ella nota que mi mirada cae y vuelve a taparse

con la bata.

Mierda.

—¿Qué hiciste con el dinero que te di? —pregunto. —Se suponía que ibas a usarlo para estudiar derecho. Nueva vida. Nuevo todo.

Me mira fijamente y pone la taza sobre la mesa para volver a cruzar los brazos enfadada. Es su forma favorita de decirme que estoy empezando a cabrearla. Eso y pasarse la lengua por los dientes.

—Eso es lo que tú querías que hiciera —me responde. —No lo que terminé haciendo.

Se queda callada y mira por la ventana. Su pecho se eleva y se desinfla con un largo y pesado suspiro.

—Continúa —murmuro—, no me dejes así.

—Pagué para que me borrarán del sistema. Winter Prescott lleva doce años muerta. Puse el resto del dinero en una cuenta de ahorros. Me gustaría comprar una casa en algún momento.

—¿Y en vez de estudiar y hacer algo mejor con tu vida, te dedicaste a robar? —me estoy enfadando.

Desde el momento en que la sorprendí tratando de robarme, supe que había elegido el camino equivocado pero, aún así, una parte de mí esperaba que hubiera sido un error puntual. No es lo que quería para ella. Después de todo lo que pasamos. Después de lo que pasó... lo que hice... pensé que haría algo diferente, mejor que la mierda que disfracé y le vendí como una supuesta vida.

Winter siempre fue mejor que yo, más fuerte, con un código moral más noble, incluso cuando hacíamos trabajos juntos. Cómo han cambiado las cosas... ahora el legal soy yo y ella es la que abre cajas fuertes y roba diamantes. *Por el amor de Dios...*

—No empieces a darme lecciones de moral —dice y se levanta, presionando con fuerza sus labios—. ¡Menos después de lo que hicis... después de lo que hicimos!

—No sé, Winter, no soy yo el que se gana la vida robando a la gente.

Estoy enfadado. Vale más que eso. Se merece algo mejor. Nunca debí dejarla. Sus ojos parecen llamas azules.

—¿Para eso has venido, Ethan? ¿Para darme el sermón?

—No.

Respiro profundamente, buscando un último resquicio de autocontrol.

—¡Entonces deja de darme el sermón! —levanta la voz. —¡Hice lo que tenía que hacer! ¡Hice lo que se me daba bien y ahora se me da mucho mejor! Mis elecciones no me quitan el sueño. ¡¿A ti?!

Está hablando de lo que pasó hace 12 años. Winter no perdona, ni olvida, por lo que se ve. Pero no puedo culparla. Acabamos con todo, destruí todo lo que había entre nosotros en mi patético intento de protegerla. Tiene todo el derecho de echármelo en cara.

—Puedo vivir con muchas cosas, Winter, pero no con tu ausencia —respondo lentamente, con la voz ronca.

Ella se queda quieta, luego mira hacia otro lado y camina hacia la ventana.

—Vete, Ethan. Ya nos lo hemos dicho todo.

—Eso no es verdad.

—Oh, por favor —se burla—. Qué te vayas. No te acerques a mí. No te necesito en mi vida.

Cuanto más intenta apartarme, menos la tomo en serio. Sí, está enfadada, ¿que tiene razones?, pues también. Pero a mí no me miente. Puedo oírlo en su voz, el temblor que hace que mi estómago se llene de nudos.

—Sigues siendo la persona que peor miente del mundo —me sonrío.

—Y tú sigues siendo lo peor que me ha pasado, así que por favor, ¡lárgate! —grita Winter, ya no puede contenerse. Pero sé que está tratando de desviar mi atención con ese arrebató, no suele ser tan visceral.

Me acerco a ella antes de que pueda reaccionar. Jadea mientras la rodeo con mis brazos, agarrándola con fuerza para que no se pueda mover. Su aroma me llena de luz y de la promesa de una nueva primavera. Desprende calidez, su cuerpo temblando contra el mío, su perfecto culo contra mi palpitante ingle.

Su respiración se agita cuando le acaricio la oreja e inhalo profundamente.

—No me mientas, Winter —le digo—. Sabes que odio cuando me tratas como a un idiota.

Su cuerpo la traiciona. Empujo mi cadera hacia adelante, lo suficiente para que sienta mi polla dura a través de las capas de ropa que nos separan.

—Ethan, no... —dice, e intenta alejarse de mí.

Miro hacia arriba y me pregunto cuántos de los vecinos de enfrente pueden vernos. No es que importe. Winter no se va a salir con la suya esta vez, le demostraré lo equivocada que está en lo que respecta a “no necesítarme en su vida”.

Se puede palpar la tensión entre nosotros que se expande como una goma que no puede más. La aprieto fuerte contra mí con mi brazo derecho. La cojo del cuello con mi mano izquierda y le muerdo el lóbulo de la oreja derecha. Ella tiembla, intentando sin éxito liberarse de mis brazos.

—Suéltame... —consigue decir. Pero no he terminado. Nada más lejos de la realidad. Esto es solo el principio.

WINTER



TENGO una fuerza ridícula comparada a la de Ethan. Solo necesita un brazo para someterme. Siento su polla dura contra mi culo y mi cuerpo se vuelve contra mí, mientras siento cómo una especie de calor húmedo emana de entre mis piernas.

—Suéltame, Ethan —lo digo de nuevo, mi voz sale con dificultad por culpa de la mano que tiene alrededor de mi cuello. Sus dedos se clavan en mi piel y eso hace que arda en llamas. Debería estar luchando contra esto con más fuerza, pero cada poro, cada músculo, cada nervio y cada centímetro de mi cuerpo tienen una reacción diferente a su tacto.

Sus dientes rozan mi cuello y siento cómo millones de descargas eléctricas me recorren el organismo. Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando sus labios se unen a la misión de exploración, su aliento está caliente y es muy tentador.

Hijo de puta...

—Deja de mentir, Winter —susurra, y luego deja caer un solo beso suavemente en mi mejilla.

Estoy a punto de rendirme, noto cómo el mundo más allá de mis ventanas está empezando a desvanecerse. Tiene que haber algo que pueda hacer. Tal vez pueda volver a darle una patada en los huevos. Alejarme de él.

Intento hacer eso último pero todo sale mal y lo único que consigo es ayudar a que su polla dura se deslice más profundamente entre mis nalgas, a pesar de mi bata y sus pantalones.

Él gime y procede a apartarme el pelo por encima del hombro. Me besa en la nuca y casi me corro en ese mismo instante. Mi autocontrol se reduce a la nada mientras hunde sus dientes en mi piel. No puedo evitar gemir, siento como la sangre corre por mis venas.

Su mano se desliza bajo mi bata y encuentra mis pechos, atrapados en mi sujetador de encaje rosa. Aguanto la respiración mientras sus dedos índice y corazón me pellizcan el pezón derecho. Mi gemido hace que sus caderas se muevan hacia delante mientras muerde con más fuerza mi nuca.

Esta es una muy mala idea y me pone muy cachonda, tanto que no sé ni qué hacer. Hace mucho tiempo que no dejé que un tío me toque y cuando lo hice fue solo para salir del paso, uno de mis muchos intentos desesperados de sacarme a Ethan de la cabeza, de hacer que mi cuerpo se olvidara de él.

Su mano sigue su camino hacia abajo y encuentra mis bragas.

Dios... no, sabrá que estoy... Joder. Demasiado tarde.

Desliza su mano bajo la fina tela de encaje y sus dedos encuentran mis pliegues calientes, goteando de deseo. Tiene razón, no se me da nada bien mentir. Gime mientras me toca y siento que mis rodillas empiezan a fallar. Ethan sabe exactamente lo que está haciendo. Esta es su

declaración y pretende señalar precisamente lo que he estado negando durante doce años, que incluso después de todo este tiempo nuestros cuerpos siguen reaccionando entre sí. Cada átomo de Ethan resuena con cada átomo mío.

Joder...

La presión comienza a acumularse y ya no puedo controlarme. Mi cabeza cae hacia atrás y se posa sobre su clavícula, mientras él dibuja líneas invisibles por mi cuello con su lengua. Sus dedos se burlan del capullo que no deja de hincharse y que pide desesperadamente que lo liberen, pero aún no lo hace. Sabe que eso sería demasiado fácil.

No, todavía no ha terminado su declaración y yo estoy demasiado débil físicamente para alejarlo de mí, para parar esto. No puedo pararlo. Joder, no quiero pararlo.

Sus dedos índice y anular se adentran aún más entre mis piernas e instintivamente las separo, quedándome sin aliento. Se muestra duro y firme cuando me agarra con fuerza y me empieza a follar con los dedos, su dedo entra y sale de mí, acariciando las partes de mí que anhelan ser tocadas.

Mi mente se evapora a medida que la tensión aumenta y mi vientre se convierte en una acumulación de energía incandescente a punto de explotar. Es entonces cuando presiona su palma contra mi clítoris mientras sus dedos continúan penetrándome.

—Uff, Dios... —digo, sin poder encontrar mi voz.

—Sí, Winter —respira, llevándome al límite—. Dámelo todo, cariño...

Pierdo el control, todo mi cuerpo tiembla y veo todos los colores del arcoíris explotar ante mis ojos. Respira con fuerza mientras muevo mis caderas contra su mano, moviéndome hasta que no puedo más. Se lo doy todo, como me pide, mi coño atrapa sus dedos y mis músculos palpitan con la alegría de haber sido liberados.

El orgasmo se extiende por todo mi cuerpo como una ola de calor, mientras me derrito en los brazos de Ethan. Va a acabar conmigo, en todos los sentidos. Es mi arma nuclear.

Me agarra con fuerza, respirando profundamente mientras me doy un par de minutos para recuperarme, para que todo vuelva a su sitio. Me doy cuenta de que todavía estamos de pie frente a las ventanas a plena luz del día, con vistas a los edificios de apartamentos y a Central Park, su mano todavía está enterrada entre mis piernas, sus dedos se deslizan suavemente por mis resbaladizos pliegues.

Lo primero que siento es vergüenza, siento frío y calor al mismo tiempo y mis mejillas prenden fuego.

Ethan se da cuenta de mi cambio de actitud. Mi cuerpo vuelve a adquirir su rigidez normal a medida que me alejo de él. Después siento ira, tan pronto como dirijo mi mirada hacia sus ojos verdes y salvajes, oscurecidos por la excitación. Se lame los labios y se acerca a mí, su pecho se eleva y se desinfla con cada respiración.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mí! —digo entre dientes.

¿Cómo se atreve a entrar en mi casa, llamarme mentirosa y luego tocarme así?

—¿Quién coño te crees que eres? —estoy en racha, y literalmente hirviendo—. Vienes aquí y juzgas mis decisiones. Tampoco aceptas un no por respuesta. ¿Y luego me tocas como si fuera un trozo de carne? ¿Como si fuera tu trozo de carne?

Su expresión se endurece y su mirada se aclara al volver a la realidad. Le he ofendido. Veo como sus fosas nasales se activan con la ira que recorre su cuerpo. Una vena late en su sien.

—¿En serio, Winter? —pregunta con su voz baja, fría e intransigente. Sí, le he cabreado mucho. ¡Perfecto! Es lo que se merece por lo que acaba de hacer. Por hacerme sentir... ¡así!

—¡Lárgate, Ethan! ¡No puedes venir aquí y pretender volver a entrar en mi vida echándome un

polvo!

Su frente se relaja y los últimos rastros de excitación parecen evaporarse de su cuerpo mientras endereza su espalda y me mira de forma escalofriante. Oh-oh. Puede que me haya excedido.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —murmura.

Me aprieto la bata, de repente me siento desnuda y vulnerable otra vez. Mi valentía duró poco. Él da un paso adelante y yo me muevo hacia atrás, sin parar hasta que estoy contra la pared que tengo detrás.

—No importa lo que yo piense, Ethan. Vete. Ya está. Se acabó. Se acabó hace doce años y empiezo a sonar como un disco rayado porque no puedes aceptar un no por respuesta.

Gruñe y se acerca aún más a mí, su rodilla se desliza entre mis muslos mientras me agarra por el cuello. Todavía estoy mojada, temblando por lo que acaba de pasar, y esto solo lo empeora porque estoy de vuelta a donde empecé, luchando por mantener mis emociones bajo control, sin mucho éxito.

—Te prometo, Winter —dice—, que esto no está ni cerca de haber terminado. Esto acaba de empezar, porque sigues mintiéndome a la cara. Y ten por seguro que esta tampoco será la última vez que nos veamos.

—Sí, intenta auto convencerte de eso. —Estoy cara a cara con él, nuestros labios están a menos de un suspiro de distancia.

Cerrando el minúsculo espacio entre nosotros, me besa con pasión y mis labios responden separándose. Mi cuerpo continúa haciendo el ridículo, mientras que yo tiemblo en su presencia y me caliento a fuego lento al sentir su tacto. Su lengua se entrelaza con la mía mientras me prueba. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes y me deja atónita por la rapidez con la que se apaga mi cerebro.

Hay un destello de diversión en sus ojos cuando levanta la cabeza y me mira. Sabe exactamente lo que está haciendo. Y es muy consciente del efecto que tiene en mí. Está disfrutando esto demasiado. Su arrogancia es suficiente para volver a ponerme a la defensiva.

Levanto la rodilla para darle una patada en las pelotas pero él se echa para atrás y se ríe.

—¡Qué te jodan, Ethan!

—Cada cosa a su tiempo, Winter —sonríe—. Ya verás. No diré que no si me lo pides de nuevo, esta vez con amabilidad.

Se acerca a la puerta y la abre.

—No pienses que podrás irte, Winter —dice—. Sé dónde vives, sé dónde pasas el rato y ahora te tengo en el punto de mira. No te vas a escapar de mí.

—Te lo digo en serio, vete al infierno, Ethan —estoy desesperada de verdad, no por la confianza que tiene en su capacidad para sabotear mis instintos, sino por mi incapacidad para alejarme de su influencia. Es alucinante que, después de todos estos años, todavía me disuelva cada vez que me toca.

—Llevo en el infierno doce años, Winter —me responde. —No voy a volver. Ah, y dile a Jered que va a necesitar otro compañero de aventuras. Se acabó esa mierda.

Sale del apartamento antes de que pueda reaccionar. La puerta se cierra con un fuerte golpe que me asusta. Me quedo sola y destrozada, mientras los últimos rastros de él se desvanecen, preguntándome cómo diablos mi pasado puede destrozarme el enorme muro que he construido apoyándome en el futuro. Todo lo que he luchado por reprimir vuelve con con más fuerza que nunca. Todo el dolor, el anhelo, la vergüenza y el miedo... ha vuelto. Nunca se fue.

Ethan no tiene ni idea de en qué me he metido y tampoco pienso decírselo. Si fue capaz de

rastrear todo hasta Jered y yo... lo hará de nuevo. Ahora estoy en su punto de mira.

Suena el teléfono. Hay un mensaje de mi "amigo especial. —Es el que me ayudó a desaparecer en su día, me puse en contacto con él después de la visita de Marsden de anoche.

—Lo siento, cariño, ahora mismo estoy ocupado, pero en 3 o 4 semanas como máximo estaré libre —leo el mensaje en voz alta.

Mierda... Mierda. ¡Mierda!

Ya que Marsden sabe que pretendo irme de Nueva York, mi "amigo especial" es la única escapatoria que tengo si quiero salir de esto con vida. Tres o cuatro semanas significa que tendré que seguir trabajando para Marsden hasta que pueda irme.

Probablemente haya alguien vigilando mi edificio en este momento, asegurándose de que uno de sus principales activos no se vaya. Bueno, pues parece que no necesita preocuparse por eso hasta dentro de un mes, porque vaya mierda de suerte tengo.

Estoy atrapada entre Ethan y Marsden. No puedo irme, no hasta que mi compañero mueva los hilos adecuados.

La peor parte es que tampoco puedo decirle que no a Marsden, ni puedo aplazar todo esto para dentro de tres o cuatro semanas. Quiere el maldito brazalete.

No tengo otra opción.

—Me cago en la puta...

Sí, tengo que entrar en casa de Ethan otra vez.

Jered.

Entonces me di cuenta de cómo Ethan encontró el camino hasta aquí. Desbloqueo mi teléfono y busco su número, luego presiono 'Llamar'. Escucho dos tonos antes de que su voz aparezca.

—Winter, cariño... ¿Cómo estás...?

—Corta el rollo, Jered. Levanta el culo y ven a mi casa, a menos que quieras encontrar tu amado Porsche nadando en el puerto deportivo.

Amenazarle con destrozar su Carrera hace que Jered salga de su oficina más rápido que los martes de Taco.

ETHAN



ESTOY EN EL COCHE, con Michael al volante. Vamos camino a Luxe, mi nuevo casino de Manhattan. Con la fiesta de inauguración a sólo una semana, hay un montón de detalles que debo resolver cuanto antes.

Michael está agradablemente tranquilo, concentrado en la carretera. Hay más tráfico del habitual a esta hora de la noche. Me da tiempo a abrir el portátil en la parte de atrás y fingir que estoy trabajando. Mi mente regresa a Winter.

La química entre nosotros era innegable, incluso después de todos estos años. Yo lo sé y ahora ella también lo sabe. Puede correr y esconderse tanto como quiera, siempre gravitaremos el uno hacia el otro hasta que choquemos, una y otra vez. Es lo que estábamos destinados a hacer, desde el momento en que nos conocimos.

Cada poro de mi cuerpo me está rogando que vuelva a su apartamento y termine lo que empecé. Necesito perderme en ella. Mi polla ha estado en alerta máxima desde que la dejé toda despeinada, sonrojada y enfadada por cómo su cuerpo la había traicionado. Siento cómo una sonrisa se dibuja en mi cara, mis dedos todavía hormiguean con la sensación de su coño mojado. No ha cambiado, en ese sentido. Winter todavía se enciende como una puta cerilla cada vez que la toco. El sonido que hace cuando tiene un orgasmo es música para mis oídos y no había escuchado esa canción en más de diez años. Diez años es demasiado tiempo.

Cómo diablos fui capaz de alejarme de ella, no me lo explico. Pero, cuando lo pienso más detenidamente, alejarse fue lo más acertado. Winter tiene que venir a mí, como antes. Y lo hará, no cabe la menor duda. Encendí la mecha, es sólo cuestión de tiempo antes de que vuelva a mis brazos rogándome que la detone y la devuelva a la vida con una deliciosa explosión tras otra mientras entierro mi polla dentro de ella.

Alguien toca la bocina detrás de nosotros. Miro hacia delante y no veo nada más que luces traseras rojas, cientos de ellas, mirándome fijamente. Me lleva de vuelta a la noche que me redefinió para siempre.

29 de noviembre de 2002

BALTIMORE ES una mierda en esta época del año. Lluvia constante durante días y días. Cielos grises y cero energía para salir de la cama, en general. Pero estoy ágil y alerta, a pesar del clima. He estado llevando a Winter al instituto y luego de vuelta a casa durante más de un mes.

Está tranquila sentada en el asiento del pasajero, sus dedos juegan con la cremallera de su

mochila. Mira fijamente al frente, con sus ojos azules fijos en la aparentemente interminable fila de luces traseras rojas que hay delante. Ha sido un largo día en el instituto para ella, la llamaron a la oficina del director junto con sus padres. Alguien en la administración se dio cuenta de que abusaban de ella en casa.

Me alegro mucho de que hayan intervenido, pero no puedo evitar preguntarme qué pasará después. Su padre salió de la reunión muy cabreado, con los puños y la mandíbula apretados. Su madre lo siguió, pequeña y sin voz, con la cabeza baja. Winter fue la última en salir de la oficina del Sr. Hardinger, y yo la aparté a un lado.

—Te llevaré a casa más tarde —le dije.

Aquí estamos. Más tarde. Apenas ha dicho una palabra y me he prometido a mí mismo no hacerle demasiadas preguntas. Cada vez que me acerco demasiado, ella se aleja y hace una cosa que me molesta mucho, sale de casa y del instituto temprano, antes de que yo llegue. Después de mi encuentro con Chad, el imbécil ese que es estrella de fútbol del equipo universitario, me han metido en otra clase. Como si eso me impidiera romperle la cara otra vez si intenta buscar pelea conmigo para impresionar a cualquier animadora tonta a la que se esté tirando.

—¿Cómo fue la reunión con el Sr. Hardinger? —es una pregunta que necesito hacer, pero no estoy seguro de si voy a poder gestionar la respuesta.

Winter mantiene la cabeza baja y mueve los dedos de forma nerviosa. —Lo que merezco por no haber elegido una marca de corrector mejor —murmura—. El Sr. Hardinger le preguntó a mi padre sobre los moretones. Intercambiaron unas palabras palabras y el Sr. Hardinger dijo que planteará el tema a los Servicios Sociales. Lo cual es puto inútil porque estoy a dos meses de llegar al número mágico.

Pasa un minuto mientras proceso la información. Recuerdo la mirada de su padre y mi estómago se revuelve. Si la llevo a casa, terminaré dándole una paliza al Sr. Prescott. El abuso es algo con lo que estoy demasiado familiarizado. Y los hombres como Walter Prescott solo tienen dos opciones cuando se exponen como los abusadores: se encogen como pequeñas comadreas aparentemente inofensivas y juegan un papel convincente frente a los Servicios Sociales; o se enfurecen y le dan una paliza a sus víctimas tan pronto como se quedan solas, porque se sienten traicionados. A juzgar por el ceño fruncido que le puso a Winter cuando salió de la oficina del director, estoy dispuesto a poner mis fichas en esta última.

—No vayas a casa esta noche —le digo.

El coche se mueve muy despacio. El tráfico es una molestia. Pero es el único caso en el que estoy realmente agradecido por ello. Puedo usar este tiempo para convencerla de que no vaya a su casa esta noche. Mi habitación está limpia y decente y mis padres adoptivos están visitando a una tía enferma esta semana.

Ella me mira fijamente, atónita. No estamos juntos, ni nada. Todos en el instituto piensan que estamos liados, pero yo no le he puesto un dedo encima, y eso que no es propio de mí. También me asusta mucho. Nunca me había sentido así antes. Mi corazón parece que va a explotar cada vez que estoy cerca de ella y bombea frenéticamente si mi mano roza la suya accidentalmente cuando caminamos hacia mi coche.

—No tengo otro sitio a donde ir —murmura.

—Sí, lo tienes y lo sabes.

—Ni hablar —se burla y cruza sus brazos. Veo su labio inferior temblando antes de volver a concentrarme en la carretera. Los coches se mueven lentamente—. Estaré bien. Un par de meses más y me iré de allí, no pasa nada.

—¡Y una mierda! —gruño—. No. Te quedas en mi casa esta noche. Mis padres adoptivos están fuera. Puedes quedarte en mi habitación. Yo duermo en el sofá.

Se queda callada. Demasiado callada.

Giro la cabeza y veo cómo las lágrimas caen por sus mejillas. Me desgarran. Me hace querer pasarle por encima con el coche a su padre. Respiro profundamente, es todo lo que puedo hacer para evitar que me hierva la sangre.

Winter actúa con dureza y despreocupación, la empollona que no habla con nadie. Si las miradas matasen, la mitad de los chicos de nuestro instituto habrían muerto mil veces. Esa es la clase de chica que es Winter. Está hecha de ladrillo, cada arañazo, cada golpe, cada moretón, se cura para hacerla el doble de dura, la hace más fuerte. Pero incluso las estructuras más fuertes tienen sus puntos débiles y ahora mismo, Winter se está desmoronando. Está asustada y no quiere pedir ayuda. Ese orgullo a menudo es útil para alguien como ella, pero ahora es simplemente contraproducente.

No voy a llevarla a casa, ni hablar, no me puede convencer de lo contrario. En cuanto llegamos al cruce, giro a la izquierda en lugar de seguir adelante hacia Cherry Hill. Está lloviendo a cántaros, millones de gotas golpean el techo de mi coche mientras me detengo y apago el motor. Salgo del coche, sin esperar a que se cuestione que la haya traído aquí. No pasa ni un segundo cuando abre la puerta del coche y empieza a correr hacia mi casa.

Para cuando entramos, ambos estamos empapados. Aunque Winter no dice absolutamente nada, el enrojecimiento en sus ojos y el temblor en sus labios son suficientes para saber que sigue llorando.

Que le den, me digo, y dejo mi mochila en el suelo. Le quito la suya y la tiro junto a la mía, luego la cojo de la mano y la llevo arriba. Mi habitación está al final del pasillo, parece el viaje corto más largo del mundo.

—Mira... igual me quedo yo con el sofá mejor —murmura mientras busco en mis cajones una camiseta limpia y unos pantalones para que se cambie.

—No, no te preocupes. Siéntete como en casa.

—Pero... —susurra, y yo la miro. Siento como si me estuvieran desgarrando por dentro. No puedo soportar el sonido de su ahogada agonía—. No puedo ni imaginarme cómo debe sentirse en casa...

Se estremece, las lágrimas se mezclan con las gotas de lluvia que caen de su cabello. Suspiro y le doy una toalla y ropa para que se cambie. Hay tanto que quiero decir... Tanto que no digo porque tengo miedo de que vuelva a construir ese muro alrededor de sí misma y no me deje entrar.

* * *

UN PAR DE HORAS DESPUÉS, estamos sentados en el sofá. Mi móvil no deja de sonar. Jimmy quiere que haga un trabajo para él, pero eso puede esperar. Esta noche estoy ocupado. Winter está acurrucada en mi sofá, con una de mis viejas camisetas y uno de mis pantalones puestos. Y está bien. No está feliz ni en paz, pero está bien. Lo cual es mucho mejor de lo que estaría si se hubiera ido a casa. Así que me quedo e ignoro las llamadas. Me importan un bledo las consecuencias o la avalancha de mensajes de voz que sé que me esperarán por la mañana.

Sinceramente, la traería aquí una y otra vez si fuera necesario. De ninguna manera voy a dejar que Walter Prescott vuelva a tocarla. De ninguna manera.

—¿Quieres más? —pregunto, señalando con la cabeza al vaso vacío de la mesa de al lado.

Ella asiente vagamente y yo le sirvo uno doble, acercándome a ella con la botella. Su aliento me hace cosquillas en el cuello y siento una presión en mis vaqueros. Esta chica va a acabar conmigo, lo sé.

—Gracias —dice ella, todavía mirando la pantalla. —Sabes, hay una teoría que circula por ahí, que cuando las estrellas de neutrones chocan, el impacto genera elementos más pesados que el hierro. Dicen que es de donde vienen el oro y el platino.

—¿En serio? —pregunto, posicionándome de nuevo en mi lado del sofá.

—Ajá —se bebe la mitad del whisky de golpe y noto que mis cejas se arquean hacia arriba. Va por el cuarto y está como si nada. Menudo aguante tiene la chica. Tengo una erección increíble y se me va a salir el corazón del pecho. —Nunca antes habían podido detectar una colisión en un sistema binario, pero... ya sabes, dale tiempo. Verás como tarde o temprano demostrarán que Einstein tenía razón.

—Siempre se me olvida que eres el ojito derecho de la profesora de ciencias —murmuro, tratando de distraerme del mar de emociones que provoca en mí. La forma en que su cabello húmedo cae alrededor de su hombro izquierdo me vuelve loco—. Eres demasiado inteligente, Winter.

—Sí, mi madre siempre me dice lo mismo —respira, y puedo ver cómo sus ojos se empiezan a llenar de lágrimas de nuevo.

—No, no, no —digo, y me acerco a ella—. No volvamos a pensar en eso, Winter.

Sacude la cabeza y parpadea varias veces, tratando de controlarse y evitar romper a llorar otra vez. Pero se queda quieta cuando ve lo cerca que estoy, tengo la cara a muy pocos centímetros de la suya. Se recompone y luego se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, mirando a un lado.

—Estoy bien —susurra, y luego me mira—. Olvidé agradecerte... todo esto. Gracias, Ethan.

Me he quedado sin palabras, perdido en sus grandes ojos azules. Parece como si ella hubiera dejado de respirar. Su mirada cae y se posa en mis labios, ya está, estoy perdido para siempre. La beso y el mundo que nos rodea parece disolverse, siento como si un millón de incendios forestales se extendieran por todo mi cuerpo.

Nunca olvidare esa noche, la noche en que ella se entregó a mí. Winter Prescott es total e irrevocablemente mía. Antes de que nos demos cuenta, estoy acostado encima de ella, quitándole la ropa mientras nos besamos con más pasión. Sabe como si el cielo estuviera bañado en miel y sol. Su piel está hecha para que yo la toque.

La ayudo a quitarse el sujetador y dejo sus labios por unos minutos, para besar sus hermosos y suaves senos. Mis dientes rozan suavemente sus pezones y ella gime y se retuerce debajo de mí, su respiración se hace más corta, más intensa. Sus lágrimas se convierten en pasión.

Levanto la cabeza y encuentro sus ojos, azules y nebulosos, llenos de pensamientos que se interponen entre su dura realidad y el sueño que estamos a punto de vivir. Mi corazón late más fuerte cuando sus labios dibujan una suave sonrisa y sé que puedo alejarla de todo ese dolor. Esta noche quiero darle mi amor. Sentirla en mis brazos y envolverla con mi alma.

En el momento en que me sumerjo en ella por primera vez, maldigo en voz baja. Lo tiene apretado y mojado, perfecto, dándome la bienvenida con cada embestida. Cada vez que se la meto más profundo, ella gime y se abre más a mí, puedo sentirlo en la forma en que me mira.

Hacemos el amor durante horas y horas, su cuerpo se adapta a mi tamaño y aprende a mover sus caderas contra mí de una forma que me hace querer perderme en ella hasta el final de los tiempos.

Escucho su respiración agitada, mientras paso mis dedos por su cabello y la acerco a mí. El sonido que hace cuando llega es música para mis oídos. Su mirada aturdida cuando me uno a ella y esa sensación de que nos caemos del borde del mismísimo universo es prueba suficiente de que esto es correcto. De que tenemos que estar juntos.

Ella es la primera y será la última, planeo pasar toda la vida asegurándome de que lo sepa.

—Te quiero —susurra. Sus palabras me dejan sin aliento mientras me meto más dentro de ella.

—Dilo otra vez —respiro, mis manos se deslizan por su cuerpo y se asientan en sus caderas.

—Te amo...

Lo dice en serio. Puedo verlo en el brillo de sus ojos. Sus labios rojos, ligeramente hinchados y separados. Nos quedamos así un rato, solo mirándonos, nuestros cuerpos brillando y sudando.

Mis dedos se clavan suavemente en su piel y empujo mis caderas hacia delante, aún dentro de ella. A ella le gusta. La siento cada vez más mojada y apretada cada vez que hago eso. Me agarra y yo me tumbo sobre ella. Me quiere cerca, le daré todo lo que me pida.

Me muevo de nuevo. Gime suavemente en mi oído y puedo sentir sus latidos al compás de los míos, como si nos estuviéramos fusionando como dos estrellas de neutrones. Estamos conectados a un nivel diferente ahora y la forma en que reacciona a mi tacto es simplemente extraordinaria, paso mis dedos por sus pechos, es tan suave y dulce... Joder, voy a volver a correrme. Pero quiero disfrutar de esto... de ella, solo un poco más.

—Ethan... —gime con los ojos en blanco mientras me cabalga y yo le sigo el ritmo. No se cansa de esto, estoy listo para darle todo, mi cuerpo, mi mente, mi alma... Es todo suyo mientras le doy más y más fuerte.

Está a punto de llegar y yo me muero por poder sentirla una vez más. Es como tomar el sol una cálida tarde de primavera.

—Ethan...

—Te quiero, Winter —consigo decir mientras le doy todo. La levanto del sofá, la sostengo con fuerza mientras me envuelve con sus piernas y me meto más dentro de ella. Los dos nos quedamos quietos, mirándonos el uno al otro mientras mis palabras adquieren forma—. Te quiero... —es una simple verdad que significa cosas no tan simples.

Ella me besa y yo empiezo a moverme de nuevo, necesito sentir cada centímetro de su cuerpo, deleitarme en él. Winter es el sol que dejo que me queme vivo, pero no se me ocurre un mejor sitio en el que estar. Es mi hogar. Y yo soy su refugio seguro.

—Ethan...

Sigue diciendo mi nombre mientras nuestros cuerpos se agitan y se disuelven el uno en el otro...

—ETHAN.

Joder. Parpadeo un par de veces. La pantalla de mi portátil me muestra una bandeja de entrada horriblemente sobrecargada.

—Ethan —la voz de Michael me devuelve al presente.

Seguimos atrapados en medio del tráfico.

—Dime —murmuro.

Mi polla está luchando contra mis calzoncillos y mis pantalones de traje.

Lo siento, amigo. Tendrás que esperar.

—Kyle acaba de enviar un mensaje. Dice que tiene más información sobre la Srta. Wright y el Sr. Hicks —dice Michael, levantando su móvil para que pueda verlo. —¿Le digo que se reúna con usted en la oficina?

—Sí, por favor —respondo, y luego cierro el portátil y compruebo mi teléfono.

Dos llamadas perdidas de Kyle. Me lo he dejado en modo silencio. Eso explica por qué le envié un mensaje a Michael.

—Deberíamos llegar a Harbor Road a las seis —dice Michael, mirándome por el espejo retrovisor.

—¿Te ha dado Kyle un tiempo estimado de llegada?

—Sobre la misma hora, señor.

Asiento con la cabeza y luego vuelvo a mi teléfono de nuevo. Tengo una carpeta con fotos de Winter. Toco sobre ella para abrirla y empiezo a hojear los cientos de fotos que le he sacado a lo largo de los años. Hay una historia detrás de cada uno de esos momentos, de amor, de ira y angustia, de miedo y risa.

Éramos felices en nuestra pequeña burbuja. Hasta esa noche en el garaje, cuando lo arruiné todo y le rompí el corazón. Han pasado doce años y no ha habido un solo día en el que no se me haya pasado por la cabeza.

Sigue siendo mi sol, el cúmulo de fuego alrededor del que orbito. El centro de mi mundo.

Y sé que ella sigue derritiéndose cada vez que la toco.

ETHAN



KYLE y yo estamos sentados en mi estudio, mirando el brazalete Graff que Winter intentó sacar de mi caja fuerte. Es una pieza hermosa, que vale un poco más de medio millón, robustos diamantes cuadrados incrustados en un marco de platino, con un acabado impecable. He estado coleccionando joyas raras durante cinco años. El mercado de diamantes estaba muy bien y pensé que sería bueno mantener algo de mi dinero en activos 'preciosos'.

Si alguna vez llega el día en que vea mis cuentas vacías por alguna razón, siempre me quedarán los diamantes. La mayoría se dividen entre una caja fuerte en Las Vegas y una caja de seguridad en un banco de Baltimore. El brazalete es una compra relativamente nueva. Lo conseguí en una subasta de Sotheby's a principios del año pasado, hice que al menos otros cinco compradores se peleasen por conseguirlo. Kyle conoce la historia de los correos electrónicos que recibí al día siguiente con ofertas para comprarme el brazalete. A uno de esos compradores anónimos le costó mucho trabajo olvidarse de él.

—¿Cuántos correos electrónicos enviaron? —pregunta Kyle, incapaz de apartar la vista de la joya.

—Alrededor de diez. Te los enviaré —respondo, rascándome la nuca. —Explícame otra vez por qué querías verlo.

Kyle endereza su espalda y me lanza una sonrisa muy reveladora.

—Quería saber por qué tanto alboroto —dice.

—Vale, ahora que has tachado eso de tu lista de cosas por hacer, ¿qué es eso que querías decirme sobre Winter y Hicks?

Aún no me lo ha dicho y la paciencia no es algo que me sobre en lo que respecta a Winter. Kyle se acerca al maletín negro que dejó en el sofá y saca su portátil. Lo abre y lo coloca en mi escritorio para que pueda ver la pantalla mientras mueve el ratón y hace clic en varias carpetas.

—Definitivamente, Winter y Hicks están trabajando juntos —dice Kyle.

Me muestra un par de fotos de ambos hablando mientras toman café en una panadería artesanal, o eso parece a juzgar por las vitrinas con pasteles, los popurrís de granos de café y las especialidades escritas con tiza blanca en unas pizarras al fondo del local. Winter frunce el ceño, Jered parece estar explicándole algo mientras ambos miran algo en su tablet.

—Bien, es bueno saberlo —me encojo de hombros y vuelvo a poner el brazalete en su caja de terciopelo. —Quiero decir, es bueno saber que está confirmado, pero básicamente ya lo sabíamos. ¿Tienes algo más?

—Por supuesto que sí —se burla Kyle—. No arrastraría mi culo hasta aquí para traerte una

redundancia.

Me acerco a la caja fuerte y guardo el brazalete, cerrando la puerta. Después del intento de Winter, cambié la combinación. Podría haber cambiado su ubicación por completo, pero que le den, la paranoia es lo último que permito que nuble mi juicio. El brazalete se queda aquí.

—Sorpréndeme —suspiro, y luego me doy la vuelta para mirar a Kyle.

Él sonríe, luego abre otra foto y le da la vuelta al portátil de nuevo para que pueda verla. El hombre que veo tiene unos 50 años, demasiado gordo y asqueroso para el traje caro que lleva puesto. No tiene suficiente pelo en la cabeza para justificar la cantidad de gomina que lleva y esa cadena de oro que tiene alrededor de su grueso cuello me recuerda a un mafioso italiano de los 80, uno de esos a los que llaman "El primo Vinnie.

El matón que está a su lado, sin embargo, es todo lo contrario a él. Grande y corpulento, un saco de músculos metidos en un traje negro y corbata. Su cara está esculpida en piedra y parece que está a punto de matar a cualquiera que se atreva a mirar a su jefe.

—¿Encontraste al último mafioso de Nueva York? —levanto una ceja sarcásticamente.

—Aún mejor —Kyle sonríe de forma engreída—. Encontré a Winter y al jefe del Sr. Hick.

Mierda.

Esto no tiene buena pinta. No por "el primo Vinnie" el gordo. A ese puedo reventarlo en menos de un minuto. Ese hombre no le ha dado un puñetazo a nadie en décadas, seguro. Es el matón el que me preocupa, él es el ejecutor.

¿Cómo cojones acabó Winter con esta gente?

Mi cuerpo se estremece cuando me pregunto qué sería necesario hacer para sacarla de este lío. No soy de los que siembran la muerte por ahí, pero lo haré si es necesario. Las implicaciones serán duras, pero lo haré. No obstante, esa es mi última opción.

Respiro profundamente y me paso los dedos por el pelo. Tiene que haber otra forma.

Pero ahora en serio, ¿cómo coño ha acabado así?

—Kyle —digo, intentando mantener la calma, aunque puedo sentir la rabia quemándome por dentro—, ¿quién es ese?

—Freddie Marsden. Bueno, Alfredo Marsden, pero todos lo llaman Freddie.

Pasan un par de segundos, mientras recorro rápidamente mi agenda mental de contactos sospechosos. No me suena.

—¿Y a qué se dedica el Sr. Marsden? —pregunto, cruzándome de brazos en un intento por evitar que mis manos tiemblen. Lo único que quiero es atravesar una pared de un puñetazo ahora mismo.

—Como ya habrás adivinado, no es muy legal que se diga —suspira Kyle, notando mi ira. — Se encarga de varias operaciones en todo el estado, principalmente tráfico de armas, lavado de dinero y prostitución, pero también se dedica al negocio de los diamantes.

—¿Cómo terminó Winter trabajando para él?

La pregunta del medio millón de dólares.

—No estoy exactamente seguro —responde—. Todavía estoy investigando, pero puedo decirte que Jered Hicks lleva seis años en su nómina. A Marsden le ponen cachondo los diamantes gordos y, aunque prefiere robarlos y venderlos en el mercado negro a cambio de rifles de asalto automáticos, a veces hace algo más decente e intenta comprarlos en subastas.

Entonces me doy cuenta de a dónde va todo esto. Casi puedo sentir mi boca abriéndose de par en par cuando llego a la conclusión antes de que Kyle termine su declaración sobre Marsden.

—Por favor, no me digas que es él el que intentó hacer una oferta por el brazalete Graff y luego me envió diez correos para comprármelo —exhalo.

Pasan varios segundos antes de que Kyle me mire como pidiendo perdón y se encoja de hombros.

—Lo siento, Ethan, pero... Sí. Supongo que es verdad que Marsden quiere ese brazalete.

Se me cae el alma a los pies. Winter no pudo conseguirlo. ¿Y ahora que hará Marsden?

Kyle abre otra foto de Jered y Winter, esta vez en un restaurante chino, parece como si estuviera leyendo mi mente. A juzgar por los muebles de mala calidad y los letreros laminados de las paredes amarillentas, es un restaurante del centro de la ciudad. Los dos están serios, mirando la pantalla de un portátil.

—Esta es de hoy —dice Kyle—. Después de que te fueras de su apartamento, mi compañero la siguió al centro y consiguió sacar estas fotos de ella y Hicks. Supongo que habrán pasado unos días, ambos siguen vivos y hablando de negocios. O Marsden se rindió o...

—Quiere que lo intenten de nuevo —termino su frase.

Mis manos se convierten en puños mientras camino hacia el minibar y me sirvo un whisky doble. Esta no es mi ciudad. No es mi patio de recreo, al menos todavía. Tengo que hacer buenos amigos si quiero enfrentarme a alguien como Marsden sin pagar las consecuencias.

—¿Cuánto vale Marsden? —pregunto, y me tomo el whiskey de un trago, luego me pongo otro doble.

—Millones —dice Kyle—. Es difícil saber hasta dónde llegan los ceros, ya que la mayoría de sus trabajillos no son legales. El IRS lo tiene en 552.000 dólares, pero ya te digo, esa es la cantidad que él quiere meter en el sistema. Todo lo demás no se puede contabilizar.

Si hago la llamada ahora, tendré que abandonar el Luxe y volver a Las Vegas durante un par de años, para dejar que las cosas se enfríen en Nueva York. Sería un movimiento peligroso que podría afectar a mi vida personal y no voy a alejar a Winter de Marsden solo para poder mantenerla escondida de quien quiera vengar su muerte.

Mierda.

Kyle parece leerme la mente una vez más mientras sacude la cabeza diciéndome que no.

—No vayas por ahí, Ethan —dice—. Al menos no todavía. Si Winter y Hicks tienen que intentarlo de nuevo, lo harán de una forma diferente. Supongo que no le venderás el brazalete a Marsden.

—Así es, no lo haré —respondo, mis dientes rechinan—. No voy a dejar que un sórdido mafioso me asuste para que le venda su caprichito. No voy a dejar que dicte mi vida ni la de Winter, ni en esta ciudad ni en ningún lugar de este puto planeta.

—Vale, vale —levanta los brazos haciendo un gesto defensivo, tratando de calmar mi temperamento atómico—. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Me sirvo un tercer whisky doble y empiezo a caminar por la habitación, mientras repaso todas las opciones posibles. La llamada puede esperar. Tiene que haber otra forma de tratar con ese cabrón, pero necesito un enfoque metódico y estructurado.

—No creo que Winter se haya comprometido con alguien como Marsden por voluntad propia —aprieto los dientes cuando las preguntas y sus posibles respuestas empiezan a tener sentido—. Debe tener algún tipo de influencia sobre ella. Ya ha desaparecido antes, podría hacer lo mismo ahora. Sé que no intentaría ir tras el brazalete otra vez, ahora que sabe que es mío. Pero no tiene elección. Algo la mantiene aquí, y voy a averiguar qué es.

—Entonces, ¿crees que podría intentarlo de nuevo?

—Creo que Marsden no es un tipo que se rinda tan fácilmente. No porque sea inteligente o determinado, sino porque es un hijo de puta codicioso que rezuma falta de autocontrol. Sí, definitivamente va a intentarlo de nuevo.

—¿Planeas dejar que lo intenten de nuevo? ¿Quizás tenderles una trampa? —pregunta Kyle, frunciendo el ceño mientras intenta averiguar en qué estoy pensando.

—Aún no lo sé. Sea lo que sea, Winter no se verá involucrada. Por mí, Hicks puede pudrirse en la cárcel o en el fondo del océano. Pero no lo harán ahora. Probablemente esperarán un par de semanas. Querrán inspeccionar el lugar, intentarán acceder a mis sistemas de vigilancia otra vez. Saben que estoy tomando medidas para evitar otro robo.

Kyle se ríe entre dientes mientras cierra la tapa de su portátil y lo vuelve a meter en el maletín. Me quedo quieto y lo miro fijamente, esperando a que me cuente el chiste. Se da cuenta de que lo estoy mirando y cierra la boca, sofocando otra risa.

—Estás intentando encontrar la manera de que tu ex-novia te robe sin meterse en problemas. Es de coña —dice.

—No me va a robar. Marsden no va a conseguir el brazalete. Preferiría llamar a quien tengo que llamar para que encuentren sus restos quemados en un contenedor detrás de la oficina de Hicks, antes que dejar que sus manos grasientas toquen mis diamantes.

—Vale, entonces vamos a hacer algo constructivo —me medio sonrío. Me estoy bebiendo mi quinto whisky cuando Kyle sugiere algo que no se me había ocurrido. —El Luxe abre la semana que viene, ¿verdad?

Asiento, dando la bienvenida al calor abrasante que se desliza por mi garganta.

—¿Por qué no extiendes un poco tu lista de invitados?

Para alguien que siempre ha estado a favor de la ley, Kyle puede llegar a ser un auténtico hijo de puta retorcido. Esa es una de las razones por las que está en mi nómina y es una de las pocas personas en las que confío de verdad. Además, esta vez parece que tiene razón.

Marsden es una variable inesperada en mi plan de que Winter vuelva a mi vida, a mi cama y a mis brazos. Necesito ponerme creativo si quiero deshacerme de él de forma que no afecte a mi negocio o al bienestar de Winter.

WINTER



—¿ESTÁ LOCO? —pregunta Jered, apoyándose en la gruesa ventana de cristal de su oficina de Yonkers mientras mira fijamente la invitación que tiene en el escritorio.

Yo también me quedo atónita y saco la misma invitación de mi bolso. Las mismas letras con relieve dorado, el mismo papel de alta calidad y la misma fuente *Georgia black*. Ambos hemos sido oficialmente invitados a la inauguración del Luxe, un nuevo casino de alta gama en Manhattan.

Enviaron las invitaciones por correo a nuestras direcciones, cada una firmada personal y cordialmente por Ethan. ¿A qué coño está jugando?

¿Ya tenía bastante con encontrar otra forma de entrar en su casa y robar ese puto brazalete y ahora tengo que asistir a la inauguración de su casino? ¿Ha ido perdiendo neuronas estos últimos años?

—No lo sé, hace doce años que no le veo —digo al final, sin poder apartar los ojos de su firma. Las líneas irregulares, la espiral al final de su apellido... está todo ahí. Toda su personalidad, resumida en su caligrafía.

—Winter, ¿a qué coño está jugando? —Jered está aterrorizado y no le culpo. El hecho de que Ethan haya podido localizarlo dice mucho sobre sus recursos. También me asusta, porque eso significa que tenemos que ser más listos que él si queremos sacar ese brazalete de su caja fuerte. —Quiero decir, puedo entender por qué te invita a ti. Está claro que eres su debilidad. Pero, ¿a mí?

—En serio, Jered, no tengo ni idea. Estoy igual de perdida que tú...

—Entonces, ¿qué coño hacemos? ¿Vamos?

Ha sido una mañana difícil, empezando por el momento en que encontré el sobre en el buzón y lo abrí. Me tiembla todo el cuerpo y mi vientre todavía está en tensión por la visita de Ethan hace tres días. Odio mi cuerpo ahora mismo... traidor saco de carne y huesos.

Respiro profundamente y dejo salir el aire lentamente, mi ansiedad hace que no piense con claridad.

—Creo que lo sabe —murmuro.

—¿Saber qué? —la cara de Jered pierde color, el pánico se apodera de él cuando me mira.

—Pues... eso, que vamos a intentarlo de nuevo...

—¡Vale, a la mierda todo! —revienta, sus brazos salen disparados hacia los lados mientras canaliza su frustración sobre mí. —¿Quién es Ethan Lightstone y qué es para ti?

Una pregunta difícil de responder. ¿Por dónde empiezo?

Jered se da cuenta por mi larga pausa de que Ethan y yo tenemos un pasado, uno del que aún no estoy lista para hablar pero que, sin embargo, tengo que contarle.

—Te lo follaste, ¿no? —levanta una ceja y me sorprende lo fácil que puede resumir tres años en tres palabras.

—Estuvimos juntos —respondo, escuchando mi voz temblar. —Tres años. No terminó bien. Es todo lo que necesitas saber.

—Espera, espera —su cara se ilumina. “¿Quién cortó?

—Él.

—Sabes que no tuve elección. Quiero decir, no sé cómo era cuando follabais, pero ahora es un hijo de puta despiadado —dice, y luego sacude la cabeza. —Espera, espera, ya sé lo que está pasando aquí.

—Ilumíname, por favor, antes de que empiece a pedirte Valiums de esos que guardas en el tercer cajón.

Suspira y me mira con los ojos entrecerrados. Le contesto con una sonrisa de satisfacción.

—Jorge el Curioso —se burla.

—Pues sí, obviamente inspeccioné cada rincón de tu oficina, Jered. No soy nueva. Necesito saber con quién estoy trabajando.

—¿También has inspeccionado mi casa? —parece que lo pregunta en serio, aunque su tono está lleno de sarcasmo. Me encojo de hombros, haciendo que lo pase mal un rato por haberle dado mi dirección a Ethan. Debería tenerme miedo a mí y no a él.

—Venga, a ver —pongo los ojos en blanco. —¿Qué es lo que crees que está pasando aquí?

Hago el gesto de las comillas para molestarlo un poco.

—Quiere que vuelvas a su vida, bomboncito —sonríe.

Se me cae el alma a los pies. A juzgar por el comportamiento de Ethan, Jered no está muy lejos de la verdad. Pero no me interesa volver y que me rompan el corazón otra vez. De ninguna manera. Ethan ya me rompió el corazón una vez, culpa suya. No le daré una segunda oportunidad. No después de lo que hicimos. Después de lo que él hizo.

—Pues bien por él —digo y después me cruzo de brazos.

—No, cariño, no, ¡bien por nosotros!

Frunzo el ceño, perdiendo por completo la poca paciencia que me quedaba.

—¿Qué...? ¿De qué estás hablando?, Jered

—Es bastante fácil, si lo piensas —pone una sonrisa diabólica. —Sea a lo que sea que piense que está jugando, nosotros jugaremos mejor. ¿Nos quiere en la fiesta de inauguración del Luxe? Vale, iremos. Habrá champán, caviar, mucho dinero para ganar en las mesas de blackjack y póquer... ¡Lo daremos todo! Y tú, mi guapa, inteligente y brillante ladrona, te abrirás paso hasta su cama.

—¡Ni de puta coña! —grito y me pongo de pie al instante, con la sangre hirviendo.

—¡Escúchame! —intenta calmarme, aunque es demasiado tarde para eso.

—Jered, no. No. ¡Mil veces no!

—Winter, si no conseguimos el brazalete estamos jodidos, y no en el buen sentido —la expresión de Jered se vuelve dura y oscura, el sombrío recuerdo de Marsden y su GI Joe se interpone entre nosotros. —No tenemos escapatoria, bomboncito. Además, tenemos una ventaja, a pesar de la mierda de situación en la que estamos. Ethan y tú tenéis historia.

—Sí, pero no de las buenas —murmuro, y luego exhalo con fuerza.

—No importa —sacude la cabeza. —Sigue siendo historia. Puedes usarla a tu favor. Iremos juntos. Yo iré a jugar a las mesas, tú deja que él te invite a una copa. O a veinte. Las que hagan

falta para seducirlo.

—No es tonto, Jered. Sabrá que estamos intentando engañarlo.

Sé lo que me digo. Ethan siempre ha parecido el típico vago rebelde al que no le importaba una mierda nada ni nadie más que él mismo. Pero yo lo conozco... bueno, lo conocí mejor que la mayoría, hace doce años. No es tonto.

Es tenaz y muy listo, siempre está alerta. Definitivamente está jugando con nosotros mandándonos estas invitaciones. Si solo me hubiera invitado a mí, simplemente lo habría ignorado y me lo tomaría como otro intento de acercarse. Pero también invitó a Jered. Intenta decirme algo.

Jered está tan desesperado por conseguir el brazalete, que ya no piensa con claridad. Si vamos a hacer esto, tenemos que hacerlo bien. Nunca me he enfrentado a Ethan de esta manera. Hace doce años, hacer algo así habría sido una locura, una auténtica estupidez.

Basándome en lo que he podido averiguar sobre Ethan hasta ahora, empiezo a pensar que soy una suicida simplemente por planear un golpe de estado. Tú no juegas con Ethan, es Ethan el que juega contigo.

Jered empieza a barrenar sobre cómo puedo meterme en el Luxe y en la cama de Ethan. Lo pongo en modo silencio, me siento en una silla y miro por la ventana. Los recuerdos se apoderan de mí, fragmentos de cosas que he hecho con Ethan. No se puede mantener el pasado enterrado mucho tiempo.

15 DE MAYO de 2003

Es nuestro último año de instituto. Por fin tengo 18 años y me he marchado de Cherry Hill. Con lo que tenía ahorrado me he alquilado un pequeño estudio en la calle East Biddle. Es un piso pequeño y cómodo, ya he pagado el alquiler de los próximos seis meses, tiempo suficiente para pensar en lo que haré con mi vida.

Mi padre se fundió el dinero que tenía para la universidad en bebida cuando yo tenía aún quince años, así que matricularme en la Facultad de Derecho no es una opción. No es seguro que me vayan a dar beca. Mis posibilidades son bastante escasas, pero puedo juntar una cantidad decente en los próximos dos años y luego solicitar un préstamo de estudios. Mientras tanto puedo ahorrar y así la deuda no me pillaré con el culo al aire.

Ethan y yo somos como uña y carne. Fue él el que me encontró este estudio y pasa la mayor parte de su tiempo aquí. Las cosas no están bien con sus padres adoptivos pero mientras cobren los cheques, no se quejan. Eso sí, una vez que termine el instituto están jodidos, porque Ethan se volverá completamente independiente. Ya le he dicho que se venga a vivir conmigo, podemos encontrar algo más grande después o puede irse a vivir a su propio piso, si quiere.

Dice que necesito mi espacio. Que necesito disfrutar de mi libertad. Mi madre me llama todos los días. Está muy preocupada por mí, pero le sigo diciendo que debería haber expresado esa preocupación cuando dejaba que papá nos diera palizas. Las cosas no están bien entre ellos y no puedo evitar sentirme triste, pero ya no aguantaba más. Además, Ethan tiene razón. No vivir con el miedo de que el hombre que se supone que te protege y te alimenta te dé un puñetazo en la cara sienta muy bien.

Aun así, todavía les sigo queriendo a los dos, pero nuestra relación está tan dañada que ya no se puede arreglar. Su toxicidad acabaría conmigo. Ethan me salvó en más de un sentido. Sé que las masas afirmarán que el amor es algo para la gente mayor, que se necesita sabiduría y edad para saber qué es realmente el amor. No estoy de acuerdo. Los latidos de mi corazón y su plenitud se deben a Ethan. En los días más oscuros, él es toda la luz que necesito. Si la forma

en que hace que mi corazón lata más rápido y más lento al mismo tiempo no es amor, entonces no sé qué más lo es.

Estos son todos los pensamientos que pasan por mi cabeza, hoy tenemos menos clases por los preparativos para la graduación, así que tengo demasiado tiempo para pensar. Ethan no está por aquí hoy, Jimmy tiene un trabajo para él. Nunca me dice cuáles son los trabajos en sí, pero puede permitirse llevarme a sitios bonitos los fines de semana.

Llego a mi apartamento y cierro la puerta. Estoy en Baltimore todavía, no en los Hamptons. Me quito la ropa y me meto en la ducha, dando la bienvenida al agua caliente sobre mi piel. El vapor me rodea y disfruto del aroma del gel de ducha de fresa mientras me lavo.

—Nunca me cansaré de esto —la voz de Ethan me asusta.

—¡Jesús! —grito y casi me resbalo en la ducha.

Ethan está ahí para cogerme, lanzándose por el suelo del baño. Me rodea con sus brazos y me río, sus vaqueros y su camiseta blanca se están mojando, pero no le importa. Nos besamos como si no nos hubiéramos visto en años.

—No pretendía asustarte —respira, y se quita los zapatos.

Está de pie junto a la bañera y yo le ayudo a quitarse la ropa. Tiene los ojos verdes, oscuros y nublados, se lame y luego se muerde el labio inferior mientras le desabrocho los vaqueros.

—Pensé que volverías mañana —le respondo, y luego me muevo hacia atrás, dejándole sitio para que se meta conmigo en la ducha.

—El trabajo fue más rápido de lo que pensaba y me moría de ganas por volver contigo —dice, con la mirada perdida. Ethan me adora de una forma que provoca todo tipo de sensaciones en mi cuerpo. Sus manos suben y me acarician la cara, mientras me acerca a él para darme otro beso.

Su erección me toca el estómago y yo me río, lo que le lleva a echar la cabeza hacia atrás y a mirarme con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me lo dice en tono bajo y con la voz ronca, mi vientre reacciona, calentándose por dentro. Sus dedos se deslizan suavemente por mis hombros y luego bajan hasta mis pechos. Están firmes y suaves, mis pezones le dan la bienvenida a su tacto. Me enciende como si fuera dinamita.

—Nada en particular —consigo decir, el calor se acumula entre mis piernas mientras el agua corre por nuestros cuerpos. —es solo que me encanta cómo tu cuerpo reacciona al mío...

Él sonríe, luego captura mi boca con otro beso, nuestras lenguas se entrelazan hasta mientras ardo a fuego lento, sus manos siguen sobando mis pechos. Empujo mis caderas hacia adelante, lo necesito dentro de mí, más que nada en el mundo. Me agarra el culo con las dos manos y me acerca a él.

Esta no es la primera ni la última vez que hacemos el amor en la ducha. Pero es la primera vez que me muestra un lado de él que sabía que tenía, pero que nunca reveló. Envuelvo mis dedos alrededor de su polla dura y la aprieto suavemente. Sisea y sus dedos se clavan en mi piel.

Me muerde el labio inferior y lo chupa, mientras yo gimo contra en su boca y le toco más fuerte.

—Joder... —jadea, y levanta una mano para agarrarme del cuello.

Aguanto la respiración y nos miramos fijamente durante un rato. Me ha estado llevando al éxtasis casi todas las noches durante el último mes, desde que me mudé aquí y todavía no me canso de él. Pero sé que hay una sombra más oscura de él acechando bajo ese exterior de chico malo y estoy decidida a descubrirla.

—¿Qué intentas hacer? —pregunta, con un tono suave mientras su otra mano deja mi culo y se desliza entre nosotros. Sus dedos se mueven más abajo y se hunden en mis pliegues húmedos, haciéndome temblar mientras me coge más fuerte del cuello.

Entonces me doy cuenta de que no es solo su lado más oscuro lo que estoy buscando... sino que hay algo escondido en mí también, algo que conecta con él. Por eso me encanta cuando toma el control y quiero que vaya más allá. A veces, se reprime y quiero que deje de hacerlo. Yo puedo ser yo misma con él, tiene que ser mutuo.

—Quiero que seas... tú —susurro—, todo el tiempo, Ethan... no te contengas más... quiero todo lo que tienes para darme...

Un pesado suspiro sale de su pecho. Parpadea varias veces, lentamente, luego me da la vuelta y me empuja contra la pared de azulejos. Siento el frío contra mi piel y me estremezco instintivamente, los escalofríos recorren mi columna vertebral. Pero por dentro estoy caliente, ardiendo de deseo. Me gusta la forma en que toma control sobre mí, principalmente porque confío en él lo suficiente como para permitirle explorar mis límites.

Impide que me mueva inclinándose sobre mí y mordisqueando mi lóbulo de la oreja derecha. Gimo mientras me abre las piernas y me echa el culo hacia atrás.

—Tócate —dice, cogiéndome la mano y poniéndola sobre mi coño. Hago lo que me dicen, mientras él me la mete por detrás. —Joder...

Todavía estoy dolorida por lo de anoche, pero es tan placentero que quiero más. Noto su polla enorme mientras la mete más al fondo de mí, y grito su nombre.

—Ethan...

—Córrete —me ordena mientras me folla más fuerte cada segundo que pasa. Sus manos me agarran por la cadera y siento que el universo entero se contrae dentro de mí mientras toco mi centro de placer, todo hinchado y desesperado por liberarse.

—Dios, no pares —gimo y uso la mano que tengo libre para agarrar su muslo, las yemas de mis dedos hormiguean de placer y sus músculos se contraen con mi tacto.

Me da más fuerte y siento como si estuviera en el borde del fin del mundo. Una de sus manos deja mis caderas y se hunde en mi pelo, agarrando y tirando de mi cabeza hacia atrás mientras me folla aún más fuerte.

—Eres una puta diosa —me dice al oído.

Es suficiente para hacerme estallar y me corro, mis músculos aprietan su polla y todo se magnifica, jadea y gruñe mientras llega a su propio clímax. Me deshago en sus brazos, me tiemblan las piernas y todo mi cuerpo vibra mientras me muerde el hombro y lo saca todo.

Esto es bueno. Me gusta. Es cariñoso y delicado cuando no nos tocamos. Pero una vez que nuestras manos recorren el cuerpo del otro de arriba a abajo, se transforma y me encanta eso de él. Es apasionado y dominante, no quiero que se guarde nada. No quiero que piense que soy demasiado débil para gestionarlo.

Lo amo. No la idea de él o sus partes perfectas. Me encanta lo que no es tan perfecto también. Su mecha corta. La forma en que me reclama y me hace sentir como si fuera la reina del mundo. Sé que quiere ser más duro conmigo y estoy lista para ello. Estoy lista para el verdadero Ethan. Este momento lo demuestra, porque no he terminado. Necesito más.

Entonces, cierro el agua y lo llevo a la habitación. Su polla está dura y ansiosa incluso antes de que llegemos al colchón. Eso es lo que somos, una mezcla de orgasmos, sonrisas y esperanzas de un futuro mejor, atrapados en dos cuerpos que están desesperados por fundirse y convertirse en uno. Por ahora, parece que es suficiente.

—Te quiero —le digo, mientras me acuesta en la cama y me lleva la mano hasta el cuello.

Sus cejas se levantan mientras le sonrío. —Amo todo de ti... incluso lo que contienes...

Su mirada me dice que he tocado un punto muy delicado en él, está abrumado y me quiere dar todo su cariño, pero me sigue agarrando firmemente del cuello mientras me besa. Luego se coloca entre mis piernas y me le mete hasta el fondo, grito de puro placer, un placer que me nubla la mente.

Sí, Ethan... No te contengas más.

—No te contengas —la voz de Jered me devuelve al mundo real y, por un segundo, no estoy segura de si estoy agradecida o enfadada. Esos son recuerdos que he guardado bajo llave durante años, pero Ethan está tratando de abrirse camino en mi vida y está provocando todo tipo de flashbacks.

—¿Eh? —Estoy confundida. No he escuchado ni una sola palabra de lo que me acaba de decir. —Lo siento, no te estaba atendiendo.

—Dije... que una vez que lleguemos a la fiesta de inauguración del Luxe, tú bebe todo lo que necesites para ponerte de buen humor, bomboncito. No te contengas. Sé que tienes mucho aguante con el whiskey y toda esa mierda, pero tienes que intentar llegar a Ethan como sea —reitera Jered, inclinándose hacia atrás en su silla giratoria de cuero.

Me levanto y sacudo la cabeza.

—No puedo tener esta conversación contigo —respondo, y me cuelgo el bolso en el hombro mientras camino hacia la puerta. —Te veré en el Luxe a las siete, en punto. Ni se te ocurra llegar tarde.

—Tranqui, bomboncito, allí estaré —sonríe.

—¡Déjate de ‘bomboncitos’, Jered! —estoy enfadada y es por una buena razón. —¡Para empezar, tú me metiste en este lío! ¡No te vas a ir de rositas! Nos vemos a las siete.

Jered abre la boca para responder pero no sale nada. Nada de lo que diga podrá hacerme sentir menos miserable o podrida por lo que estoy a punto de hacer. Después de todos estos años intentando mantenerme alejada de Ethan, luchando para sacarlo de mi cabeza y de mi corazón, ahora tengo que tontear con él para entrar en su casa y arrebatarle ese puto brazalete.

WINTER



NO HE VISTO ni he tenido noticias de Ethan desde su visita improvisada a mi apartamento. Pero encontró la manera de seguir jugando con mi cabeza enviándome una invitación a la gran inauguración de su nuevo casino en Manhattan.

Será gilipollas...

El Luxe ocupa los dos primeros pisos de un enorme rascacielos en Park Avenue, no muy lejos del Waldorf Astoria. El lugar fue elegido estratégicamente, y debe haber costado una fortuna alquilarlo pero, al salir del uber de lujo, puedo ver que valió la pena el esfuerzo, siempre y cuando, por supuesto, Ethan se esforzara de verdad y no tirara el dinero en efectivo por ahí como si fuera purpurina en un festival indie.

Hay cientos de invitados entrando, las azafatas llevan puestos unos vestidos negros de lentejuelas apretados y les dan la bienvenida, señalándoles la recepción principal en el interior. La fachada ha sido rediseñada para adaptarse a la marca Luxe, con una entrada de alfombra roja y adornos de bronce incrustados en el brillante mármol negro. La entrada es amplia y toda de vidrio esmerilado, con el logo de Luxe impreso en oro.

Las puertas de la entrada están abiertas de par en par para esta noche, y reconozco a algunos de los invitados, personas de la alta sociedad, algunos de los jugadores de la casa de apuestas de Ralph y muchos políticos locales, promotores inmobiliarios, actores y músicos, junto con las muchas personas influyentes cuyos rostros nunca llegan a un periódico a menos que se anuncie una adquisición o fusión importante.

Respiro profundamente y busco mi teléfono en el bolso de mano. Tengo un pequeño auricular Bluetooth, me lo pongo en la oreja y lo cubro con mi pelo, en el que me he hecho unos rizos grandes y brillantes y me he peinado hacia el lado de mi hombro derecho. Mi vestido es precioso, pero no destaca en el mar de oro y lentejuelas que veo entrar. Es un clásico y sencillo vestido de noche; la seda azul oscuro cubre mis curvas, dejando mis brazos y la parte baja de mi espalda desnudos. Lo he combinado con tacones de aguja negros y con joyas de oro minimalistas.

Si tengo que conquistar unas cuantas mesas de póquer, no quiero que me recuerden fácilmente. Afortunadamente, veo muchas mujeres hermosas por aquí esta noche.

Sí, pero no estás aquí para jugar al póquer, ¿verdad?

Mierda.

Veó a Jered viniendo hacia mí. Su esmoquin le queda perfecto, resaltando sus ojos grises y su ligero bronceado. Su pelo está bien peinado a un lado y también lleva puesta su característica sonrisa diabólica. Le irá bien con las mujeres esta noche.

—Llegas tarde —murmuro, manteniendo la cara seria.

Su mirada se oscurece al acercarse y sus ojos me recorren de arriba abajo. Se encoge de hombros y me ofrece su brazo.

—No llego tarde, tienes que sacarte ese palo que llevas metido por el culo, bomboncito —sonríe—. ¡Te has puesto demasiado buenorra hoy como para estar de morros!

—Ugh... Acabemos con esto —pongo los ojos en blanco mientras nos acercamos a las azafatas.

Son jóvenes, de unos veinte años, llevan bastante maquillaje, para nada discreto, como se espera de un animador de casino de alto nivel. Los vestidos les quedan perfectos, las lentejuelas negras abrazan sus cuerpos de modelo mientras comprueban sus iPads y confirman la llegada de los invitados.

—Winter Wright —le digo a una de ellas, y luego señala con la cabeza a Jered—, y este es Jered Hicks.

La anfitriona sonríe y toca la pantalla dos veces una vez que encuentra nuestros nombres.

—Bienvenidos al Luxe, Srta. Wright y Sr. Hicks —dice, con su voz suave y dulce, probablemente diseñada para atraer a los hombres a un casino. Reconozco que Ethan sabe cómo elegirlos—. Adelante, por favor. El champán y los cócteles les esperan en la recepción.

—Gracias —le digo con una leve sonrisa, todavía enganchada al brazo de Jered.

—Podrás decir lo que quieras sobre el Sr. Lightstone, pero lo que está claro es que sabe cómo montar una fiesta —murmura Jered, mientras pasamos a la recepción, donde unos cuantos camareros con uniformes negros y dorados sostienen bandejas cargadas de Cosmopolitans y copas de champán. Jered coge dos Cosmos y me da uno. —Yo digo que nos pillemos una buena con los cócteles, bomboncito... Es la manera más rápida de emborracharse y conseguir lo que vinimos a buscar.

—¿Por qué, quieres hacer un trío conmigo y con Ethan?

Sí, no estoy de muy buen humor, pero estoy en todo mi derecho. Estoy en el casino de mi exnovio, a punto de ponerme a tontear con él y esperar que me lleve a su casa para que pueda robarle 500.000 dólares en diamantes.

—Mejor un trío contigo y con esa impresionante anfitriona de allí —responde Jered despreocupadamente—. ¿Tu has visto esos labios? Están hechos para lame...

—Calla la boca —digo de forma cortante—. Entiendo que esto te parezca diferente y emocionante, pero no estoy de muy buen humor que se diga para nuestras tonterías habituales.

—Relájate, Winter —Jered se pone serio cuando entramos en el salón principal—. Solo quiero que te sueltes un poco. Sé que es difícil y me alegra no estar en el extremo receptor de lo que sea que vayas a hacer para conseguir ese brazalete, pero ten por seguro que estoy concentrado. Nuestras vidas dependen de ello.

—Algo que nunca te perdonaré —le digo, y luego me quedo sin palabras al ver el maravilloso interior del salón—. Dios, es impresionante...

Este lugar es una obra maestra, los techos altos están cubiertos con una representación en alta resolución del cielo nocturno. Parece como si el mismísimo universo nos observara, está sorprendentemente bien hecho, me doy cuenta al identificar varias galaxias y constelaciones. Unas enormes lámparas de cristal en forma de cúpula proyectan su cálida luz ámbar sobre la sala del casino, colgando de discos dorados. Las paredes están revestidas con un elegante papel pintado adornado con estilizados dibujos de flores de lis de un agradable tono bronce sobre un suave fondo negro. La alfombra es magnífica, un campo de cientos de miles de lirios rojos oscuros y de color bronce se extiende bajo nuestros pies.

Este lugar fue diseñado para un tipo de cliente en particular. Todo aquí está pensado para provocar, tentar y excitar, dejando a cada jugador con ganas de más. No, mejor dicho, con necesidad de más.

Unas elegantes luces LED y unos focos enmarcan las amplias barras de cócteles y la zona del comedor. Las mesas de juego son clásicas, con tapetes de color verde oscuro sobre marcos de caoba. También hay varias máquinas tragaperras al fondo del salón, sus coloridos letreros me llaman la atención antes de ver a Ethan de pie junto a la barra principal.

Mi respiración se acelera. Está muy sexy con su traje negro, camisa blanca y corbata de color bronce. Sus rizos castaño oscuro caen sobre su frente, está bebiendo un whisky doble como una mujer rubia muy guapa que lleva puesto un vestido blanco. Veo cómo se ríe y aprieta suavemente el brazo de Ethan. Mi estómago reacciona y amenaza con devolver el taco que me he tomado para comer.

—Ahí está —Jered también lo ve y le odio un poco por hacerlo, porque ahora tenemos que ir a saludarlo—. Vamos a saludarle.

Suspiro y dejo que Jered se abra paso entre la multitud. Es como si Ethan sintiera mi presencia. Endereza su espalda cuando su mirada me encuentra, suavizándose por una fracción de segundo antes de ver a Jered. Cuanto más me acerco, mejor veo a la rubia vestida de blanco. Es una de esas chicas de revista, con unas piernas increíbles y brillantes diamantes alrededor del cuello, su cara perfecta apenas cubierta con una pizca maquillaje.

—Me alegra veros a los dos aquí —dice Ethan, con un tono seco y sin mostrar ningún tipo de emoción.

—No me lo habría perdido por nada —Jered le sonríe sarcásticamente.

—Esta es Jenna Hensley —Ethan presenta a la rubia, y luego nos señala con la cabeza—. Jenna, te presento a Winter Prescott y a Jered Hicks.

—Wright —lo corrijo, intentando mantener la calma y parecer relajada, aunque cada vez me resulta más difícil por la forma en que Ethan me mira. Sus ojos vagan a lo largo y ancho de mi cuerpo y de repente me siento ridículamente acomplejada—. Winter Wright.

—Eso, Wright —Ethan sonríe.

—Es un placer conoceros a ambos —responde Jenna, la chica de revista, y nos damos la mano. Incluso su voz suena bien.

¿Por qué estoy siendo tan quisquillosa?

—Felicidades por la inauguración —digo, casi mecánicamente. —Parece que el Luxe va a redefinir la vida nocturna de Manhattan.

—Han pasado años construyéndolo. No tengo ninguna queja. Gracias —responde Ethan, y luego se vuelve hacia Jered—. Entonces, ¿cómo os conocisteis tú y Winter?

La pregunta coge a Jered por sorpresa. Todo mi cuerpo se tensa, tanto que parece que me voy a romper, mientras lucho por encontrar una historia creíble que no implique un robo.

—Oh, es una historia divertida —Jered se ríe nerviosamente—. Nos conocimos jugando al blackjack.

—¿En serio? —Ethan levanta una ceja y luego me mira, como si esperara mi validación. Todo lo que consigo es asentir con la cabeza, abofeteándome mentalmente por ser incapaz de hablar. Jenna escucha la conversación con un interés fingido. Tengo la sensación de que prefiere estar a solas con Ethan—. ¿Y cómo es que acabasteis trabajando juntos?

Ah, ahora ya se está metiendo más. Me doy cuenta de lo que está tratando de hacer. Quiere averiguar cómo Jered y yo terminamos bajo el control de Marsden.

—Hicimos muy buenas migas —digo, mi boca toma el control antes de que mi cerebro pueda

intervenir—. Jered y yo hacíamos una gran pareja en la cama y decidimos llevar nuestra sinergia al siguiente nivel, así que nos hicimos socios.

La expresión en la cara de Ethan hace que mi corazón se congele. La tensión entre nosotros se amplifica, tanto que se podría cortar el aire con un cuchillo. Alcanzo a ver la cara de aturdimiento de Jered y luego me obligo a esbozar una educada sonrisa.

Ethan asiente lentamente, mordiéndose la parte interior de la mejilla mientras su mirada se mueve entre Jered y yo. El daño ya está hecho, no puedo decir que era broma ahora. Además, puede que haya metido a Jered en problemas con esta declaración, pero se lo merece.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos entonces? —Ethan es implacable.

—Ethan, eso es demasiado personal, ¿no? —Jenna se ríe, obviamente consciente de la incómoda verdad subyacente. Jered es incapaz de esconder sus sentimientos y yo tampoco es que esté haciendo un gran trabajo.

—Jenna, ¿serías tan amable de darnos un minuto? —Ethan no me quita los ojos de encima mientras dice eso. Me siento como un conejo al que le apuntan con una escopeta.

Jenna, la chica de revista, asiente con la cabeza pero no parece muy contenta por tener que hacerlo. Se aleja, no sin lanzarme antes una mirada.

Genial, ¡échame la culpa!

Tan pronto como esta fuera del alcance de nuestras palabras, miro a Ethan fijamente.

—¿A qué coño estás jugando? —Se lo pregunto sin rodeos, haciendo que Jered gruñe y ponga los ojos en blanco.

—¿Qué quiere decir, Srta. Wright? —responde Ethan con un tono firme mientras el fuego verde de sus ojos arde bajo sus pestañas. Está muy enfadado y ya no se molesta en ocultarlo.

—Invitarnos aquí... ¿Qué pretendes?

—Winter, ¿no podemos tomarnos unas copas y...? —Jered intenta mediar en esto pero fracasa miserablemente, mientras lo interrumpo.

—No, vamos a hacer esto —le digo y frunzo el ceño. —Si te sientes incómodo, hay muchas mesas de póquer en las que lo puedes pasar bien.

Ethan observa nuestro breve intercambio con un destello de diversión en sus ojos.

—¿Sabes qué te digo, bomboncito? Eso haré —dice Jered, visiblemente irritado, y luego mira a Ethan. —Ponle un whisky o algo. Necesita relajarse un poco.

Lo maldigo en voz baja mientras se aleja y alcanza a Jenna que está más adelante. Por supuesto, Jered ligando con la rubia mientras yo estoy atrapada aquí con... Ethan. Lo miro y me acabo el resto del cóctel.

Me quita el vaso vacío de la mano y lo pone en el mostrador de la barra detrás de él. Le hace una señal al camarero para que lo rellene.

—En serio, ¿qué estoy haciendo aquí? —Le pregunto, inquieta por el silencio, mientras la gente se ríe y chismorrea a nuestro alrededor.

—Tengo la costumbre de mantener a mis amigos cerca y a mis enemigos todavía más — responde Ethan, mirándome fijamente.

—¿Y qué? ¿Ahora soy tu enemiga?

—No me refería a ti —la comisura de su boca se mueve mientras mira por encima de mi hombro. Ve a alguien familiar, a juzgar por su mirada y la vena que palpita en su sien.

—Entonces, ¿a quién te refieres? ¿A Jered?

—¿Sr. Lightstone! —La voz de Marsden detrás de mí hace que la sangre se me congele—. ¡Gracias por la invitación! ¡Es un honor estar aquí!

Mierda. Mierda. Mierda y más mierda.

—El placer es mío, Sr. Marsden —Ethan asiente levemente con la cabeza de forma educada.
—Bienvenido al Luxe.

Marsden se acerca a mi lado y me saluda con una de sus características sonrisas de mala muerte. Clive está justo detrás de mí y todavía me mira como si fuera una mosca que no puede matar.

Y Marsden dice que le gusto. Hah.

—¡Winnie, cariño, me alegro de verte! —dice Marsden, pasándome el brazo alrededor de la cintura y tirando de mí un poco demasiado cerca de él. Tengo ganas de vomitar pero no quiero ensuciar el vestido. Ethan mira en silencio, pero su fría expresión me dice más de lo que sus palabras jamás podrán decir.

—Yo también me alegro de verte —consigo decir, y me alejo suavemente. —¿Qué le trae por aquí, Sr. Marsden?

—¡Me invitaron!

—Ah. —Mi tono es deliberadamente seco esta vez, mientras giro la cabeza para mirar a Ethan de nuevo. —Genial.

—Creí que sería apropiado —Ethan se encoge de hombros. —El Sr. Marsden tiene una importante reputación en esta ciudad. Hubiera sido grosero no invitarlo.

Pero pudo haberse asegurado de que la invitación se perdiera en el correo. El muy gilipollas.

Ahora sé bien a qué está jugando. Definitivamente sabe lo de Marsden, lo que significa que probablemente también sepa lo de Clive. Ahora Ethan tiene más claro lo que pasó en su casa la noche que me pilló. Sabe quién está involucrado y nos tiene a todos en la misma habitación para investigarnos. Aunque no estoy muy segura de por qué. Igual es un castigo. Necesito saber más sobre lo que Ethan ha estado haciendo. No es tan tonto como para ir tras Marsden. Pero podría estar yendo a por Jered y a por mí perfectamente.

Mierda, ¿por eso vino e hizo... lo que hizo? ¿Está intentando meterse en mi cabeza como parte de su venganza?

Las preguntas zumban en mi cabeza, pero me dan miedo las respuestas. El camarero me sirve un Cosmo bien frío y me lo acabo en segundos, le devuelvo el vaso y asiento para que lo vuelva a llenar. Esta va a ser una noche muy jodida y muy larga.

—Bueno, gracias por invitarme, de nuevo —Marsden sonríe con los ojos reducidos a dos rendijas en su redonda y brillante cara. —Dígame, ¿ha reconsiderado mi oferta del brazalete Graff?

Mis rodillas se debilitan y casi me desplomo. Me apoyo disimuladamente en la barra, al menos eso espero, deseando que el camarero se de prisa para que pueda tomarme todo lo de la carta hasta que deje de sentir... cosas.

Entonces me doy cuenta de lo que pasa al ver cómo las miradas de Ethan y Marsden se intercambian.

—A decir verdad, no sé a quién conoce en Sotheby's, pero recuerdo haber pujado de forma anónima —Ethan levanta una ceja y luego le da un trago a su whisky sin quitarle los ojos de encima a Marsden.

—Si ha oído hablar de mi reputación, Sr. Lightstone, entonces sabe que soy un hombre de recursos —responde Marsden. —Llevo mucho tiempo queriendo ese brazalete para mi colección privada. Tengo un juego Graff que combinaría perfectamente.

—Como ya le he dicho, todavía no está en venta —Ethan no se siente intimidado, ni siquiera cuando Clive se aclara la garganta, como si tratara de recordarle que está ahí y listo para hacer

todo lo que Marsden quiere que haga, esas cosas que conozco muy bien. No puedo evitar preocuparme por la dirección en la que va esta conversación.

—Ya lo sé, Sr. Lightstone —se burla Marsden. —Simplemente estaba expresando mi interés en la pieza, eso es todo.

—Espero que tenga mejor suerte la próxima vez, Sr. Marsden.

Hablando de suerte, el camarero me sirve otro Cosmo.

—Le ha añadido un chupito extra de vodka —me guiña un ojo.

—Gracias —murmuro, preguntándome si mi angustia es tan obvia. En realidad, se lo agradezco. Dejo que el líquido rosado se pose en mi lengua, enfriando mi garganta antes de caer en mi estómago. Es más fuerte que los dos anteriores y puedo sentir un cosquilleo en los dedos de las manos y de los pies.

Menos mal, el alcohol por fin empieza a hacer efecto.

—Yo me gano mi propia suerte —oigo a Marsden responder, con un tono seco.

—Estoy seguro de que así es, Sr. Marsden, pero ¿qué quiere que le diga? Hay más piezas como esta en el mercado —Ethan no cede. —Bueno, dejemos de hablar de eso ahora, veo que conoce a la Srta. Wright. ¿Cómo se conocieron?

El calor se extiende a través de mí y no estoy segura de si es el alcohol o el hecho de que Ethan está interrogando educadamente al hombre que podría hacer que me cortaran en pedazos y se deshicieran de mi cuerpo tirándome en varios vertederos de Nueva York en un abrir y cerrar de ojos. Marsden me lanza una mirada de reojo que no llego a entender por completo, ¿está cabreado? ¿es una broma? Ya no tengo ni idea, mi cerebro se relaja prematuramente bajo la influencia del alcohol. Apenas he comido hoy, así que no creo que sea capaz de tener más aguante que nadie, como de costumbre.

—La Srta. Wright trabaja para mí. —Una vez más, me siento confundida por su respuesta. ¿A qué está jugando? ¿A qué cojones están jugando los dos?

—¿Y qué hace? —Ethan inclina la cabeza a un lado.

—Eso no es de su incumbencia, Sr. Lightstone —responde Marsden, algo irritado.

—No sé si refutar ese argumento —responde.

—Le sugiero que no lo haga —interviene Clive, y todos mis músculos se tensan. Rara vez escucho hablar al matón y nunca es buena señal. Clive no abre la boca a menos que vaya completamente en serio.

Ethan y él empiezan a intercambiarse miradas asesinas durante lo que parece ser el minuto más largo de mi vida, hasta que no puedo aguantar más y me excuso.

—Voy a probar las mesas de póquer —digo, pongo mi vaso vacío en la barra y me voy. Si planean matarse el uno al otro, no tengo intención de mirar, no importa lo revuelto que tenga el estómago.

Puedo sentir cómo me miran, pero sigo caminando hasta que me pierdo en la multitud. Si Ethan planea liarla con Marsden, es su problema, no el mío. Significaría que no es tan inteligente como pensaba.

ETHAN



AL MENOS SÉ cuáles son los límites de Marsden, en lo que respecta a la confrontación directa. Se esconde detrás de Clive, como sospechaba, lo que significa que tendré que deshacerme del matón antes de ocuparme de él.

Por el momento, sin embargo, es la gran inauguración de mi casino y no puedo meterme en líos, así que les lanzo a Clive y a Marsden una sonrisa seca y le hago una señal al camarero para que les sirva algo.

—Champán para mis invitados, por favor —digo, y luego vuelvo a centrarme en Marsden. — Entiendo que eres un ávido coleccionista de diamantes. Yo también me estoy metiendo en eso.

Marsden me mira con los ojos entreabiertos. Básicamente estoy urgando en la herida. Está visiblemente irritado y sé que no debería, pero su expresión me hace sentir increíblemente bien por dentro.

—Me gusta lo brillante, ¿qué quiere que le haga?” Marsden sonríe y coge una copa de champán de la barra. —Llevo diez años en la compra-venta, puedes llevarte mucho dinero si llegas en el momento adecuado.

Está tratando de ser amable, lo que significa que se está relajando. Ahora puedo dejar que vague un poco por el casino y buscar sus puntos débiles, mientras voy a chincar a la fiera de Winter. Mi equipo de seguridad tiene los ojos puestos en Marsden y Clive, así que puedo centrarme en la mujer que tengo tan metida en la cabeza, la que hace que ni siquiera pueda ponerme dura con Jenna Hensley mientras anda rondando por mi vida.

Lo siento por Jenna, fui yo quien la invitó a la inauguración hace un par de semanas, antes de que pillara a Winter intentando abrir mi caja fuerte. Jenna está buena y todo el mundo habla de ella en el mundo de la moda, pero mi cuerpo ha perdido todo el interés.

—Si me disculpan, tengo más invitados a los que entretener —digo—. Por favor, disfruten, esta noche hay barra libre.

Me voy, sin molestarme en esperar una respuesta. Marsden necesita saber que no soy su perro faldero. Ya me las pagará. Nadie intenta robarme y se sale con la suya. He roto piernas y brazos por menos.

Hay mucha gente aquí esta noche. Me tranquiliza y me llena de orgullo. Otro negocio montado y, gracias a mi equipo de marketing, tendrá éxito. Los invitados son todos parte de la alta sociedad de Manhattan y al menos la mitad de ellos son jugadores conocidos. El Luxe ofrece todo lo que se pueda imaginar, desde póquer y blackjack hasta tragaperras y todo lo demás, perfectamente provisto de varios bares, dos restaurantes e incluso una puta cafetería para los jugadores

degenerados que ya empiezan a jugar de buena mañana.

El mundo está lleno de vicios, la gente es hedonista por naturaleza. Yo me pasé los primeros veinticinco años de mi vida siendo despreciado, ¿a quién coño le importa el pobre niño huérfano? Yo no valía nada y ellos ni siquiera se fijaban en mí. Pero en el momento en que empecé a ganar dinero, de repente empezaron a hacerlo. Así que, obviamente, los mandé a la mierda y decidí dejarlos para que se metieran más aún en sus hábitos de degenerados.

¿Tiene una cuenta de ahorros con la que está a punto de comprarse una casa en Florida? Bien, tengo una mesa de póquer solo para usted, sígame. ¿Tiene un coche caro que solo saca los domingos? Genial, ¿qué tal una partida de blackjack? ¿Y usted, Sr. Fiscal Adjunto? ¿Tiene ganas de algo y sabe qué? ¡Bienvenido al Luxe!

No se compadecieron de mí. ¿Por qué coño debería hacerlo yo? En el momento en que entran en mi territorio, son un blanco fácil en temporada de caza y mis armas siempre están cargadas.

Encuentro a Winter en una mesa de póquer. Es la única mujer, creo que lo ha hecho a propósito. Su vestido distrae. No destaca, pero joder, define sus curvas a la perfección. A juzgar por las miradas hambrientas que la rodean, sabe exactamente lo que hace.

—Subo veinte —le sonrío al hombre de mediana edad del traje de color bronce que está sentado frente a ella. Los otros ya están fuera.

Hay un montón de fichas apiladas frente a Winter. Se está haciendo con todas, el del traje bronceado también está en las últimas. Pero no va a renunciar. No puede hacerlo. El sudor corriendo por su cara, el tic nervioso en su dedo meñique izquierdo y el músculo que se mueve en su mandíbula apuntan a lo obvio. Probablemente tenga un chip de Jugadores Anónimos en algún lugar del bolsillo, señal de que no puede controlarse.

Juega la mano y Winter lo aniquila con cuatro reyes. Está relajadísima, nunca la había visto jugar al póquer antes. Para ser sincero, la mayor parte de lo que hacíamos estaba relacionado con nuestros cuerpos pegados el uno al otro además de los viajes en coche y las tranquilas noches de sábado en casa. Nunca la había visto así.

Parece que la seda azul marino de su vestido apenas toca su piel, mientras que dibuja a la perfección cada una de sus formas. Sus pechos me llaman, los pezones empujan juguetonamente contra el suave tejido. Tiene el pelo de un color negro perfecto e increíble, me dan ganas de meter las manos en él. *Joder.*

Un camarero se detiene en las mesas y la ayuda a recoger sus fichas en una bolsa de terciopelo negro con el logo del Luxe bordado en oro. Los clientes pueden quedársela de recuerdo. A la gente le encantan esos pequeños detalles, son prácticamente inútiles, pero es marketing. Los traerá de vuelta por más.

—GRACIAS POR JUGAR —el crupier le ofrece una brillante sonrisa y Winter se la devuelve pasando la mirada por la mesa.

—Gracias por invitarme —ronronea y mi polla se enciende. Sabe cómo jugar con los jugadores. Puedo ver un destello en sus gélidos ojos azules mientras coge su bolsa de fichas y procede a cobrarlo todo.

Se queda quieta cuando me ve. El resto de la mesa comienza otro juego. Están casi limpios, pero lo más probable es que compren más fichas pronto. Tengo a mi propia gente aquí, estratégicamente colocados en diferentes mesas, compran bebidas, convencen a los jugadores para que apuesten más y usan pequeños trucos mentales para persuadirlos y que compren más fichas.

Quiero que los informes de las cajas registradoras griten de alegría al final de la noche.

Winter trata de pasarme de largo, pero yo me cruzo en su camino. Ella frunce el ceño y yo sonrío. Sus mejillas se sonrojan, me encanta lo que le provoca la ira, especialmente cuando su respiración se intensifica y sus pechos presionan contra la tela de seda de su vestido.

—Disculpa —dice, y se mueve a la izquierda en otro intento de pasarme de largo, pero la detengo de nuevo. Exhala con fuerza mientras baja los hombros y me mira con exasperación. —En serio, ¿qué problema tienes? ¿Disfrutas molestándome?

—¿Cómo que molestándote?

—¿Es ironía? —levanta una ceja.

—Para nada —me encojo de hombros. —Solo quiero saber qué es lo que crees que estoy haciendo que te pone tan caliente y te molesta tanto, para poder mejorar y quitar la parte de 'molesta'. Me gustas 'caliente'...

Se queda quieta, luego parpadea varias veces y sacude la cabeza lentamente. La dejo pasar, pero me doy la vuelta y la acompaño, lo que hace que ponga los ojos en blanco mientras caminamos hacia la caja.

—Así que, si no me equivoco, Jered y tú trabajáis para Marsden —digo, entrando deliberadamente en territorio hostil. —¿Desde hace cuánto?

—Creí que lo habías entendido cuando te dijo que no era de tu incumbencia, Ethan.

—Por eso te lo pregunto a ti —respondo.

—¿Por qué quieres saberlo?

Llegamos a la cabina de la cajera y Winter cambia las fichas mientras la empleada prepara una gran transferencia a su cuenta. Ha ganado unos 40 mil dólares en una sola partida. Estoy impresionado.

—Quiero saber todo lo que has estado haciendo desde que nos separamos —es difícil mantenerse concentrado cuando casi puedo sentir cómo la tensión sexual aumenta entre nosotros. Ha sido así desde el día uno y 12 años no han conseguido que eso cambie.

Coge el comprobante y lo mete en su bolso de mano, luego camina hacia el bar. Yo la sigo, mirando a mi alrededor. Jered está en otra mesa de póquer, con los ojos puestos en nosotros. Marsden y su matón están en algún lugar al otro lado del salón, pero no los alcanzo a ver muy bien. No pasa nada, mi equipo de seguridad los tiene controlados. Al final de la noche, sabré exactamente lo que hicieron, con quién hablaron y cuántas veces fueron al baño. Sé todo lo que pasa en mis locales.

—¿Por qué? —pregunta.

—Pareces un niño de cinco años —murmuro mientras llegamos a la barra de los cócteles y le hago una señal al camarero—. Whiskey doble para mí y un Cosmo para la señorita.

Winter no parece contenta de que haya pedido por ella. Mala suerte. Sin embargo, lo deja pasar. Supongo que ya tiene bastante con tener que lidiar con esta conversación.

—Ethan —murmura ella, con su mirada fija en los hábiles movimientos del camarero mientras prepara su cóctel. Me giro y la miro, apoyándome en la barra—. ¿Por qué estoy aquí?

Está preocupada. Estoy dispuesto a apostar que el ligero temblor en su labio inferior tiene que ver con ese miedo que siente. Algo me dice que no empezó a trabajar para Marsden por propia voluntad. La conozco lo suficientemente bien como para saber cuáles son sus límites a la hora de correr riesgos. Winter preferiría ser un lobo solitario a que su vida dependiera de otra persona. Eso lo tengo grabado en la mente desde que se fue de casa de sus padres.

—Estás aquí porque quiero que estés aquí, Winter —respondo suavemente, bajando mi cabeza y mi voz. Mis labios están a pocos centímetros de su oreja y ella se pone rígida, mientras me acerco más—. Quiero que seas parte de esto. Parte de mi vida.

Sus ojos se ponen vidriosos mientras sigue mirando el proceso de elaboración de cócteles del barman. Casi puedo sentir el dolor en su débil voz.

—Me empujaste fuera de tu vida, ¿recuerdas? —dice.

—Y me equivoqué al hacerlo, pero por aquel entonces era lo único que se me ocurría, dadas las circunstancias.

—Oh, por favor, ¿estás tratando de decirme que lo hiciste por mi bien después de toda la mierda que me dijiste? —está enfadada. Creía que yo tenía la mecha corta, pero Winter está ahí ahí.

—Creo que te pusiste a mi mismo nivel moralmente en el momento en que atravesaste la puerta esta noche —se la devuelvo. Por un lado, odio verla sufrir pero, al mismo tiempo, detesto que me recuerden todo lo que le dije esa noche. Activa algo en mi cabeza y me pongo a la defensiva rápidamente, lo que a su vez hace que salga a la luz mi lado tóxico.

Gira su cabeza para mirarme a los ojos, dos llamas azules que me queman el alma.

—¿Qué quieres decir? —me habla en voz baja, y sus palabras pesan.

—Podrías haber ignorado mi invitación —respondo—. Podrías haberte quedado en casa. En cambio, elegiste venir, aferrándote al brazo de Jered y contándome lo bien que te folla. No creas que he pasado por alto tu fracasado intento de molestarme. No lo hice.

—Eso no es nada comparado con cómo me dejaste hace doce años —gruñe, subiendo la voz. Varias personas giran la cabeza, pero ya no me importa. Winter sigue escarbando en la parte más horrible de mi pasado y no estoy preparado para abrir esa herida. La lastimé mucho, pero me destruí en el proceso. Me llevó años aceptar que le había dicho esas cosas. No voy a abrir ese cajón de mierda esta noche.

—¿Por qué estás aquí, Winter? —pregunto, porque necesito que me confirme lo que ya sé. No está aquí por mí. Está aquí porque no tiene otra opción. Necesito que sea ella la que me lo diga.

—Te estaba preguntando lo mismo.

—Esto no está yendo a ninguna parte —sacudo la cabeza y me bebo el whisky, haciendo señas al camarero para que me ponga otro, mientras Winter le da un buen trago a su Cosmo.

—Tienes toda la razón, no está yendo a ninguna parte —suspira, y luego se lame los labios, disfrutando del sabor de su cóctel. Me provoca un incendio por dentro y de repente me decido a desarmarla. Hasta ahora ha sido divertido, metiéndome con ella y provocando diferentes reacciones, pero ahora mi cuerpo quiere involucrarse. Mi corazón necesita sentir el suyo de nuevo.

—Te invité porque quería tener a todos los involucrados en ese intento de robo bajo el mismo techo —le digo, y ella se queda quieta, girando lentamente la cabeza para mirarme de nuevo. Su expresión es tranquila y casi inexpresiva, pero sus ojos la traicionan. Está asustada—. Sé que no quieres intentarlo de nuevo, Winter. Sé que quieres huir lejos de aquí... lejos de mí, sea como sea. Pero no puedes. En cambio, estás aquí. Así que dime por qué.

No dice nada, pero su pecho se mueve arriba y abajo. Su respiración se acelera. Definitivamente he dado en el clavo esta vez. Miro alrededor y veo que Jered sigue mirándonos.

—Hicks no es la mente pensante en todo esto, eso lo sé —continúo—. Pero está metido en esto contigo, así que voy a seguir adelante y adivinar que Marsden es el que manda y está decidido a poner sus gordas manos en mis diamantes Graff. También voy a adivinar que Jered está aquí porque está listo para acatar órdenes. Tú, por otro lado, te resistes.

—Vete a la mierda, Ethan —Winter murmura y se aleja, con una mano hecha un puño y la otra agarrando su cóctel.

Me lo tomo como un sí. Es la confirmación que he estado esperando y ahora tengo curiosidad

por ver qué hará a continuación. No puede volver a Marsden sin el brazalete. Veo como se detiene, varios metros delante. Se resiste. Supongo que está tratando de seguir cualquiera que sea el plan que tiene con Jered. Sabe que un segundo intento de abrir la caja fuerte no va a ser la solución, así que tendrá que intentarlo de otra forma, pero sus problemas conmigo se están interponiendo.

Se da la vuelta y me mira fijamente durante un minuto. Dejo que se tome su tiempo. Su conciencia está luchando con su instinto de supervivencia detrás de esos hermosos ojos que tiene. Debería hacer esa puta llamada, pero el Luxe acaba de abrir sus puertas y, sinceramente, tengo curiosidad por ver hasta dónde llegará.

Me acerco a ella y espero en silencio a que hable.

—¿Por qué no le vendes ese puto brazalete, Ethan?

Ahí está...

—Porque no yo no acato órdenes de Marsden —respondo sin rodeos.

—Incluso si me hace hacer algo que no quiero... —pregunta, su ira se ha ido de repente y, en su lugar, la ha reemplazado por una peculiar serenidad. Es como si hubiera encontrado la respuesta y no terminara bien para mí, de alguna manera. Ahora tengo mucha curiosidad.

—Así que, si yo no fuera el dueño, ¿habrías intentado abrir la caja fuerte otra vez?

—Sabes que sí.

—Ahora me siento mal. Me he interpuesto en tu carrera criminal —bromeo, fingiendo remordimiento.

—Sí, seguro que no te deja dormir por las noches —se burla y se acaba el cóctel. Hay un rubor permanente en sus mejillas, lo que me hace recordar lo fácil que es excitarla después de que haya tomado unas cuantas. Se abre como una flor. Su comentario sobre Jered no se va de mi cabeza, como una uña que rasca una pizarra.

—Hay muchas cosas de ti que me mantienen despierto por la noche, Winter.

Pasamos un par de segundos mirándonos el uno al otro. Mi corazón truena en mi pecho y cada músculo de mi cuerpo me duele al sentirla de nuevo. Cuanto más la miro, más me duele.

—Me voy —Winter se rinde—. Disfruta del resto de la noche.

Inclina la cabeza brevemente, luego se da la vuelta y se pierde entre la multitud. Me pregunto si realmente lo ha pensado bien, o si sus emociones se están interponiendo. Aún así, ya me he entrometido lo suficiente por hoy.

La observo mientras se dirige hacia la entrada principal, luego miro a mi alrededor y veo al matón de Marsden parado en uno de los bares. Tiene la cabeza vuelta hacia Winter, pero su expresión es firme y no expresa ningún pensamiento o intención.

Miro detrás de mí y veo a Jered enfrentándose felizmente a un magnate del petróleo y a sus compañeros de golf. Esos viejos cabrones lo tienen jodido, puedo ver el hambre en los ojos de Jered. Va a matar.

Se instala una tranquila inquietud dentro de mí, pero me distraigo rápidamente con Jenna, que se acerca a mí con dos copas de champán y una sonrisa que me suplica que me la folle.

Lo siento, Jen-Jen... Ese tren ya salió de la estación hace una semana...

WINTER



EL UBER me deja enfrente de mi edificio. Hace frío, y el viento sopla cada vez con más fuerza. Creo que se avecina una pequeña tormenta, miro hacia arriba y veo el cielo índigo gradualmente cubierto de nubes oscuras que parecen tragarse todas las estrellas.

Decir que estoy de mal humor sería quedarme corta. Se suponía que tenía que camelarme a Ethan y volver a entrar en su casa, con el único propósito de arrebatarse ese puto brazalete. Un fracaso total, dada la rapidez con la que permití que mis sentimientos sacaran lo mejor de mí.

Eso es lo que me pasa con Ethan. Nubla mi juicio, hace que me hierva la sangre y, al mismo tiempo, sigue teniendo un efecto devastador en mis sentidos. Estoy constantemente jodida porque mi conciencia y mi instinto de supervivencia están luchando en mi cabeza. No puedo desaparecer todavía y tampoco puedo robarle.

—Agh —gruño mientras me dirijo hacia el ascensor, saludando al portero con una breve inclinación de cabeza.

Las puertas se cierran y, en pocos minutos, estoy en el piso veinte, abriendo la puerta de mi apartamento. Sin molestarme en encender las luces, me libero de mis tacones y suspiro aliviada mientras mis pies tocan el fresco mármol del pasillo. Los músculos de mis pantorrillas se relajan al instante y decido que necesito tomarme otra antes de quitarme el vestido y meterme en la ducha.

Queda media botella de Rosé en la nevera. Servirá. Saco el corcho y me sirvo un vaso, luego camino hacia los ventanales y miro el paisaje urbano que se extiende ante mis ojos, colosales gigantes de acero con ventanas cuadradas que dan a Central Park, y a la concurrida avenida de al lado. Casi no se escucha el tráfico tan arriba.

¿Cómo coño hago ahora?

Tendré que intentarlo de nuevo. Mi conciencia tendrá que pasar a un segundo plano. Es mi vida la que está en juego y lo que sé es que no quiero que nadie más la dicte por mí. Tan pronto como mi amigo pueda encargarse de mi 'desaparición' seré libre pero, hasta entonces, soy esclava de Marsden.

Maldición... no debí haberme acercado a Jered. Hubiera estado mejor sola. Pero los primeros trabajos que hicimos juntos fueron demasiado interesantes como para dejarlos pasar.

—El Sr. Marsden quiere saber cuándo planea conseguir el brazalete del Sr. Lightstone —la voz de Clive me aterroriza.

Se me cae el vaso e inmediatamente me doy la vuelta, con el corazón saliéndome del pecho. Mi bebida se derrama sobre mis pies descalzos y los cristales rotos se esparcen por el suelo. Me quedo helada. Clive, con su 1,80 de altura, está de pie al lado de la puerta abierta, hay una silueta

enorme y oscura que emerge de la luz tenue del pasillo detrás de él.

—¡Pero qué cojones, Clive?! —grito, retrocediendo hasta que mi espalda toca la ventana.

—Debería cerrar la puerta con llave —se encoge de hombros.

—¡Deberías llamar antes de entrar!

—El Sr. Marsden quiere saber cuándo terminará el trabajo —Clive no cede, pero tampoco se mueve, lo cual me tranquiliza un poco, aunque mi corazón sigue bombeando frenéticamente.

—¿Y no pudiste enviar un mensaje? ¿O llamar?

—Me imaginé que en persona sería más efectivo —responde Clive de forma cortante.

Noto cómo el calor se acumula en mi cara mientras las gotas de sudor aparecen alrededor de mis sienes. Este tío sí que sabe cómo hacer llegar un mensaje, eso tengo que reconocérselo. Mis manos se convierten en puños, pero mi impotencia es mucho más poderosa. Las lágrimas quieren salir pero las contengo, mis dientes rechinan en un intento por no mostrar ni un ápice de miedo.

—Calculo que en tres o cuatro semanas, dado que el Sr. Lightstone ya sabe que estuve allí —le lanzo la oferta, esperando que se conforme y se vaya a la mierda.

—Dos semanas deberían ser más que suficientes.

—Ninguno de los dos somos ladrones profesionales, Clive. ¡No voy a hacer que me arresten o algo peor porque Marsden no pueda aguantar sin ese maldito brazalete un mes más!” le contesto. Tal vez pueda seguir adelante con esto hasta que mi amigo esté libre y pueda ayudarme a desaparecer. *Tal vez...*

—Dos semanas.

No va a ceder. *Mierda*. Se da la vuelta y se va. Ha sonado a ultimátum. La próxima vez que Clive venga aquí, será para pagarme por el trabajo o para romperme algo.

Observo cómo Clive llega al ascensor al final del pasillo. Parece más pequeño desde este ángulo y distancia. Menos amenazador. Las puertas se abren con un tintineo y se me cae el alma a los pies. Ethan sale justo cuando Clive entra.

El tiempo parece detenerse mientras pasan uno al lado del otro, intercambiando lo que podría ser la mirada más mortal del mundo. Ninguno de los dos dice nada, mientras Clive entra en el ascensor y Ethan camina hacia mi apartamento.

¡Ni de coña!

Mis piernas responden por fin, salgo disparada hacia la puerta principal e intento cerrarla antes de que Ethan pueda alcanzarla.

Cuela un zapato dentro y yo se lo aplasto con la puerta. Él grita de dolor y solo empeora las cosas porque lo siguiente que veo es que la puerta se abre de par en par y me empujan hacia atrás. Ethan me mira fijamente cuando entra en mi apartamento y de repente me siento pequeña e indefensa.

Sin apartar la vista de mí, cierra la puerta de un portazo y gira la llave.

Debería haber hecho eso antes que nada. Joder.

—¿Qué estás haciendo aquí? —consigo decir, retrocediendo aún más.

Él da un paso adelante y no me permite alejarme de él. Mi corazón se retuerce en mi pecho mientras me pierdo en sus salvajes ojos verdes. Está enfadado y, por alguna razón, me siento culpable. Se supone que no debo sentirme culpable.

—¿Qué hacía el matón de Marsden aquí? —Ethan responde, en bajo y con su voz ronca.

—Negocios, nada de qué preocuparse.

Doy otro paso atrás, y Ethan me sigue. *Mierda*.

—Por millonésima vez, deja de mentirme, Winter —gruñe, veo como una vena se empieza a hinchar en su cuello. Eso indica un nivel muy alto de "cabreado. —Muy alto. Y me hace sentir

como una niña pequeña, como aquella vez que la lié por haber roto accidentalmente el disco favorito de los Beatles de mi padre. Me arde la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ethan? —pregunto, no estoy dispuesta a que Ethan me haga sentir tan pequeña e insignificante. No le debo ninguna explicación, en absoluto.

No dice nada. El silencio mientras me mira es ensordecedor, las luces de la ciudad a mis espaldas juegan con las sombras de su rostro. Sus oscuros rizos cuelgan de un lado de su frente. Da un paso más hacia mí y, envuelta en mi único objetivo de mantenerme alejada de él y salvar lo que me queda de dignidad, me olvido de los cristales rotos. Camino hacia atrás y un dolor agudo me atraviesa el pie izquierdo, Ethan se queda helado al oír el crujido de los cristales.

Ah, mierda...

Murmuro cuando levanto el pie del suelo demasiado rápido y pierdo el equilibrio. Ethan me coge, rodeando mi cintura con sus fuertes brazos. Su perfume se mete por mis fosas nasales, una combinación de tabaco y almizcle que me descompone en moléculas indefensas.

Me rodea con un brazo y me pone el otro detrás de las rodillas, levantándome del suelo.

—No pasa nada, ya pue...

—Deja. De. Mentir —gruñe y me lleva a la cocina. Me deja en una de las encimeras, el mármol fresco hace que los escalofríos suban por mis muslos y por mi columna vertebral—. No te muevas.

Su voz de dar órdenes hace que se me haga un nudo en el estómago, recordando las muchas veces que me ordenó correrme, o chuparle los dedos mientras me daba duro y hasta el fondo en mi apartamento minúsculo de Baltimore.

Me estremezco cuando encuentra el interruptor de la luz y lo enciende.

—¿Dónde tienes el botiquín de primeros auxilios? —pregunta, con el ceño fruncido.

No me quedan fuerzas para echarlo. De todas formas, no se hubiera ido aunque se lo pidiera. Estoy bien jodida, me duele el pie, la sangre gotea sobre las baldosas de mármol blanco.

—Baño, debajo del lavabo —murmuro y observo en silencio mientras entra en el baño.

La luz de neón del baño se enciende. Lo oigo moverse por ahí, pero no puedo verlo desde este ángulo. Sale con la caja de plástico roja con la cruz blanca y la trae. Puedo oler su perfume de nuevo y me mareo un poco.

O podría ser por la pérdida de sangre...

Miro hacia abajo pero no hay suficientes gotas carmesí en el suelo para justificar mi mareo. Definitivamente es Ethan. Nadie más tiene ese efecto en mí y me asusta mucho. Después de todos estos años, sigo derritiéndome y siguen saltando chispas cuando está cerca de mí...

—Mete el pie en el fregadero —me ordena, y yo obedezco en silencio.

Abre el grifo, y el agua fría se derrama sobre mi pie, poniéndome la piel de gallina. Mi vestido de seda está enrollado sobre mis muslos y el se da cuenta. Su mirada se oscurece cuando toca mi pie herido, manteniéndolo bajo el agua y presionando sobre el corte.

Respiro entredientes mientras inspecciona el corte. Su frente se suaviza cuando cierra el agua y abre el botiquín de primeros auxilios.

—No es muy grave —dice—. No vas a necesitar puntos.

—Eso sería lo último que necesito ahora mismo...

Vierte el desinfectante en un algodón y lo golpea contra la herida. Escuece y el ardor se extiende por mis venas, pero no es nada comparado con lo que su tacto está haciéndome sentir. Respiro profundamente mientras trato de mantenerme calmada y no fastidiar más esto.

—¿Qué quería? —Ethan pregunta, presionando una almohadilla sumergida en antiséptico contra el corte. Con los ojos clavados en los míos, me envuelve perfectamente el pie con una

venda ancha.

—¿Quién?

—¿En serio? ¿Sigues? —su tono seco y su mirada de reojo me dicen amablemente que corte el rollo. Y es eso, creo, lo que me devuelve la imagen de aquel Ethan... el que no me rompió el corazón. Mis hombros caen como respuesta. Simplemente estoy demasiado cansada para discutir con él ahora mismo.

—Nada. Solo quería saber cuándo le podré dar a Marsden su... entrega —murmuro.

Respira profundamente, sus ojos se alejan de los míos, pero incluso aunque haga eso, no puede disimular lo que siente. No es lástima ni ira. ¿Arrepentimiento? Tal vez. —¿Qué le dijiste? —pregunta. Su voz es suave como el terciopelo y cuando sus ojos se encuentran con los míos, el pasado perfecto que habíamos creado vuelve a aparecer.

—Ethan... para... por favor —consigo decir con los ojos llenos de lágrimas.

Mis defensas se desmoronan como un castillo de arena bajo una ola. No tengo muchas opciones y todas son una mierda. Ethan está en mi cocina, tocándome y removiéndome de formas que nunca pensé que fueran posibles. Mi mente está borrosa y mi cuerpo me está haciendo quedar en ridículo. Estoy acabada y tan... tan cansada.

Ha terminado de vendarme el pie y se acerca a mí. Se me acelera la respiración cuando me coge de la barbilla con su pulgar y su índice, para que le mire a los ojos. —Estoy aquí —dice.

Se me nubla la vista y las lágrimas corren por mis mejillas, pero puedo ver cómo la oscuridad se apodera de sus profundos ojos verdes. —Ya he oído esas palabras antes, Ethan. Ya has estado aquí para mí antes y también te has ido.

—Esta vez es diferente, Winter.

Sacudo la cabeza. No volveré a tropezar con la misma piedra. No permitiré que pase de nuevo. He aguantado dolor físico toda mi vida. Se me da bien recomponerme después de que me golpeen una o dos veces. Se me curan rápido los cortes que dejan cicatrices más gruesas que la piel que quebraron. Pero mi corazón, no tiene ninguna posibilidad contra Ethan.

Su mirada se suaviza, y sus labios tocan mi mejilla, atrapando una lágrima que cae sobre ella. Mi corazón se acelera y dejo de respirar mientras sus manos alcanzan mis piernas y me deja sentada con ellas colgando del borde de la encimera. Me levanta más el vestido, se echa hacia delante y se coloca entre mis muslos.

—Winter, sabes que puedes hablar conmigo —dice, mirándome, con su boca peligrosamente cerca de la mía.

—No puedes ayudarme —susurro. —Yo me metí en este lío y yo saldré de él, deberías alejarte de mí...

Apoya sus manos en mis muslos. —Ya te he dejado ir una vez. No lo haré de nuevo —Su aliento caliente roza mi cara mientras pide, sin palabras, permiso para besarme.

—Es demasiado tarde, Ethan, no puedes...

Mi voz se desvanece cuando sus manos se mueven hacia arriba y encuentran mis caderas. Sus dedos se introducen en la seda de mi vestido y me acerca más a él. Puedo sentirlo, duro y palpitando entre mis piernas. Ese bulto en sus pantalones me hace tragar saliva, y sin querer separo los labios.

—¿No puedo qué? —respira, mientras sus dedos se deslizan por mi espalda.

—No puedes volver a mi vida y... y hacer esto... —consigo decir.

—¿Hacer qué, exactamente?

Se acerca un poco más y pasa la punta de su lengua por mis labios. Su aliento huele a whisky y a menta.

—Esto... —apenas puedo oírme.

Siento como mi sangre se calienta a fuego lento. Mis cadenas se rompen dentro de mí y pierdo el control cuando sus dientes atrapan mi labio inferior. Lo muerde y lo chupa mientras se me escapa un gemido.

—No puedes prohibirme que te quiera, Winter —murmura, y me acerca tanto a él que instintivamente enderezo la espalda y mis pechos hacen presión contra su pecho. Está más musculado que hace doce años.

No puedo evitar poner las manos sobre sus hombros. Me digo a mí misma que solo lo hago para mantener el equilibrio, pero en el fondo, sé que es mucho más.

—Me has hecho daño, Ethan —intento hablar contra sus labios.

—Y nunca dejaré de compensarte por ello. —Su boca toma el control, su lengua choca contra la mía mientras nos devoramos el uno al otro. Doce años de tensión sexual reprimida que empieza a desatarse, mientras mi vientre empieza a vibrar y la presión se acumula. Ya estoy empapada, no sé qué coño haré mañana, pero esta noche... esta noche estoy acabada.

Me besa con más pasión, mientras desliza una mano por mi espalda y se hunde en mi pelo. Me echa la cabeza hacia atrás y tiemblo. Nuestros ojos se encuentran mientras contempla mi cara, con sus labios húmedos y carnosos. Eso es peligroso. Cada centímetro de él es una cosa más de la que debería alejarme, pero con su boca contra la mía y nuestros latidos sincronizados, es lo último que me viene a la cabeza.

—He estado pensando en esto durante doce putos años, Winter —su voz áspera y ronca provoca escalofríos por mi columna vertebral. Arqueo mi espalda en respuesta—. ¿Recuerdas todo esto?

No espera ni a que responda. En cambio, mantiene mi cabeza en la misma posición mientras su boca hace estragos en la mía, su lengua lamiendo la mía como un experto mientras su mano derecha sube y encuentra la cremallera entre mis omóplatos. Con un rápido movimiento, mi vestido se desliza sobre mis hombros. Llevo puesto un sujetador de encaje negro, que pierdo tan rápido que, antes de que me dé cuenta, su mano se agarra a mi pecho izquierdo y aprieta con fuerza.

Gimoteo contra su boca y vuelve a mordirme el labio inferior. Sabe lo mucho que me excita. Lo recuerda todo, y yo también. Mantengo una mano en su hombro, mientras que muevo la otra más arriba y llego a su nuca, mis dedos se hunden en su abundante y rizado cabello. Nuestros cuerpos se funden el uno en el otro, recordando como se sentía su tacto.

Su respiración se acelera. Su boca viaja a lo largo de mi mandíbula y encuentra mi cuello. Me da besos húmedos y calientes hasta la clavícula, y yo envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, acercándolo. Gime mientras sus labios se cierran sobre mi pezón, chupando con fuerza, rozando sus dientes sobre su sensible punta hasta que me encuentro restregándome contra su pelvis.

—Claro que te acuerdas —le oigo susurrar. Pasa a mi otro pezón y repite la dulce tortura hasta que ya no soy capaz de formular un solo pensamiento coherente.

El fuego se extiende por mi interior mientras la presión aumenta en mi vientre. Enrolla mi vestido sobre mi culo, hasta el punto que se junta alrededor de mis caderas. Su mano izquierda se mueve hacia el frente y me coge por el cuello, me agarra de forma firme y suave al mismo tiempo, solo Ethan puede lograr un equilibrio tan perfecto.

Vuelve a subir y le hace el amor a mi boca de nuevo. —Dime, Winter —su voz es tan suave como el terciopelo líquido—. ¿Recuerdas qué es lo que más te gustaba de mí?

La pregunta da en el clavo. Ambos sabemos la respuesta. Sus labios se extienden en una

sonrisa depredadora mientras asiento lentamente. Me levanta del mostrador y me mantengo pegada a él, mis piernas alrededor de su cintura y mis manos agarradas a su nuca mientras entra en mi habitación. Mi cama nos espera, bañada por los rayos de la luna.

Las cortinas están abiertas y puedo ver a mis vecinos, pero nada, ni ellos ni nadie, tiene el poder de alejarme de este momento.

Ethan me tira sobre la cama y yo aterrizo sobre la suave colcha de satén. Me quita el vestido y las bragas, y después me agarra los muslos, abriéndome bien las piernas. Baja y me cubre el coño con la boca, deslizando hábilmente su lengua por mis pliegues húmedos, lamiendo cada centímetro de mí con una precisión exacta. Mientras su lengua se mueve de un lado a otro, me doy cuenta de que Ethan nunca se olvidó de mí. Que lo que teníamos, lo que éramos el uno para el otro, estaba grabado tan profundamente en los rincones de su alma como lo estaba en la mía.

Con más presión, su lengua lame mi clítoris. —Dios... —respiro. Mis dedos se aferran a su pelo mientras se queda en ese punto y me estimula hasta el punto que amenaza con desintegrarme.

Esto es lo que más me gustaba de él. Su habilidad para derretirme mientras su boca me come el coño. Se toma su tiempo para saborearme y lamerme el clítoris antes de deslizar un dedo hasta el fondo causando que mi espalda se arquee en respuesta. Me debilito aún más y... mete dos dedos, mientras él sigue lamiendo y chupando, creando una potente acumulación de electricidad en mi vientre que viaja hacia él.

Cierro los ojos, mis pulmones no pueden seguir el ritmo mientras hago presión en sus dedos. Sus dientes me muerden el clítoris, va a matar, me lo chupa hasta que llego al clímax y me deshago, gritando su nombre y explotando en mil millones de pedazos. Cada centímetro de mí se derrite en las sábanas de satén. Con las piernas temblorosas presiono hacia abajo y cabalgo hasta olvidarme de mi nombre. No quiero que esto se detenga, parece que pasa toda una vida antes de que abra los ojos y recupere algo de sentido de lo que me rodea, lo suficiente como para escuchar una cremallera y el sonido de sus pantalones cayendo al suelo.

—Te he echado de menos, nena. —Ethan se pone encima de mí, agarrándome del cuello mientras me la mete, dilatando mi coño.

—Joder... —gimoteo. Cada centímetro de su polla dura como una piedra, me llena a la perfección. Duele y al mismo tiempo hace que desate un incendio dentro de mí.

Ethan me va a destrozar en más de un sentido, debería detener esto. Sé que debería. Me rompió el corazón. Me dejó atrás y tardé años en poder despertarme sin llorar por él y aún así... aquí estamos... y aquí estoy. Haciendo las mismas cosas que hacíamos hace años. Excepto que entre el amor que se había metido en los músculos de alrededor de mi corazón, también hay dolor, pena y rabia.

—Winter —susurra, mirándome profundamente a los ojos mientras me la mete y siento que quiero más. —He estado esperando doce años para esto...

No puedo hablar. Se mueve una vez más, solo metérmela más profundamente, y pone su brazo izquierdo detrás de mi rodilla, estirándome la pierna.

—Ethan...

—Te he echado muchísimo de menos, Winter. —Sus ojos se cruzan con los míos, solidificando la verdad de sus palabras. Quiero decirle que yo también le he echado de menos, quiero ser para Ethan lo que una vez fui para él. Quiero la franqueza, las verdades desenmascaradas que nos prometimos. Pero, incluso con el placer que fluye a través de cada pliegue y hendidura de mi cuerpo, incluso con la falta de juicio que estoy ejerciendo en este mismo momento, sé que no es así.

La mano derecha de Ethan me da un suave apretón cuando empieza a moverse, más y más

rápido. Gruñe con cada empujón y siento que otro orgasmo se acumula dentro de mí. Mi vientre incandescente y mi temperatura aumenta a medida que me la mete. —¿Echabas. De menos. Esto?

—Sí —gimoteo, y encuentro mi ritmo, me uno a él a medio camino para que me la meta más hasta el fondo—. Sí... Lo... Oh, Dios...

Me sujeta y me encanta. Su control sobre mí es innegable, pero también lo es mi efecto sobre él. Le presiono la polla, contrayendo mis músculos hasta que pierde el control y me folla como si no hubiera un mañana, duro, rápido e inquebrantable, jadeando sin respiración, pero sin querer detenerme para respirar.

Nos disolvemos el uno en el otro. Fuego líquido que se extiende por cada vena, cada músculo y cada célula de la piel, hasta que el mundo que nos rodea desaparece y quedamos solo Ethan y yo, nada más. No hay pasado. No hay Marsden. No hay corazón herido ni brazaletes de diamantes. No hay sangre en el suelo del garaje.

Solo él y yo.

Se derrumba sobre mí, su peso me hunde en la cama, pero no me importa. Está duro y palpita dentro de mí, yo estoy vulnerable y desnuda, llena de... llena de algo que aún no estoy lista para admitir que sigue ahí. Dejo ese pensamiento a un lado y disfruto el momento, mientras él esconde su cara en mi cabello y me abraza fuerte.

La noche es joven y mi cuerpo tiene que compensar por los doce años de su ausencia. Ahora mismo estoy caliente, derritiéndome, brillando en sus brazos. El sudor me corre por la cara y todavía estoy temblando con él dentro de mí.

Ha sido increíble. Como llegar al espacio exterior y extenderse por todo el universo... Y todo lo que tenía que hacer era tomar el control y descomponerme, centímetro a centímetro.

—Quiero que sepas —su voz áspera gotea en mi oído mientras recupera el aliento—. Que no ha pasado un día en el que no haya pensado en esto. En ti.

No puedo hablar, así que dejo que un pesado suspiro salga de mi pecho, solo para hacerle saber que le he escuchado. Procesaré su significado más tarde. Esto... esto era primordial y muy necesario, tengo la sensación de que pasará más veces. No estoy segura de que mi corazón esté lo suficientemente curado para lidiar con lo que está por venir.

ETHAN



EL SOL de la mañana toca mi cara y esparce su calor por mi cuerpo. Abro los ojos y me encuentro hundido en un colchón de viscolátex con unas sábanas de satén abrazando mi piel. Los recuerdos de la noche anterior llegan a raudales y una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi cara, mientras el aroma de Winter me llena y me excita.

Ella yace desnuda en mis brazos, su pecho sobre el mío y su cara escondida en el espacio entre mi hombro y mi cuello, mientras que sus piernas se extienden por la cama. Winter siempre ha dormido en posturas muy extrañas. Hacer cucharita es casi imposible con esta mujer, pero no me importa. Me encanta la sensación de tenerla encima.

La quiero...

Doce años... y todavía se siente y sabe increíble. Nada en ella ha cambiado. Conozco cada centímetro de su cuerpo y pasé toda la noche redescubriendo cada una de sus curvas. Nuestras almas se fusionaron mientras hacíamos el amor, una y otra vez. El sonido que hace en la agonía de un orgasmo es como música celestial y, joder, la forma en que todo su cuerpo se tensa justo antes de su liberación me lanza inmediatamente al más dulce abismo.

Doce años... y todavía tiembla cuando la toco. No paro de decirle que no puede mentirme al respecto pero es muy terca, incluso esa terquedad me gusta. Mi boca contra su sexo nunca ha perdido una discusión y cuando cubrí la parte más sensible de su cuerpo con mi lengua, lamiendo esos pliegues deliciosamente húmedos, no hubo vuelta atrás. Ni para ella. Ni para mí. Para ninguno de los dos.

Winter y yo estamos hechos el uno para el otro. Ella lo sabe. Pasaré el resto de mi vida compensando lo que le hice hace tantos años. Por ahora, sin embargo, necesito sacarla del alcance de Marsden. Está en problemas y yo también, pero por una razón totalmente diferente.

He trabajado duro para llegar a donde estoy hoy, para poder darle a Winter todo lo que no pude darle cuando éramos un par de críos que no se cansaban el uno del otro y que se creían los reyes del mundo. Empezar una guerra con Marsden por ese puto brazaletes no es una solución, pero tampoco puedo dejar que me pisotee.

No es solo mi reputación la que está en juego aquí. Hay gente ahí fuera que cuenta conmigo, que prospera gracias a mí y, a cambio, que me facilita ciertas cosas que me permiten hacer lo que hago. Si me presento como el debilucho que fue pisoteado por Marsden, perderán su prestigio y me quedaré sin privilegios, privilegios a los que no solo me he acostumbrado, sino que también necesito para mantener la promesa que le hice a Winter, en su ausencia.

Sé lo que tengo que hacer...

Pero Winter no puede saberlo. La ignorancia la mantendrá a salvo de lo que viene.

Se mueve, permaneciendo en algún lugar entre el sueño y la conciencia. Su cadera se clava en mi ingle y la pone aún más dura hasta el punto en que ya no puedo soportarlo más. Winter saca el animal que hay en mí con una facilidad impresionante.

Su gemido de aturdimiento me hace cosquillas en la oreja y decido que es hora de recordarle a Winter cómo era despertar juntos. La aparto de mí suavemente, para poder ponerla de espaldas. Las cortinas están abiertas y el sol inunda ahora toda la habitación con su dorada luz matinal.

Se resiste y levanta la cabeza para mirarme, con los ojos entreabiertos y la mirada nublada al separar los labios. El deseo arde a través de ella y se extiende rápidamente a través de mí como un fuego imparable. La cojo por la cara y la acerco a mí, para poder volver a saborearla. Nos besamos, nuestras lenguas se juntan mientras el hambre de Winter sale a la superficie y mi polla responde.

—Buenos días, preciosa —respiro, y ella me responde con una sonrisa perezosa antes de moverse hacia abajo. Me besa el pecho y mis músculos responden a la estimulación. Traza una línea húmeda con la punta de su lengua, tomándose su tiempo con mis pezones. Murmuro de placer y sus labios dibujan una sonrisa mientras sigue bajando y lame mis abdominales, quitando de en medio la sábana de satén.

Mi erección se revela, y me mira con una mezcla de lujuria y curiosidad que asoma en sus gélidos ojos azules mientras me la agarra y aprieta suavemente. Instintivamente, empujo mis caderas hacia adelante, mi mirada se clava en la suya. El hecho de saber lo que está a punto de hacer bombea más sangre a mi erección y me duele sentirla.

Entonces envuelve sus labios alrededor de mi punta palpitante, convirtiendo mis huesos en gelatina mientras la humedad aterciopelada de su boca acaricia mi polla. Fui el primero y seré el último, porque esta mujer sabe cómo hacer que me corra con solo chupármela. Se toma su tiempo, llenándose la boca con cada centímetro de mí. El calor me atraviesa y se me pone aún más dura, hundo mis manos en su pelo y la mantengo allí.

Su cabeza se mueve arriba y abajo, conduciéndome a través de un túnel mientras mi cuerpo se tensiona y se prepara para lo que está a punto de suceder. Su lengua se mueve sobre la punta de mi polla mientras respira profundamente y me la come de nuevo, chupándomela como una experta y haciendo que pierda el control. Nuestros ojos se encuentran y veo como dos llamas azules arden bajo esas largas pestañas negras, mientras sus labios se extienden y le hacen el amor a mi polla.

—Joder... —consigo decir, mi voz apenas se escucha—. Joder... Winter, eres perfecta...

Su gemido mientras se mete mi polla entera en la boca casi me lleva al límite, pero sé cómo quiero que termine esto. La agarro por los brazos y la pongo de nuevo encima de mí. Ella trata de calmarse lentamente pero, tan pronto como siento sus pliegues resbaladizos abrazando la punta de mi erección palpitante, la agarro de las caderas y tiro de ella con fuerza hacia abajo.

Ella jadea mientras la dilato y me ahogo en el glorioso calor de su vientre, arqueando su espalda para poder metérsela más al fondo. Sus pechos son preciosos y sus pezones están afilados. No puedo hacerselo lento ahora mismo y ella lo sabe. Mis dedos se clavan en sus caderas y la convengo para que se mueva más rápido. Ella gime más fuerte mientras pone sus manos en mi pecho y se inclina más cerca, sus movimientos se vuelven más fluidos mientras rebota en mi polla.

—Eso es, nena... —respiro. Su coño se aprieta mientras se frota contra mí, y puedo sentirla subiéndome la escalera hacia un orgasmo explosivo—. Suéltate, Winter... Déjate llevar, mi amor...

Nos miramos fijamente mientras ella me cabalga con fuerza, mi pulso se acelera y estoy a punto de estallar dentro de ella. No tenemos palabras, pero su mirada lo dice todo. Veo el amor.

Veo anhelo. Veo el éxtasis desplegándose mientras ella pone los ojos en blanco y se estremece, su coño me agarra fuerte mientras se corre y me uno a ella. Me suelto y se la meto con fuerza, un gruñido sale de mi garganta mientras la lleno con todo lo que tengo. Todas las cosas que no pude darle durante tantos años. Esto... es más que solo sexo. Más que dos cuerpos que se combinan solo para volver a separarse. Es un recordatorio de lo que debería ser. Un recordatorio de que no debemos rendirnos. Tengo a Winter cerca de mí, mis dedos se hunden en su piel, intentando acercarla lo más posible.

—No puedo perderte de nuevo, Winter.

Sus labios solo dejan escapar un suspiro. Dentro de ese suspiro está toda la tensión a la que se ha aferrado.

—Nunca dejé de amarte, Winter. Ni por un minuto. Ni por un segundo —La abrazo fuerte, besando su sien y su mejilla mientras recupera el aliento y vuelve lentamente a la realidad—. Te quiero, Winter —susurro, y ella se queda quieta—. Nunca te dejaré ir, ¿me oyes? Te he hecho mucho daño, pero me perteneces... nunca te dejaré ir...

Ahora, mientras recupero un ritmo cardíaco relativamente normal, siento un cambio repentino en ella. Algo húmedo gotea por mi mejilla y la levanto, para poder ver su cara. Está llorando, las lágrimas corren por su cara y me rompe el corazón.

—Cariño... —frunzo el ceño. La emoción me araña la garganta. No es fácil verla así—. ¿Qué pasa?

Winter se desmorona y comienza a sollozar, con los hombros caídos mientras intenta esconder su cara en la almohada. Le doy la vuelta, con la polla todavía dentro de ella, y su pelo se extiende en ondas de tinta negra que me encienden de nuevo.

Dejo caer una ráfaga de suaves besos en su frente, en sus mejillas, en su nariz y en su barbilla antes de posarme en sus suaves labios, esperando que deje de llorar. Ella deja salir un largo y torturado suspiro y se seca las lágrimas.

—Lo siento... es que... —sacude la cabeza, y traga tratando de mantener la compostura. Tengo el presentimiento de que está volviendo a su realidad y que no coincide con lo que hemos hecho... con lo que seguimos haciendo—. Es que... ha pasado tanto tiempo, Ethan... no sé qué hacer con...contigo... con esto... con nosotros.

Mi estómago se encoge en algo diminuto e insignificante porque entiendo exactamente lo que pasa por su cabeza. Winter ha pasado años curándose después de lo que hice. Esto no puede ser fácil para ella. Su cuerpo sigue siendo claramente mío, cada centímetro de su piel sedosa y suave. Pero su corazón está curado y no puede volver a sufrir. No puedo volver a hacerle daño. Y no lo haré. Pero necesita saberlo.

—Winter, te he estado buscando durante años. No por que sí, ni por diversión, ni porque no tuviera nada mejor que hacer con mi tiempo, sino porque te quiero —presiono mis labios contra los suyos durante un minuto y ella tiembla debajo de mí—. Nunca he dejado de quererte. Nunca he dejado de pensar en ti. Y no puedes mentirme... Sabes que no puedes... Tú sientes lo mismo. Después de todo este tiempo, sigues ardiendo por mí, tanto como yo ardo por ti, cariño. No podemos volver atrás y no puedo deshacer lo que hice... Pero puedo pasar el resto de mi vida asegurándome de que no vuelvas a pasar por eso nunca más... Puedo pasar el resto de mi vida ganándome tu perdón... Te quiero, Winter.

Está llorando otra vez, la siento tan vulnerable y frágil en mis brazos, que simplemente no puedo dejarla ir. Y sé que ella me quiere. Lo veo ahí, en sus ojos... en la forma en que me toca, en la forma en que me besa, en la forma en que las palabras se atascan en su garganta. Pero hay una parte de Winter que también me odia. Su resistencia a mí no es solo la de una mujer obstinada, es

la de una mujer despreciada, una mujer que no va a entregarle su corazón al hombre que se lo rompió. No puedo culparla por eso. Lo único que puedo hacer es luchar por nosotros y no me cabe duda de que la sangre correrá por mis nudillos un millón de veces si es necesario para proteger a Winter.

Encuentro su lóbulo de la oreja izquierda y lo muerdo suavemente con mis dientes. —Déjame quererte como te mereces... tengo tanto que darte, tanto que mostrarte... déjame entrar, Winter...

—¿Y si me haces daño otra vez? ¿Y si nos estrellamos y nos destrozamos como antes? No puedo pasar por eso otra vez, Ethan... no puedo...

Levanto mi cabeza y encuentro su intensa mirada atravesando mi alma. Está asustada. No quiero que se sienta asustada cuando estamos juntos.

—No puedo hacerte daño sin hacerme daño a mí mismo, Winter. Estos últimos doce años han sido un infierno... un puto infierno. No me voy a poner a mí mismo... o a ti en esa situación otra vez —respiro y le lamo el labio inferior—. Déjame amarte, Winter...

Me muevo otra vez mientras ella separa sus labios y la excitación brilla en toda su piel de porcelana, como polvo de diamantes iridiscente. Todas las palabras que tiene demasiado miedo de decir las expresa con acciones. Me besa y yo le chupo la lengua, queriendo dedicarle todo mi tiempo esta vez.

ETHAN



UNAS HORAS MÁS TARDE, estamos en la cocina, recién duchados y disfrutando de la buena sensación que se te queda en el cuerpo después de hacer el amor ocho horas. Todavía queda para ponerse al día. Pero por ahora está bien, se adapta a mí... a nosotros, otra vez.

Tengo una toalla envuelta alrededor de la cintura y estoy sentado en la encimera, mirando cómo prepara el café para los dos. Winter se ha puesto una camisa gris pálida que apenas cubre su bonito culo, y no puedo apartar la vista de sus piernas desnudas mientras se da la vuelta y me ofrece una taza de café, llena hasta arriba.

—Gracias —digo, y tomo un largo sorbo. Con leche y dos azucarillos, tal como lo hacía antes. Ella mira hacia otro lado mientras bebe tranquilamente de su taza, y sé que está a punto de alejarse de mí.

Su realidad está volviendo. La sombra de Marsden se cierne sobre ella y borra cualquier intento de sonrisa de su cara. Extiendo la mano sobre la encimera y agarro su barbilla entre mi índice y mi pulgar, acercándola suavemente a mí. La mirada que me lanza confirma mis sospechas. Está tratando de encontrar una manera de quitarse a Marsden de encima o de quitarme el brazalete de la caja fuerte. Winter está librando una lucha interna, creo que es buena señal, su lado pragmático y práctico la ha mantenido viva e invisible hasta ahora. Por mucho que lo odie por lo difícil que me ha resultado encontrarla, precisamente esa es la parte de ella que necesito para lo que voy a hacer.

—Deberías irte —dice, en voz baja mientras mira fijamente su café.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque sé cuál será la respuesta.

—Esto ha sido un error.

Ahí está. Se está echando para atrás. Ya lo veía venir. Sin embargo, tengo un plan al que atenerme y tengo que respetar sus deseos, por ahora, aunque me destroce por dentro.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —levanto una ceja. —Eso no es lo que decías anoche, o esta mañana, para el caso.

Me mira fijamente, sus mejillas se ponen rojas mientras presiona sus labios y dibuja una línea recta con su boca.

—Parece que te olvidas de para quién trabajo —responde—. Esto ha sido un error, Ethan. Un error que ha durado toda la noche, pero un error de todos modos. Deberías irte.

—¿Y te veré de nuevo en un par de noches, cuando te pille intentando abrir mi caja fuerte otra vez?

Ella se queda quieta, una expresión de culpa drena el color de su cara.

—¿Para eso viniste, Ethan? ¿Para repertirme mil veces cuánto me quieres y luego reírte en mi cara por ese puto brazaletes?

—No, para nada. Sabes por qué vine aquí y también sabes que esto no hará que me vaya. Marsden es un inconveniente en este momento, y lo arreglaremos.

—'¿Lo arreglaremos?' ¿Te estás escuchando? ¡Quiere el brazaletes, Ethan! No sé por qué, pero no se detendrá ante nada hasta conseguirlo ¡y yo estoy en medio de todo esto! No estamos arreglando nada. Voy a acabar con esto, de una forma u otra. No te involucres.

Ahora está furiosa, deja el café y respira profundamente mientras agarra el borde de la encimera de mármol. Incluso cuando está a punto de echarme de su casa está tan caliente como una acera de Las Vegas en una tarde de julio.

La dejo en la cocina y voy a la habitación a ponerme la ropa. La cama está muy deshecha, las sábanas de satén se han juntado en un montículo desordenado y su vestido de seda azul marino y sus tacones de aguja están esparcidos por el suelo. Hay un joyero encima de una cómoda. Lo abro lentamente, mientras escucho a Winter trasteando en la cocina. Tiene muchas piezas valiosas, la mayoría de diamantes y perlas incrustadas en oro blanco y platino. Levanto un pendiente con dos dedos para examinarlo, tiene una pequeña y hermosa piedra, una que me es extraordinariamente familiar.

Solo un diamante rodeado de pequeños remolinos de plata, con sus rincones ennegrecidos por el paso del tiempo. Destaca al lado de los conjuntos Harry Winston y Chopard con los que comparte caja. La he visto con esto puesto... *Esa noche.*

Es sorprendente que las pequeñas cosas puedan desencadenar recuerdos que creíamos perdidos, olvidados o simplemente demasiado borrosos para volver a ellos. La velocidad con la que todo vuelve a mí me deja atónito, golpeándome como una ola helada.

13 DE MAYO de 2004

Winter y yo estamos viviendo en Baltimore. Las cosas no van muy bien, pero espero que mejoren con el tiempo. Winter tiene un trabajo a tiempo parcial en una biblioteca del centro, y yo sigo haciendo trabajillos para Jimmy. Me ha "ascendido" a ladrón de coches, principalmente porque he demostrado repetidamente que soy muy bueno, rápido y discreto.

No se lo diré a Winter. Todavía no, al menos. Está tratando de ser legal y quiero que se mantenga limpia. Quiere estudiar derecho y necesita solicitar un préstamo de estudios, algo que obviamente tendrá que devolver. No quiero que pase el resto de su vida sin poder hacer nada más por un puto préstamo. He visto a demasiadas personas que han puesto sus carreras en espera solo para pagar préstamos que han utilizado para sacarse títulos que ni siquiera llegan a usar.

No, mi amor va a tener éxito y cambiará el puto mundo mientras lo hace.

Este robo me ayudará a reunir el dinero suficiente para que se sienta cómoda y se centre en estudiar. Podría convertirse en presidenta algún día, por el amor de Dios. Tiene un potencial increíble y lo apostaría todo por ella.

Tengo que "recoger" un SUV negro esta noche en North Rosedale. Un trabajo fácil, según Jimmy. Aunque no confío en él, la última vez que dijo que un trabajo era fácil casi me arrestan. Tengo un arma en el fondo de una bolsa en la cómoda de la habitación. Winter volverá pronto de la biblioteca, así que será mejor que coja el revólver ahora.

La puerta principal se abre justo cuando encuentro el arma bajo un montón de camisetas viejas. La meto en la parte de atrás de mis vaqueros y salgo de la habitación, para encontrar a

Winter quitándose las botas. Parece cansada, con el pelo recogido en un moño desordenado mientras se estira con un largo bostezo.

—¿Un día movidito? —pregunto, y ella se da vuelta, una amplia sonrisa ilumina su cara. Winter es preciosa incluso cuando está agotada, o borracha, o con resaca o enferma. La he visto en sus peores momentos y aún así mi corazón late llenándome de amor.

—Bueno, nada que no pueda soportar —sonríe y me rodea el cuello con sus brazos. Nos besamos profundamente, como si no nos hubiéramos visto en meses. Es así cada vez. —¿A dónde vas?

Pienso en una mentira decente para decirle, y me odio por ello.

—Tengo turno de noche en un bar en Winchester —mi voz pasa por su detector de mentiras incorporado. Estoy mejorando.

—Ah, genial —me besa de nuevo. —Trata de no emborrachar demasiado a las chicas, ya sabes lo juguetonas que se ponen cuando estás cerca.

Ella se ríe y yo le agarro el culo, apretando fuerte y acercándola a mí. Winter suspira cuando encuentro la cremallera en la parte delantera de sus vaqueros y, con un par de rápidos movimientos, la tengo en bragas delante de mí.

—Eres la única que tiene permitido ponerse juguetona conmigo —sonríe y la cojo en brazos. Ella se ríe mientras la llevo al dormitorio y la tiro sobre la cama. Me olvido de todo durante unos minutos y me concentro exclusivamente en hacerla retorcerse y relajarse.

Le quito las bragas, un triángulo de encaje negro con finas cuerdas de satén, y las tiro al suelo. La cama cruje por mi peso mientras me bajo entre sus piernas. Ella me mira con deleite y anticipación parpadeando, mientras se desabrocha la camisa y yo hundo mi lengua en los pliegues húmedos de su dulce coño.

Gime y arquea su espalda, presionando su cuerpo contra mi boca mientras yo le meto dos dedos, mientras chupo el pequeño bulto que se hincha entre mis labios. La tengo muy dura y casi me corro cuando miro hacia adelante y veo a Winter sobándose las tetas a través de la tela de encaje de su sujetador, pellizcando sus pezones mientras empujo mis dedos más adentro. Ella pierde el control rápidamente, gritando fragmentos de mi nombre mientras tiene un orgasmo contra mi boca.

—Eso es, nena —gimoteo y levanto la cabeza para disfrutar de la vista completa de ella moviéndose de placer. Gime suavemente, y se pone de rodillas, mientras sus dedos desabrochan la hebilla de mi cinturón. Me baja los pantalones y mi polla rígida se libera, ansiosa por sentirla.

El revólver se cae de mi espalda y aterriza en el suelo con un golpe seco.

Mierda.

Se queda quieta, mirándome mientras parpadea un par de veces. Necesito distraerla, así que la beso y deslizo mi mano entre sus piernas, pero ella se aparta suavemente hacia atrás con el ceño fruncido y mira detrás de mí.

Mierda.

Mira hacia abajo y ve el arma en el suelo. Joder.

—¿Por qué tienes eso? —pregunta Winter, con un tono plano y exigente. De repente me siento como un niño metido en un lío y no sé qué mentira podría funcionar mejor.

¿Es para protegerme? ¿Es el arma de un amigo? ¿La encontré en un callejón? Joder, joder, joder.

—Solo es para protegerme —murmuro, y trato de ponerla de nuevo frente a mí, para poder terminar lo que empezamos. Así puedo hacer que deje de pensar en esa pistola.

—¿Protegerte de qué?, pensé que ibas a trabajar en un bar —responde, pero la mirada en sus ojos es clara, sabe que le he mentado.

Ahora no sé qué decirle. Odia que le mienta, pero no tanto como yo. Me pellizco el puente de la nariz, buscando las palabras correctas, pobre de mi erección.

—Tengo que hacer un trabajo esta noche, Winter, y no quería que te preocuparas —consigo decir.

—Bueno, ahora sí que estoy preocupada porque ¿para qué coño necesitas un arma? —sus ojos se abren de par en par al procesar el significado de la palabra "trabajo. — Joder, ¿un trabajo para Jimmy?

Asiento, y ella salta de la cama, con la camisa abierta y sus pechos luchando contra el sujetador de encaje, mientras busca sus bragas. Joder.

—No hay nada de qué preocuparse, solo la llevo por si acaso —lo intento pero ni siquiera yo puedo convencerme a mí mismo.

—¡Joder, no, Ethan! —ahora está enfadada. No es que pueda culparla. —¡Dijimos que armas no! ¡Lo prometiste! Prometiste que, no importaba lo que hicieramos, no importaba lo que hicieras, ¡no habría armas de por medio! ¡Lo prometiste, joder!

Pasa un minuto mientras nos miramos fijamente, y termino sintiéndome como la peor criatura sobre la faz de la Tierra. Un gusano asqueroso, un don nadie que ni siquiera es capaz de cumplir una pésima promesa hecha a la mujer que ama. Tiene razón. Lo prometí, joder.

Me levanto de la cama y me vuelvo a poner los vaqueros. Ya puedo decirle adiós a ese coño perfecto por hoy. No me va a perdonar fácilmente. La he jodido antes con cosas menos importantes. Esto es serio. Rompí una promesa.

—La dejaré aquí, cariño —murmuro y me voy. —Me desharé de ella mañana. Lo siento.

Me sigue al pasillo y observa en silencio mientras me pongo las botas y cojo mi chaqueta de cuero.

—¿Qué estás... a dónde vas? —pregunta, con su voz suave y temblorosa. Ahora está preocupada. Joder, parece que no sé hacer nada bien. ¿Cuál es mi puto problema?

—Volveré más tarde, cariño, quédate aquí —le lanzo una sonrisa débil y le doy un beso en la punta de la nariz antes de salir del apartamento.

—Ethan, espera, no...

Cierro la puerta y me dirijo a las escaleras. Será una noche larga. Haré el trabajo y después de entregar la camioneta en el desguace de Jimmy, le compraré a Winter unos bombones y vino tinto y me arrastraré el resto de la noche. La idea de que esté enfadada o decepcionada conmigo me puede.

Dos horas después, estoy sentado en mi coche en la calle West Lanvale, frente al colegio de primaria. Estoy fumando un cigarrillo y reuniendo el coraje para salir y darme unas vueltas por Rosedale Norte, antes de llevarme el SUV. Vi al dueño aparcándolo enfrente de su casa.

Estoy pensando en formas de compensar a Winter. No puede saber toda la mierda que hago y parece que tengo que ser más cuidadoso. También tiene razón, no necesito un arma. Podría desencadenar cosas más serias y mi plan no es hacer que me arresten y dejar a Winter sola. La he cagado.

La puerta del copiloto se abre, sorprendiéndome. Me congelo cuando veo a Winter entrar.

—¿Qué mierda? —respiro.

Está enfurruñada, con el pelo recogido en una coleta.

—No voy a dejar que hagas esto por tu cuenta —murmura. Entonces me doy cuenta de lo que está pasando. Lleva puestos sus vaqueros más holgados, una chaqueta floja y una sudadera

con capucha negra, junto con guantes de cuero.

—Estás de puta coña —consigo decir y bajo la ventanilla, tirando la colilla. "¿Qué coño, Winter? ¿Qué estás haciendo aquí?"

—¿No me has oído? No vas a hacer esto solo —dice, y cruza los brazos sobre su pecho. No sé si besarla o ponerla sobre mis rodillas y darle unos azotes.

—¿Sabes siquiera lo que estoy haciendo?

—No, pero puedes decírmelo.

—Me has seguido hasta aquí, Winter. ¿Estás loca? —le digo, encendiendo otro cigarrillo. Esto no es solo inesperado, sino que es jodidamente peligroso e imprudente. ¿En qué estaba pensando?

—Ethan, me importa una mierda lo que pienses de mí ahora mismo. Trajiste un arma a casa. Has perdido todo derecho a estar enfadado conmigo ahora mismo.

No puedo discutir contra eso, pero aún así...

—Winter, vete a casa —sacudo la cabeza y le doy una buena calada a mi cigarrillo. —Te veré más tarde.

—Que te den, Ethan, no me voy a ir a ningún lado. ¿Qué estás haciendo aquí?

La miro y, una vez más, me debato entre besarla y darle unos buenos azotes. A esta chica le encanta irritarme y yo la quiero aún más cuando hace eso. Sus cejas se levantan mientras espera pacientemente mi respuesta.

—Tengo que robar un coche —suspiro. —Ahora, por favor, vete a casa, cariño.

—¡No me llames 'cariño'! Necesitas que alguien aleje tu coche de aquí —insiste, frunciendo los labios hacia mí como si fuera un tonto o algo así. Pequeña Señorita Sabelotodo.

—Volveré a por él mañana. Vete. A. Casa.

—Ethan Lightstone, estamos juntos en esto, te guste o no. Si tengo que conducir tu coche lejos de la escena del crimen para evitar que me escondas cosas o, peor aún, para evitar que me mientas, lo haré. Ahora saca tu culo de este coche y vete a robar el que Jimmy te está pagando por robar, y yo misma conduciré hasta casa.

Me burlo, pero siento que una ligera carcajada quiere salir. No se puede ganar una discusión con Winter y lo odio, porque quiero que se mantenga limpia. Si la arrestan por algo, perderá cualquier oportunidad de obtener un préstamo de estudios y Stanford ni siquiera la tendrá en cuenta. La negación es su mejor excusa, no se lo voy a permitir. He hablado con ella sobre esto, una y otra vez. Pero no puede ser más testaruda. No me dejará solo, principalmente porque me quiere. Lo sé... me lo dijo más de una vez. Le aterroriza perderme y, curiosamente, a mí me aterroriza que dentro de unos años se dé cuenta de que he desperdiciado sus años más preciados de vida.

Tendré que tener "la charlita" con ella otra vez, parece ser. Pero, por ahora, tengo que llevarle un SUV negro a Jimmy. Winter tiene razón, puede conducir ella misma a casa.

—Bien, pero vamos a tener una larga y seria charla sobre esto más tarde —digo, y salgo del coche.

El motor ruge detrás de mí, mientras me dirijo hacia North Rosedale.

AHORA LO RECUERDO. Llevaba estos pendientes esa noche y la última noche que nos vimos. La noche en que le tire esa bolsa a los brazos y le dije que se fuera a la mierda.

Literalmente le dije que se fuera a la mierda, entre otras cosas, cosas peores.

Vaya monstruo... menudo imbécil sin corazón. No se merecía un gilipollas como yo. Lo más

probable es que aún no lo merezca, porque no he cambiado demasiado en doce años, a pesar de mi cambio a los negocios legítimos. Mi mecha sigue siendo muy corta y mi polla sigue pensando por mí siempre que está cerca.

Y estoy a punto de hacer que un mafioso se enfade solo para recuperar a Winter porque, aunque no la merezco, es lo mejor que me ha pasado en la vida, soy un hijo de puta egoísta. No la dejaré ir. No otra vez.

Vuelvo a poner el pendiente en el joyero y lo cierro, luego me pongo los zapatos, cojo mi teléfono de la mesilla de noche y vuelvo a la cocina. Winter está de espaldas a mí, con la cabeza baja mientras se apoya en el fregadero. La escucho sollozar pero sé que me alejará si trato de acercarme ahora.

Hay una cosa que tengo que hacer primero.

Es hora de que agarre al toro por los cuernos y saque a Winter de este lío. Se merece algo mejor y ya es hora de que lo logre.

—Ven a mi casa a cenar, este viernes —digo, en voz baja.

Se da la vuelta, secándose las últimas lágrimas mientras sus ojos hinchados encuentran los míos.

—¿Qué? —está perpleja, aunque no debería estarlo.

Levanto una ceja. —Cena. En mi casa. El viernes por la noche a las 7 pm.

—Ethan, no, no es buena...

—Cena. En mi casa. El viernes por la noche. 7pm —me repito, poniendo más énfasis en cada palabra. A veces vale la pena ser firme con ella. Me lleva más lejos que pedirlo amablemente.

Le hago un gesto con la cabeza y no espero a que me conteste, mientras salgo de su apartamento y me dirijo hacia el ascensor. Un par de días más y todo este maldito lío habrá terminado, le guste o no a Marsden. Nadie retiene a mi Winter como rehén.

WINTER



HAN PASADO tres días desde que tuve a Ethan en mi cama... en mi corazón. No ha llamado, pero ha enviado un par de mensajes de texto. Solo quiere asegurarse de que voy a ir a su casa a cenar esta noche. Sabe que no debe molestarme de ninguna manera y le respeto por ello.

Lo que pasó entre nosotros fue difícil e intenso... pero no inesperado. Sin embargo, todavía tengo que adaptarme al cambio. Hace un par de semanas ni siquiera pensaba que lo volvería a ver. Sin embargo, no puedo sacarlo de mi cabeza, y eso está arruinando mis planes.

Jered quiere discutir un nuevo plan para sacar el brazalete de la caja fuerte de Ethan, pero lo he estado evitando por completo. Aunque no puedo huir para siempre. Marsden enviará a Clive a romper dedos pronto, si no nos ve a Jered y a mí haciendo un esfuerzo para conseguirle lo que quiere. Puto ego...

Si Ethan hubiera dejado que Marsden superara su oferta por el brazalete, nada de esto hubiera pasado. Pero Ethan lo desafió constantemente y sacó la bestia que tiene dentro, porque Marsden ahora está empeñado en conseguir esa pieza. Odia que le superen en el juego o en inteligencia, principalmente porque ser listo no es una de sus cualidades, pero tiene mucha fuerza bruta a su alrededor para ayudarlo a gobernar mediante el miedo, no respeto.

Toda mi miseria en este momento es el resultado de la puta rabieta de Marsden. Y Ethan tampoco se echará atrás. Me está volviendo loca.

Conduzco hasta la mansión de Ethan en Harbor Road. El exterior es agradable y cálido, cuando llega la noche, con nubes blancas que cruzan el cielo anaranjado. Llevo un vestido negro de satén sencillo, ajustado en las piernas, con tacones de aguja lisos y un bolso plateado.

La mansión parece mucho más grande y acogedora cuando no estoy tratando de irrumpir en ella, sino entrando por la puerta principal. Para ser sincera, hasta hace un par de horas, ni siquiera estaba segura de si debía venir aquí. Parte de mí sigue gritándome, diciéndome que lo deje todo y que salga corriendo a través de las fronteras estatales, que coja un vuelo a Italia, por ejemplo, y que me quede allí un par de años hasta que Marsden se olvide de mí.

Pero, por mucho que odie admitirlo, hay una cuerda invisible que todavía me ata a Ethan, y que actualmente me está tirando, llamando para que siga adelante. Tan pronto como doy un paso hacia las puertas, estas se abren automáticamente. Sigo el camino de piedra y llego a la entrada principal.

Antes de pulsar el botón del timbre, la enorme puerta se abre y yo sigo, mientras Ethan me saluda con una encantadora y diabólica sonrisa. Lleva pantalones gris oscuro y una camisa azul marino, su pelo oscuro está rizado y despeinado a un lado.

—No pensé que vendrías —dice con la voz ronca.

Mi corazón se acelera con el sonido de su voz. Estoy jodida... ¿Cómo podría huir de él? Apenas puedo mantener la compostura en su presencia, es increíble cómo me las arreglé para vivir sin él durante tanto tiempo.

—No confirmé mi asistencia —me encogí de hombros. —Pero, aquí estoy.

—Sí, nunca dejas de sorprenderme —guiña un ojo y se hace a un lado, haciéndome señas para que entre. Sé que está tratando de hacer lo correcto. Quiere arreglar las cosas y cada centímetro de mí quiere que eso suceda. Pero también soy consciente de que no podemos ignorar o borrar el pasado. Tendremos que hablar las cosas si quiero volver a confiar en él con mi corazón. Lo más probable es que no sobreviva a otro golpe como ese.

El vestíbulo central es precioso, cuando las luces están encendidas y no estoy tratando de salir corriendo después de un robo chapucero. Sigo a Ethan al comedor, pasando por la cocina de azulejos grises. Mis tacones hacen clic contra el suelo de mármol mientras él me invita a sentarme en una de las sillas de cuero. La enorme mesa de cristal es la cama sobre la que descansa un espectáculo de arreglos florales, bandejas de quesos y entremeses, velas y una botella de vino tinto, acompañada de grandes vasos de cristal con tallos delicados y delgados.

Me siento y Ethan se une a mí, con su mirada cayendo brevemente sobre mi vestido.

—Gracias por decidir venir aquí esta noche —dice—. ¿Quieres un poco de vino?

—Mucho, sí, por favor —respondo secamente, y observo cómo abre la botella con elegantes movimientos, y luego vierte el vino tinto en dos copas. Su fragancia a bayas invade mi nariz, nublándome un poco el juicio.

—Probablemente te preguntes qué estás haciendo aquí —me ofrece una copa y la cojo con una breve inclinación de cabeza, olfateando el ramo.

—Pues sí, algo me ha estado rondando la mente, si tenemos en cuenta el último par de semanas...

—Lo que te dije era en serio, Winter —su mirada se suaviza mientras estudia mi cara. Apuesto a que puede sentir cómo los nervios y la incertidumbre se apoderan de mí con respecto a todo esto.

—Dijiste muchas cosas, Ethan, tendrás que ser más específico.

—Te dije que no te iba a perder de vista. Te prometí que nunca te haría daño y que haré lo que sea necesario para que vuelvas a mi vida —responde, con un ligero temblor en la voz. —Cada palabra, era en serio.

Pasan un par de segundos, mientras tomo un sorbo de mi vino, llenando mi boca con su finura italiana. Está claro que Ethan sabe lo que me gusta. Pongo el vaso sobre la mesa y poso las manos sobre mi regazo. Me hace sentir tan nerviosa...

—Han pasado doce años, Ethan —me las arreglo. —No soy la misma chica que dejaste atrás en ese garaje.

—Lo sé —frunce el ceño, y la mirada de dolor en sus ojos hace que me sienta mal por haberle recordado esa noche. Pero tenemos que hablar de ello, si realmente quiere que considere dejarlo volver a mi vida... a mi corazón. —Y también sé que no hay nada que pueda hacer para arreglar eso. Pero puedo asegurarme de que nunca vuelvas a pasar por lo mismo. Ya no estás sola, Winter, y no importa en lo que te hayas metido con Hicks y Marsden, te prometo que lo solucionaremos.

—Vale, parece que estamos siendo completamente honestos, así que déjame explicarte los hechos, por si te has olvidado de algunos detalles cruciales, como... hm, no sé, el hecho de que se supone que debo robarte si quiero vivir al menos unos años más.

Solo pensarlo me da náuseas. No veo la salida, no mientras Marsden siga vigilándome y Ethan

lo esté desafiando tercamente quedándose el brazalete.

—Soy muy consciente de ello, Winter —responde suavemente, apoyándose en su silla.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Disfrutamos de la cena, y más tarde finges ir al baño a empolvarte la nariz mientras yo saco mis herramientas del coche y vuelo la maldita puerta de la caja fuerte de tu estudio, y luego salto por la ventana, con el brazalete entre los dientes y los zapatos en la mano? Después, dos días más tarde, ¿nos reunimos para tomar un café con leche de avellana en algún lugar del centro y recordamos los viejos tiempos en que lo único que nos preocupaba era el alquiler y robar coches por dinero?.

La comisura de su boca se mueve. En realidad se divierte, mientras a mí me hierve la sangre sentada en mi silla porque literalmente se me han acabado las ideas para encontrar una forma de salir de este lío.

—¿O puedo comprarte el brazalete y te pago en sesiones nocturnas en la habitación? —continúo, e instantáneamente me arrepiento porque se supone que es sarcástico pero, a juzgar por el verde oscuro de sus ojos, en realidad lo está considerando como una opción viable. ¿En serio?

—Ya había pensado en eso, pero no —sonríe. —Winter, está claro que esto te saca de tus casillas y es por una buena razón. Creo que tenemos que sacar a Marsden del camino primero, antes de hablar de nosotros. Lo que fuimos el uno para el otro, lo que hicimos... lo que yo hice, y cómo eso te afectó. ¿No estás de acuerdo?

Dejo escapar un largo y pesado suspiro y luego me bebo el resto del vino.

—Solo hay una forma de quitarlo del camino —respondo, mientras me sirve un segundo vaso.

—En realidad, hay más de una —levanta una ceja y luego se mete una uva en la boca, masticándola lentamente. —Verás, han pasado doce años, Winter, yo tampoco soy el mismo chico que te dejó en ese garaje. Tengo más de una forma de resolver este problema, y quiero que tú decidas.

Ahora estoy confundida.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Suena el timbre y su cara se ilumina.

—Ah, ya están aquí. Bien —se pone de pie, y yo endezco mi espalda, frunciendo el ceño. Se da cuenta de mi preocupación y me devuelve una sonrisa cálida y tranquilizadora—. No te preocupes, Winter. No importa lo que pase, estás a salvo. Te lo prometo.

—¿De qué... de qué estás hablando? —consigo decir.

—Tu quédate con eso —dice, y luego sale del comedor para ir a abrir la puerta. La voz de Marsden emerge del pasillo y mi columna vertebral se queda paralizada. Oh, Dios, ¿qué ha hecho?

Ethan regresa al comedor, acompañado de Marsden, Clive y... ¿Jered? Mil pensamientos pasan por mi mente, cada uno con un signo de interrogación propio. Lo bueno es que están igual de sorprendidos de verme que yo de verlos a ellos. No sabían que estaría aquí, Ethan se muestra inexpresivo recto mientras les pide que se sienten.

—Caballeros, siéntense —dice, y luego vuelve a su lugar junto a mí, en la cabecera de la mesa.

Jered se sienta al lado de Clive y Marsden está al otro lado de la mesa, a la derecha de Ethan, mirándome fijamente. Un cuarto hombre entra en el comedor, no le reconozco pero, a pesar de su traje gris oscuro, parece que tiene antecedentes militares.

El hombre trae más copas de vino a la mesa y comienza a servir bebidas, luego procede a cortar una variedad de porciones de queso, que combina con frutas frescas, confitura de higo y miel, sirviéndonos a cada uno de nosotros un plato con una sonrisa educada.

—¿Qué hace ella aquí? —Marsden no puede evitarlo.

—Winter es mi invitada esta noche, al igual que tú —responde Ethan con una sonrisa.

Jered está pálido como un fantasma, mientras su mirada se mueve nerviosamente entre Ethan y yo. Salen gotas de sudor de su frente mientras bebe su vino. Yo ahora mismo lo que tengo es curiosidad por saber quién es el tipo que nos sirve. Definitivamente no es camarero. Mi instinto me dice que me prepare para algo, aunque todavía no sé lo que es. Ethan me prometió que no me pasaría nada. ¿Debería creerle?

—Probablemente todos se preguntarán por qué están aquí esta noche —Ethan rompe el corto silencio.

—La subestimación del día —murmuro, y luego inclino la cabeza hacia el 'camarero' para agradecerle por poner una selección de quesos y frutas ante mí. Tiene buena pinta, y huele aún mejor.

—Bueno, Winter, te decía antes que no soy el mismo chico al que conocías hace doce años — responde Ethan, con los ojos brillantes mientras me mira. —Creo que el Sr. Marsden puede decirte un par de cosas sobre mí, estoy seguro de que ha investigado desde la gran inauguración de Luxe. ¿Qué dice, Sr. Marsden, le gustaría decirnos lo que ha averiguado de mí?

—¿Hablas en serio? —Marsden levanta una ceja, su boca se tuerce de la irritación. Cuando Ethan no contesta, sino que lo mira fijamente, Marsden suspira y coje un trozo de camembert de su plato. Lo huele por un segundo, luego lo muerde y me asiente con la cabeza mientras mastica. —El Sr. Lightstone es muy misterioso, Winnie. La policía ha sospechado que tiene relación con el crimen organizado en Nevada, pero nunca han sido capaces de acusarlo de nada. Le he preguntado a algunos amigos en Las Vegas y en realidad le tenían bastante miedo. Aparentemente, es muy poderoso y tiene suficiente dinero para solucionar cualquier problema que pueda incomodarlo a él o a su negocio. No tiene rivales. Se han convertido en sus amigos y aliados, y los que se resistieron simplemente han... desaparecido.

El cuadro que Marsden está pintando de Ethan es escalofriante, cuanto menos. Pero Marsden no ha terminado todavía. Mi estómago se revuelve dolorosamente. La mano de Ethan encuentra la mía bajo la mesa y me la aprieta suavemente, pero no me atrevo a mirarlo.

—El Sr. Lightstone se ha hecho cargo recientemente del alquiler del Luxe y está buscando expandir sus operaciones en Nueva York. Ya le he advertido de que no le interesaría revolver el estanco aquí, pero insiste. Creo que pronto descubrirá por qué Nueva York es tan... diferente de Nevada —sonríe Marsden, con una confianza casi repugnante.

—El Sr. Marsden tiene algunos datos más que aprender sobre mí en lo que respecta al estado de Nueva York —responde Ethan—, pero digamos que te ha dado un resumen decente de los últimos doce años de mi vida, Winter. Así que cuando dije que tengo más de una opción para resolver este asunto con el Sr. Marsden y su estúpida obsesión por mi brazalete Graff, estaba diciendo la verdad.

—¿Perdona?! —Marsden estalla, ofendido hasta el punto de que su redonda y sudorosa cara se pone roja. Clive endereza su espalda, su brazo izquierdo se mueve lentamente. Jered ve la mano de Clive debajo de la mesa y se encoge en su silla. *Mierda*. Está a punto de liarse parda.

—Escúchame antes de pensar en apuntarme con un arma, como el matón sin sentido que todos sabemos que eres —responde Ethan, con un tono bajo y frío. —Así que, así es como va a ser, Sr. Marsden. Tiene tres opciones aquí. Opción uno, se olvida de todo sobre mí y el brazalete, deja de insistir con el asunto y libera a Winter de su empleo. Considérenlo una pérdida menor y desaparezca, o les meteré un par de balas en la cabeza y haré que tiren sus cuerpos en un vertedero de Jersey.

Miro a Ethan, asombrada por su discurso. Sorprendentemente, Marsden no hace que Clive nos

mate todavía, aunque *sé bien* que está deseando hacerlo. En realidad está esperando a escuchar las opciones dos y tres, joder, estoy impresionada. La tensión aumenta en el comedor. Alcanzo a ver al 'camarero' y lo veo parado junto a la encimera de la cocina. Parece tranquilo, con las manos en la espalda.

Vale, definitivamente es militar.

—Opción dos, le doy el brazaletes a Winter como regalo, y ella decide qué hacer con él. Y cualquiera que sea su elección, la respetarán, o les meteré un par de balas en la cabeza y haré que tiren sus cuerpos en un vertedero de Jersey —continúa Ethan, y se me cae el alma a los pies. Contengo la respiración, preguntándome qué viene después. —Opción tres, les meto un par de balas en la cabeza y hago que tiren sus cuerpos en un vertedero de Jersey.

El silencio pesa sobre la mesa, mientras Ethan se inclina hacia atrás en su silla, su mano aún sosteniendo la mía. Temo que si me suelta, temblaré tanto que me desmoronaré, centímetro a centímetro. Siento como si unas olas de calor y frío salpicaran mi cara mientras analizo las expresiones a mi alrededor.

Las venas de Marsden están a punto de explotar en su cuello y su sien. Está furioso y le tiemblan los labios. Clive está hirviendo, y probablemente quitándole el seguro a su arma. Jered está blanco como el papel, a punto de desmayarse.

—Como te decía, Winnie —responde Marsden con los dientes apretados. —El Sr. Lightstone aún no ha aprendido lo que pasa en Nueva York cuando aparece un capullo descarado como él en la ciudad, pensando que es el dueño del mundo.

—Y está claro que no ha hecho bien los deberes, Sr. Marsden —Ethan sonríe, parece demasiado relajado para lo que está a punto de pasar.

—Qué tal si nos calmamos todos —consigo decir, mientras me tiembla la voz y miro a Clive. Si Marsden tiene razón y de verdad le gusta a su matón, entonces podría intentar calmar la situación utilizándolo a él. Quiero decir, es él el que tiene la Glock cargada. —Y pensamos las cosas dos veces ¿eh, Clive? O sea, se han presentado varias opciones y deberíamos hablar sobre ellas, de forma pacífica, ¿verdad?

—Ah, pero aún no he terminado —responde Ethan, incitándome a girarme y mirarlo fijamente, con los ojos muy abiertos y a nada de un ataque al corazón. —La elección entre las tres opciones no le pertenece al Sr. Marsden. La elección te pertenece a ti, Winter. Tú dirás.

Mi mente se queda en blanco. Parpadeo varias veces, mientras Marsden se ríe con desprecio.

—¿Qué tal si te meto una bala en la cabeza y acabamos con esto de una vez? —el asqueroso de él se muestra muy seguro cuando Clive está cerca.

—¿Qué tal si cierras la puta boca y dejas que la dama decida? —la voz de otro hombre atraviesa el comedor, cortando la sólida tensión como un hacha.

Miro hacia arriba y veo a diez tipos con trajes grises oscuros entrando en el comedor, cada uno apuntando con un arma a Marsden, Clive y Jered. Llevan Colts de 9 mm con silenciadores profesionales, posturas de miembros del ejército y miradas cortantes que refuerzan aún más la pregunta. La mano de Clive se queda petrificada en su Glock, y Marsden está ahora tan blanco como Jered, que simplemente se sienta y observa el panorama.

El "camarero" da un paso al frente, él es el que sugirió que Marsden "cerrara la puta boca. — Lo miro, y luego a Ethan, que me responde con otra sonrisa tranquilizadora, sus ojos verdes brillan de... amor, creo. Dios mío, este hombre no deja de sorprenderme. Estoy asustada y agradecida al mismo nivel.

—Winter, este es Kyle —dice Ethan en voz baja. —Está a cargo de mi seguridad, entre otras cosas. Y será él personalmente el que lleve a cabo lo que decidas esta noche, cariño. Todo lo que

tienes que hacer es decirnos lo que quieres que pase.

Kyle me mira sonriéndome haciéndome un gesto con la cabeza, con las manos aún detrás de la espalda. Clive está superado en número y armamento, sabe que no tiene ninguna posibilidad. Marsden... bueno, está indefenso y se está cagando en los pantalones. Nunca lo había visto así y debo confesar que hacerlo me llena de satisfacción. Voy a ser yo la que decida y por mucho que me gustaría ver sus sesos desparramados por todas partes, no me puedo volver a manchar las manos.

—Ethan —murmuro, y él se acerca más a mí, esperando que continúe. —Sabes lo que voy a elegir, y sabes por qué.

—Sí, ya lo sé, nena —me sonrío. —Y era la única elección que sabía que tomarías. Pero no puedo dejar que estos imbéciles piensen que pueden entrar en mi casa después de haber tenido la amabilidad de invitarlos a cenar y amenazarme a mí o a la mujer que amo.

—No podemos mancharnos más las manos, Ethan —suspiro, el recuerdo de hace doce años se abre camino entre mis pensamientos. —Si vamos a empezar de nuevo y estar... juntos, tenemos que hacerlo bien.

—Estoy completamente de acuerdo, Winter —asiente con la cabeza, y luego mira a Kyle, que coje una caja de terciopelo negro del mostrador de la cocina. Ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora. La trae a la mesa y me la da.

La abro y contengo la respiración por una fracción de segundo. El brazalete es absolutamente precioso, las fotos no le hacen justicia. Grandes diamantes cuadrados montados sobre plata de ley, cada pieza está perfectamente pulida, ya que la luz se refracta en tonos cálidos amarillos, rosa pálido y lilas en la superficie.

—Es tuyo y puedes hacer lo que quieras con él —dice Ethan.

Vuelvo a mirar alrededor de la mesa y me doy cuenta de la forma en que Kyle frunce el ceño a Jered, estrechando los ojos como si estuviera tratando de averiguar algo sobre él. Pero no me lo pienso dos veces. Hay demasiadas armas cargadas en esta habitación ahora mismo, y soy lo único que les impide disparar, parece ser.

—Toma —cierro la tapa de la caja de terciopelo y se la entrego a Marsden—, toma tu puto brazalete, pedazo de mierda obsesiva y malcriada, sal de esta casa y de mi vida.

Marsden sostiene la caja con manos temblorosas y nos mira a Ethan y a mí con una expresión de confusión total. No entiende nada. Ha estado quejándose y suspirando por este brazalete desde que Ethan lo desafió en la subasta. Ahora lo tiene, pero el coste es demasiado alto para un mafioso como él, su reputación está manchada. Un recién llegado a la ciudad lo están reteniendo a punta de pistola, literalmente, y sé que ya está planeando su venganza.

—No te saldrás con la tuya en mi ciudad —dice Marsden, frunciendo el ceño a Ethan. Noto que Clive exhala profundamente mientras guarda la Glock y me mira con agradecimiento. Se dibuja en su cara una media sonrisa, al final Marsden tenía razón. A Clive le gusto.

—Esta no es su ciudad, Sr. Marsden —Ethan responde sin rodeos, su mano tomando la mía de nuevo. —Ya no. Y creo que el resto de su familia se lo confirmará tan pronto como vuelva a casa. Lo cual, por cierto, debería ser pronto. No querrá hacer esperar a su primo Alfie, ¿verdad?

La ira de Marsden se calma una vez más a medida que el miedo se apodera de su cara. Se pone de pie y diez Colts se mueven para apuntarle. Clive ya ni siquiera se molesta en parecer amenazador. Sabe que se ha acabado. Incluso Marsden sabe que se ha acabado, pero su ego es demasiado grande para reconocerlo formalmente.

—Volveremos a hablar pronto —Marsden se burla de mí.

—No, no lo hará —interviene Kyle, su tono es plano e inflexible. —Ahora por favor, váyase.

Mis hombres le acompañarán a su coche.

Marsden mira alrededor de la mesa, luego sacude la cabeza con asco y se va, seguido de Clive.

—¡Vamos, Jered! —Marsden ladra por encima del hombro y Jered se pone en pie y sale tras él. Me frunce el ceño brevemente antes de desaparecer y no estoy segura de qué quiere decir. No importa si Marsden está enfadado. Lo superará. Tiene su brazalete.

Los diez guardias armados van tras ellos y oigo que la puerta principal se abre y luego se cierra.

—Bien, está claro que necesitáis hablar —dice Kyle—, así que voy a asegurarme de que Marsden y los demás lleguen a casa a salvo.

—Tú siempre tan caballeroso —Ethan sonrío.

Kyle sale del comedor y por fin puedo digerir todo lo que acaba de pasar. Estoy viviendo una nueva realidad, una sin Marsden y sin toda la mierda tóxica con la que me ha llenado la vida.

—Winter... —La voz de Ethan resuena en algún lugar cerca de mí.

Por fin soy libre. No más Marsden. No más Clive. No me lo puedo creer...

—Winter.

—¿Eh? —vuelvo a la realidad y giro la cabeza para encontrar a Ethan mirándome, tan cálido que puedo sentir como me derrito con su calor.

—¿En qué piensas?

—¿Hablas en serio? —me levanto de un salto, dividida entre la ira y el shock. —¿En qué estabas pensando?!

Se inclina hacia atrás en la silla con el ceño fruncido mientras me mira fijamente.

—¿Qué quieres decir? Te prometí que me encargaría de Marsden y así fue —responde.

—¿Y no pensaste en contarme tu plan en ningún momento? —puedo escuchar mi voz elevándose, mientras mi sangre empieza a hervir y mis manos se convierten en puños, con las uñas clavadas en las palmas de las manos.

—No quería que pensarán que eras parte del plan —se encoge de hombros. —Necesitaba que todos os sorprendieseis para que Marsden no creyera que tienes algún tipo de influencia sobre mí en lo que respecta a mi proceso de toma de decisiones. —Podría usar eso contra mí, contra nosotros, en el futuro.

—Joder —jadeo. —¿Casi me da un ataque al corazón aquí!

—Lo siento —me responde con una sonrisa vergonzosa que amenaza con desarmarme. Mi ira ya está calmándose. —Mira el lado bueno. Marsden está fuera de tu vida. Nadie salió herido. Tú y yo podemos volver a... ya sabes, a nosotros.

Pasan varios segundos, mientras repaso brevemente lo que acaba de suceder, y las palabras de Marsden vuelven a mi cabeza con más fuerza.

—¿Es verdad? —pregunto.

—¿El qué?

—Lo que dijo Marsden sobre ti. ¿Es verdad?

Ethan recorre mi cuerpo de pies a cabeza con su mirada que me dice que no está muy interesado en hablar de su "carrera profesional" en este momento. Mi vientre se enciende al ver la forma en que esos ojos verdes estudian mi cuerpo y se posan sobre mis pechos bajo el chifón negro, pero no puedo dejar que se salga con la suya.

Necesito saber quién es Ethan.

—Respóndeme, Ethan.

—Sí —su mirada encuentra mi cara de nuevo. —Tengo cierta reputación, y he pagado mucho

dinero, me he hecho amigo de la gente adecuada y me he rodeado de tipos específicos de gente para asegurarme de que esta reputación se mantuviera... Pero yo nunca he matado a nadie. Me he roto huesos y he amenazado vidas para protegerme a mí mismo y a mis inversiones. Todo lo que he hecho, lo he hecho con la esperanza de que algún día nos encontráramos de nuevo, me mirases y vieras a alguien digno de tu amor.

Su honestidad me destroza por dentro, pero aún no he terminado. No puedo ceder tan fácilmente.

—¿Qué hay de la gente que Marsden dijo que había... desaparecido? —continúo.

—Les pagué, Winter —se encoge de hombros sin ganas. —Los envié lejos. Cogieron el dinero y empezaron de nuevo en otro lugar. Tengo muy buenas fuentes de información, eso es todo.

Pasa otro minuto mientras cruzo los brazos sobre el pecho y me enfurruño. Todavía me siento como un títere por el hecho de que me haya mantenido en la ignorancia de esa manera.

—Me mentiste —murmuro.

—No lo hice —frunce el ceño y se levanta, luego se acerca a mí. Doy un par de pasos hacia atrás y le hago fruncir el ceño. —Te oculté información, eso es todo. Y, como ya te dije, era lo mejor para ti.

—¡Ah claro, mira tú que considerado! —pongo los ojos en blanco y me voy.

Mi cuerpo y mi corazón me dicen que me quede. Pero mi ego herido y doce años de cicatrices emocionales me están llevando a hacer esto. Mi instinto de supervivencia se pone alerta siempre que está cerca, solo quiero ver si tengo la fuerza necesaria para irme. Si lo dejo volver a mi vida, necesito saber que seré capaz de marcharme si pasa algo, antes de que suceda.

Llego al pasillo, pero Ethan me agarra la muñeca y me tira hacia atrás. Su mirada atraviesa mi alma mientras se acerca más a mí, presionando su frente contra la mía. Me atraviesan miles de olas de calor y puedo sentir mi determinación disolviéndose como un cubito de hielo al sol.

—No te quiero presionar, Winter —dice, su voz ronca me agita por dentro. —Sé que esto no ha sido fácil para ti y entiendo si necesitas algo de tiempo para procesarlo todo. Puedes seguir y enfurruñarte y enfadarte conmigo si quieres. Pero ten en cuenta esto... no te voy a dejar, nunca más.

Me besa. Sus labios son suaves y se amoldan perfectamente a los míos, pero se abstiene de llevar esto más lejos. Da un paso atrás y sonrío.

—No te pediré que te quedes esta noche —respira. —Pero me gustaría volver a verte en un par de días, si te parece bien. Podemos sentarnos a hablar y ver qué pasa desde aquí. ¿Qué dices, Winter?

Me siento abatida por sus palabras. Normalmente es él quien tiene el control y, sin embargo, esta noche, la que manda soy yo. Nunca pensé que vería este día, no después de lo que ha pasado estas últimas dos semanas. Se me llena el corazón y me siento bien.

Necesito tiempo para pensar. Simplemente para poner mis pensamientos en orden y decidir qué quiero hacer con mi vida de aquí en adelante. Con Marsden fuera de mi camino, puedo redibujar mi futuro de forma más optimista. Y puedo decidir si realmente quiero a Ethan en él, o no. En el fondo, ya sé la respuesta, pero él está dispuesto a dejar que me tome mi tiempo. Así que lo haré.

—Vale —asiento, y él se muerde el labio inferior antes de cogerme la cara y besarme. Esta vez es profundo, tan profundo que puedo sentir cómo las lágrimas quieren salir. Está entregándose todo lo que tiene, separo mis labios y le doy la bienvenida.

Su lengua se encuentra con la mía y yo me ablando. Puedo sentirlo todo, cada latido de mi corazón, cada momento perdido, cada pensamiento sobre mí que ha pasado por su mente. Él gime y pone fin a nuestro beso, sus ojos están nublados y llenos de pasión.

—Estaré aquí, esperando —susurra, y me acompaña hasta la puerta principal, y luego hasta mi coche.

Le respondo con una sonrisa débil mientras arranco y me voy. Hay tanto que quiero decirle, pero me llevara un par de días encadenarlo todo con oraciones coherentes. Necesita escucharlo todo. Doce años de llorar hasta dormirme. Cada pesadilla y cada lágrima que he derramado en su ausencia. Necesito contarle todo...

ETHAN



PODRÍA HABER HECHO que se quedara. No habría peleado conmigo por eso. Podía sentir cómo temblaba como respuesta a mi tacto, anhelando otro beso. Y más. Pero ya ha pasado por mucho y todo lo que ha pasado esta noche debe haberla asustado, no se me ocurrió una mejor manera de profesarle mi amor y mostrarle exactamente de lo que soy capaz, para protegerla.

Necesita asimilar todo esto. Estoy de acuerdo con darle unos días. Después de eso, sin embargo, si todavía tiene dudas atacaré, una y otra vez hasta que olvide cuál es su nombre. No es una amenaza. Es una promesa. Cuando encuentras a *la indicada*, no debes dejarla ir sin más. Debes aferrarte a ella, mantenerla lo más cerca posible.

La casa se siente vacía sin ella. Era preciosa con ella dentro. Cada mueble, cada pintura y cada tira de tela se pusieron en su sitio pensando en ella. No puedo esperar a hacerle un tour de la casa, y mostrarle nuestra habitación. He estado durmiendo en una de las habitaciones de invitados durante años, esperando el día en que ella regresara a mí, para poder cogerla en mis brazos y hacerle el amor en nuestra habitación. No es nuestra si no está en ella...

Paso media hora en la puerta de nuestro dormitorio. Me suena el teléfono. Lo dejé en la mesa de la cena, así que bajo rápidamente. El nombre de Kyle aparece en la pantalla.

—¿Qué tal? ¿Cómo fue la entrega? —pregunto, poniendo la llamada en altavoz.

Me sirvo una copa de vino, agradeciendo que haya una segunda botella de este Brunello en la encimera de la cocina.

—Fue interesante, productiva y bastante graciosa en un momento dado —responde Kyle.

Escucho motores y sirenas que se oyen de fondo. Está atrapado en el tráfico.

—Defíne graciosa —sonrío, y tomo un largo sorbo de vino.

—Bueno, como puedes imaginar, Alfie estaba bastante cabreado porque su primo Marsden tratara de amenazar y robar a uno de sus principales socios comerciales —Kyle se ríe. —Digamos que Marsden tuvo que arrastrarse. Mucho.

—Bien. Ahora sabe quién tiene acciones en el Luxe, y se mantendrá alejado.

Lo había pensado bien, repasándolo una y otra vez en mi cabeza. La gran noche de apertura del Luxe me abrió muchas puertas. No invité a Marsden solo para molestarle. Su primo, Alfie, también estaba en la lista de invitados. No me llevó mucho tiempo despertar su interés. Poco después de dejar el apartamento de Winter, Alfie llamó e hizo una oferta. Así que, naturalmente, tuve que establecer algunos términos.

Marsden y su control sobre Winter fue un punto clave de la conversación y a Alfie no le importó tomar cartas en el asunto. No le gusta mucho su primo. Es probable que asesinen a

Marsden en circunstancias sospechosas en algún momento, tarde o temprano. A Alfie no le gusta que haya gente con el ego subidito flotando alrededor de sus negocios.

—Eso te lo puedo asegurar —responde Kyle. —Aunque perdí la pista de Jered en el camino. Vino en su propio coche.

—No pasa nada, era a Marsden y a Clive a quienes necesitaba que vigilaras hasta que conocieran a Alfie —me encojo de hombros.

—Mmm.. habría estado de acuerdo contigo en eso, hasta hace cinco minutos cuando el archivo de Jered apareció en una búsqueda nacional.

Algo me dice que no me va a gustar lo que voy a escuchar a continuación.

—Hicks no es su verdadero apellido —continúa Kyle. —Es Webster. Jered Webster.

El nombre me es familiar. Demasiado familiar. Rezo para que sea solo una coincidencia.

—¿Qué coño estás diciendo, Kyle?

—Su nombre es Jered Webster. La madre es Sharon Hicks, el padre es Michael Emmerson Webster, de 25 South Augusta Avenue, Baltimore.

Mis rodillas casi se rinden ante el sonido de esa dirección. *Joder.*

Es su hijo. Ha estado usando el apellido de soltera de su madre para evitar que lo detectaran. *Joder.*

De repente, varias cosas empiezan a tener sentido en todo este lío con Winter. Su expresión. El desprecio en su voz.

Y Winter... Eso significa que... Joder. Joder. Joder.

La noche que destruyó todo vuelve a mi cabeza.

2 DE MARZO de 2005

Se supone que este es el último trabajo que hago para Jimmy. El último trabajo que hago, punto. Winter insistió en venir conmigo para este, por mucho que lo odie, la necesito. Es mucho mejor que yo abriendo cerraduras. Me odio a mí mismo por dejarla hacer esto, pero la recompensa por el trabajo es tan grande que nos mantendrá a ambos legales y felices por mucho tiempo. Será suficiente para que Winter empiece en la universidad y me dé tiempo para buscar un trabajo estable.

Un último empujón, eso es lo que es.

La casa es preciosa, me gustaría vivir en un sitio así con Winter. Hay una valla y todo. Ella odia las vallas, pero en algún momento conseguiré que cambie de opinión. Dejamos nuestro coche a un par de manzanas.

El 25 de la Augusta Avenue Sur es tranquila. Ya pasa de medianoche. Probablemente todos estén durmiendo.

Nos dirigimos a la parte de atrás, donde Winter abre la cerradura de la puerta de la cocina. Es tan rápida que me impresiona y me molesta al mismo tiempo. Debería estar estudiando leyes, no rompiéndolas.

—A la izquierda —susurro mientras cruzamos la cocina y bajamos por el pasillo. Encontramos la puerta del garaje, que también está cerrada.

Winter levanta una ceja y emplea sus habilidades una vez más. Entramos en el garaje. Está oscuro y es sorprendentemente espacioso, hay varias cajas y herramientas tiradas en una esquina. Hay dos coches y el pedido de Jimmy los incluye a ambos.

Se supone que yo tengo que coger el Porsche y Winter se queda con el Aston Martin. El viejo M.E. Webster guarda estas maravillas aquí pero raramente los conduce, por lo que me ha

dicho Jimmy. Ha estado vigilando la casa durante dos meses, comprobando cada movimiento de Webster.

—Vale, ¿y ahora qué? —Winter respira mientras admira el Aston Martin, un magnífico V12 Vanquish verde oscuro con exquisitos interiores de piel color crema.

—La puerta del garaje —asiento con la cabeza a la puerta y Winter se mueve rápido para accionar el interruptor.

La puerta del garaje se abre con un zumbido y ambos intentamos abrir las puertas de los coches. Tenemos un minuto para meternos en ellos y otros dos o tres minutos para salir antes de que el viejo Webster baje las escaleras, siempre y cuando escuche la puerta del garaje en primer lugar.

Winter entra primero en el Aston Martin y me muestra una sonrisa de satisfacción.

—¿Necesitas ayuda con eso? —me pregunta juguetonamente.

—Estás disfrutando esto demasiado —le echo la bronca, y luego se centra en los cables del coche.

Estoy de espaldas a la puerta que da a la casa, finalmente me las arreglo para abrir el Porsche. Siento una presencia, algo pesado en el aire detrás de mí. Me doy la vuelta y doy un salto, el calor se extiende repentinamente a través de mí.

—Mierda —grito e inmediatamente miro a Winter; antes de devolver mi mirada a M.E. Webster, que bajó las escaleras mucho antes de lo que esperaba. —No te acerques, viejo...

Algo no va bien. Tiene mal aspecto, su pelo gris despeinado, sus ojos grandes y vidriosos y una extraña sonrisa de desprecio en su cara cenicienta. Tiene la bata colgada de los hombros, mostrando su pecho desnudo y flácido y sus calzoncillos tipo bóxer. Se mueve hacia adelante, descalzo y puedo oler su aliento que apesta a alcohol incluso desde donde estoy.

Winter está petrificada detrás del volante, mirando con horror e incapaz de moverse. Joder, no está hecha para esto...

—Estás... estás en el lado equivocado de la ciudad, hijo —Webster se ríe entre dientes, arrastrando sus palabras. Está borracho como una cuba.

Se lanza hacia mí y yo me lanzo rápidamente alrededor del coche, sacando mi cuchillo. Le prometí a Winter que no habría armas, pero siempre necesito un cuchillo, solo para momentos como este, cuando todo puede ir muy rápido. Espero que esto asuste al viejo, pero sigue persiguiéndome, murmurando sin sentido.

—Te lo advierto, no te acerques más —digo, manteniendo el cuchillo fuera para que lo vea.

Sus ojos brillan con emoción y se precipita hacia mí otra vez. Este hijo de puta es sorprendentemente rápido para su edad y estado de embriaguez. Me muevo a donde no debo en un momento de pánico y me encuentro en una esquina del garaje. Mierda. Voy a tener que golpearle.

—Sé que... estás en el lado equivocado... hijo, pero... sé una forma en que puedes compensarme... Ven aquí —Webster gruñe y da un par de pasos hacia adelante.

—Que no te acerques, joder —aprieto los dientes, le apunto con mi cuchillo y espero que le haga retroceder. Luego hace algo inesperado, tan rápido que ni siquiera me da tiempo a reaccionar y apartar la mano. Michael Emerson Webster corre hacia mi cuchillo y literalmente se apuñala en el estómago.

—¡Mierda, no! —escucho a Winter chillar antes de cubrirse la boca. Al menos ella sabe donde está, porque yo he perdido toda percepción de la realidad.

—Mierda, mierda, mierda... —consigo decir, mientras Webster me sonrío de oreja a oreja, luego pone los ojos en blanco y se desploma en el suelo, con mi cuchillo clavado en él.

Fue un accidente. Nunca quise que esto sucediera y sin embargo, esta noche ha cambiado mi vida... También ha cambiado la vida de Winter... para siempre. Puedo verlo en sus ojos. El horror. El miedo. El dolor. Nunca se recuperará de esto.

Pasan un par de minutos, mientras ella sale del coche y mira a Webster, que ya está muerto, la sangre haciendo un charco debajo de él. Necesito pensar. Necesito recuperar la compostura. No hay tiempo para lamentarse o pensar en lo que acaba de pasar. Necesito sacar a Winter de aquí, rápido. No puede ser parte de esto. Ya no.

—Winter, sube al coche —murmuro.

—¿Qu... qué?

—Sube al puto coche y ve a la tienda de Jimmy. Ya.

Las inflexiones de mi voz le hacen saber que no se lo pediré dos veces. Afortunadamente, me escucha y vuelve al Aston Martin. Consigue encender el motor en una milésima de segundo y se va. Saco el cuchillo del cuerpo de Webster, lo envuelvo en un trapo sucio que había en una mesa y me lo meto en el bolsillo interior de mi chaqueta de cuero.

Luego le hago un puente al Porsche y salgo de allí, con el sudor atravesando mi piel mientras me perdono por lo que acabo de hacer. No hay vuelta atrás ahora. Pase lo que pase, Winter no se verá afectada. Si alguien viene a por mí, que así sea. Pero no la tendré cerca cuando eso suceda.

El camino a la tienda de Jimmy es una maldita tortura, mientras pienso en todo lo que he hecho, en las muchas maneras en que he retenido a Winter conmigo solo porque no puedo imaginar mi vida sin ella. Y aquí estamos. Ya lo he hecho. La he cagado y no voy a dejar que salga perjudicada esta vez.

Le cuento a Jimmy lo que acaba de pasar y me dice que no me preocupe demasiado por ello. No había cámaras y teníamos guantes. Además, Winter y yo no tenemos antecedentes penales. Todo lo que tengo son un par de interrogatorios improvisados de robos anteriores al otro lado de la ciudad, pero Winter fue mi coartada para todos ellos. Jimmy tiene razón. No pueden relacionarlo con nosotros, y de todas formas venderá los coches pronto.

Me da una bolsa de cuero marrón que pesa mucho con dinero dentro, y me manda a casa. No le digo que es mi último trabajo. Simplemente desapareceré. Encontrará a otros que roben coches para él. No es que le deba nada.

Winter está esperando fuera. Está pálida y le tiembla todo el cuerpo. Necesito hacer esto ahora o nunca lo haré, la va a destrozar. Lo haré de forma breve, simple y lo suficientemente cortante para que ese vínculo invisible entre nosotros se rompa.

Le tiro la bolsa a los brazos, con las manos aún manchadas de sangre.

—Toma esto, es tuyo —murmuro, mi mirada fija en la suya.

—Pero... ¿Qué? ¿Por qué? —consigue decir mientras su labio inferior tiembla.

—Cógelo y vete —le digo, reuniendo todas mis fuerzas para poder alejarla. —Vete a por tus cosas y márchate de la ciudad. No mires atrás. No te molestes en llamarme o buscarme. Vete y ya, Winter.

Parpadea varias veces, agarrando la bolsa contra su pecho. Las lágrimas corren por sus mejillas y me siento el ser humano más horrible sobre la faz de la Tierra. Arderé en el infierno por esto.

—Ethan, ¿qué estás...?

—¡Que te marches, joder! ¡Se acabó! ¡Coge el puto dinero y empieza tu vida en otro sitio! —le grito. —¡Vete a otro estado! Olvídate de que existo... pírate. Se acabó. No vamos a seguir con esto.

Me mira fijamente, con los ojos vidriosos mientras lucha contra lo que le acabo de decir.

—Ethan...

—Vete, Winter. Vete. Hemos terminado. ¡Se acabó! ¡Vete! —gruño y me doy la vuelta para irme, pero ella me agarra del brazo y la empujo hacia atrás, un poco demasiado fuerte. Se cae de espaldas y se queja de dolor. Si dudo ahora, nunca me lo perdonaré. Me quedaré con ella y seguiré arruinando su vida. De ninguna manera voy a hacer eso, así que me acerco a ella, me acerco a su cara tanto como mi cuerpo me lo permite y hablo sin temblar ni estremecerme. — Esto ya había terminado antes de que empezara, Winter. No creas que lo que ha pasado esta noche es lo que ha arruinado el felices para siempre que esperabas. Fuiste un buen polvo, lo suficientemente bueno como para querer volver a ti, pero no tengo futuro con una chica como tú. Si tu padre no pudo quererte lo suficiente como para mantener sus manos lejos de tu bonito cuerpo, entonces, ¿qué te hace pensar que cualquier hombre lo hará? —Mis palabras son tan claras y tan poderosas que me chocan hasta a mí.

—¡Ethan! —grita, y me destroza por dentro. Winter no es una débil, pero en este momento es justo cómo se está sintiendo. Débil. Y rota.

—Lárgate de aquí, Winter —digo, sin mirar atrás.

Se acerca un taxi con la luz de servicio apagada. Le hago un gesto y el conductor se detiene. Puedo oír a Winter mientras se levanta, gritando mi nombre.

—Ethan, no me dejes —solloza.

—A Orangeville —le digo al conductor mientras me subo. —Rápido.

El taxista arranca y veo a Winter por el espejo retrovisor mientras trata de correr tras nosotros. Tropezada y se cae, quedándose quieta en el suelo. Me resulta difícil habitar mi propia piel en este momento. Nunca me perdonará por esto, y me lo merezco.

—¡Ethan! —escucho su último grito antes de que el coche gire a la izquierda y esa cuerda invisible que ata mi corazón al suyo simplemente... se rompe.

—¡ETHAN!" escucho la voz de Kyle que me arrastra de vuelta a la realidad. —¿Sigues ahí?

Joder.

—Sí, estoy aquí —digo mientras la gravedad de la situación me hace un nudo en el estómago. Jered es el hijo del viejo Webster y de alguna manera se metió en la vida de Winter. Eso significa que probablemente sepa quién es ella... y quién soy yo. ¿O no?

—¿Qué quieres que haga? —pregunta Kyle.

—Winter —consigo decir, de repente aterrorizado ante la idea de que Jered esté ahí fuera, en algún lugar, sin supervisión. No importa si sabe quiénes somos o no. Primero necesito que Winter esté a salvo, luego puedo pensar claramente en lo que voy a hacer con Jered. Cerraron el caso. La policía nunca vendrá a buscarme a mí o a Winter. Kyle se aseguró de eso. —Ve a casa de Winter, ya. Estoy de camino.

Cuelgo y voy corriendo hasta mi coche, con el corazón en la garganta y luchando contra mi caja torácica. Aguanta, nena...

Va a estar bien. Iré a su casa, la sacaré de allí y la traeré de vuelta. Estará a salvo conmigo, hasta que averigüe cuánto sabe Jered y cómo llegó a meterse en la vida de Winter para empezar. Necesito llegar a ella primero.

WINTER



ME LEVANTO del sofá de un salto para contestar el timbre. Jered me envió un mensaje diciéndome que estaba de camino con un poco de champán y comida china, para celebrar lo que acababa de suceder. No puedo culparlo y me alivia saber que está bien; que Marsden no borró las partes de él que son humanas.

Abro la puerta y me quedo petrificada. Tengo un arma en la cara. Una Glock. Por un segundo, espero ver a Clive al otro lado. Mi corazón se encoge y se convierte en una pequeña y dolorosa canica cuando veo a Jered sosteniéndola. Sus fosas nasales se están ensanchando y un músculo se mueve en su mandíbula. El sudor gotea por su cara y no trae champán ni comida china.

¿Qué cojones está pasando?

—¿Jered? —digo, tengo la boca seca. —¿Qué coño estás haciendo?

—¿Sabes cuánto tiempo pasé poniendo todo en su lugar para esto? —contesta, y puedo ver cómo su mano tiembla mientras agarra el arma, con la piel estirada sobre sus huesudos nudillos.

Necesito sobrevivir a lo que sea que venga ahora. Mi cabeza piensa en Ethan. No puedo devolver esa pieza vital a mi rompecabezas y no llegar a tener nunca la oportunidad de ponerla en su sitio. Doce años de miseria no terminarán con una bala en mi cabeza, no después de todo lo que he pasado hasta ahora. Sea lo que sea que le pase a Jered, lo arreglaré o por lo menos me acercaré lo suficiente para quitarle el arma de la mano.

Se me congela la sangre cuando Jered da un paso adelante, lo que me lleva a volver a entrar en el apartamento, con el arma todavía a un par de centímetros de mi frente.

—Jered, no puedes dejar que Marsden se meta en tu cabeza de esta manera" digo, tratando de parecer tranquila, pero mi voz temblorosa me traiciona.

—¿Marsden? —resopla. —Esto no tiene nada que ver con el puto Marsden. Cinco años... he esperado cinco putos años para tenerte a ti y a Ethan en la misma habitación —gruñe, y cierra la puerta con el pie. —Cinco putos años después de lo que me pareció una vida entera hasta que conseguí rastrear tu culo.

Parpadeo varias veces. Me estoy perdiendo algo, porque todo esto no tiene mucho sentido.

—¿De qué estás hablando, Jered?

—Ah, es verdad, solo sabes el apellido de soltera de mi madre —se burla, disfrutando mucho de mi confusión. —Bueno... ¡permíteme presentarme, bomboncito! Soy Jered Anderson Webster.

Me hace una reverencia a modo de burla. Todos mis músculos se tensan a la vez, mientras los escalofríos recorren mi columna vertebral. Conozco ese nombre. Dios, conozco ese puto nombre demasiado bien...

—Jered Webster —repito, mi voz se desvanece al volver a la noche del 2 de marzo de 2005. Esa noche que nunca olvidaré. La noche que lo arruinó todo. —Eres... No...

—¿Qué dices, bomboncito? ¡No te escucho! —Jered ha pasado de ser el encantador sureño al que conozco desde hace cinco años a ser un puto maníaco, con los ojos brillando de odio y apuntándome con una pistola a la cabeza. Podría jurar que esta demencia psicópata le viene de familia...

—Jered... ¿eres su... su qué, su hijo?

—Ding-ding-ding-ding-sing. —¡Bingo, cariño! ¡Atención, estamos ante la ganadora del premio gordo!

Sí, ha perdido la cabeza. O se le está yendo la olla o ha estado fingiendo estar cuerdo todo este tiempo. Echo la vista atrás a estos últimos cinco años y los pequeños indicios de esto que he ignorado empiezan a cobrar sentido, uno a uno. Cuanto más clara es la imagen, más tonta me siento y más aterrorizada estoy de que este sea mi fin.

—No... no lo entiendes —trato de razonar con él. —Yo no maté a tu padre, Jered. No pretendíamos... Fue un accidente...

Me golpea con la culata de su pistola, dándome en el pómulo izquierdo. Un dolor agudo me atraviesa la cara, me quema la piel. Pierdo la visión por un momento, antes de poder enfocar de nuevo mi mirada y encontrarme cara a cara con su pistola.

—¡No me digas que eres inocente, puta! —gruñe. —¡No después de todo este tiempo! ¡No después de todo el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí! ¡Se supone que tenías que morir! Clive tenía que mandaros al otro barrio a ti y a ese cabrón de Lightstone... ¡Por el amor de Dios, era el plan perfecto y lo arruinaste!

—¿Cómo? Por favor, Jered, explícame cuál era ese gran plan maestro —respondo, cabreada por el dolor que se extendía por mi mejilla. Necesito ganar algo de tiempo aunque lo último que quiera oír es la flaqueza de su voz. —No me dejes morir en la ignorancia, Jered. Dime cuál era vuestro plan maestro.

Se burla respirando agitadamente, mientras da otro paso adelante. La pistola me presiona la frente. Siento el frío contra mi piel.

—Verás, Winter, nunca me he llevado muy bien con mis padres, pero por lo que parece, tú tampoco —dice, con la voz temblorosa de rabia. —Pero si alguien merece estar a dos metros bajo tierra, yo diría que es el hombre que lleva tu apellido. Mi madre ni siquiera le dio una oportunidad a mi padre, me arrastró hasta Carolina del Norte y no pude conocerle. —Hay un brillo en sus ojos, como si estuviera luchando por contener las lágrimas. Mantengo la boca cerrada, esperando que siga hablando. Mientras esté hablando, no está disparando. Mientras siga hablando, estaré viva. —Y cuando se me presenta la única oportunidad que he tenido de conocerlo, después de tantos años, me entero de que está muerto. No muerto de un ataque al corazón... Sino asesinado. —Me mira fijamente, con los ojos gritando venganza. —A la policía no parecía importarle mucho, así que investigué un poco y encontré a un tal Jimmy...

No digo nada. Necesita terminar la historia, mientras yo estudio como puedo mis alrededores para encontrar algo que potencialmente pueda usar en su contra antes de que apriete el gatillo.

—Tuve que trabajar duro para convencerle y cortarle algunos dedos, pero al final me dio vuestros nombres —me mira con los ojos entreabiertos. —Ethan... fue fácil de encontrar. Pero cuando di con él, era un pez gordo de Las Vegas y no podía tocarlo... Tú, sin embargo, maldita perra... fue como si te hubiera tragado la Tierra. Así que me fui a Nueva York para armar un plan y así al menos joder un poco a Ethan sin que me mataran en el proceso... Empecé a trabajar para Marsden. Tenía la mano de obra que necesitaba para empezar una guerra contra tu chico. Dios,

estaba funcionando a la perfección.

Mientras pienso en lo que ha hecho estos últimos doce años, me doy cuenta de que hay algo que no tiene sentido.

—¿Cómo me encontraste, Jered? —frunzo el ceño, y veo dos vasos en la encimera de la cocina a mi derecha. Si consigo acercarme un par de metros, puedo coger uno y estampárselo en la cara. Hay una parte de mí que no solo está furiosa por el hecho de que me esté apuntando con una puta pistola, sino que también me ha estado mintiendo durante años. Confíe en él. Lo consideré mi amigo.

—No te lo vas a creer, bomboncito, pero no fue más que un golpe de suerte —responde Jered—. Fuiste al Empire Casino esa noche. Te reconocí y ya. Tuve que rediseñar un poco el plan para incluirte. Por aquel entonces, todavía me costaba darle a Marsden una razón para fijarse en Ethan, pero entonces llegaste tú y supuse que valdría la pena esperar hasta que pudiera teneros a los dos.

—La subasta de diamantes —digo para que siga hablando y me muevo lentamente hacia mi derecha. No parece darse cuenta, hay tanto odio ardiendo en sus ojos mientras me mira... soy su centro de atención. Ha estado interpretando un papel durante cinco años. En el fondo, no puedo evitar estar impresionada. Sí, me engañó. —¿También planeaste eso?

—Bueno, sí, eso fue un poco raro —sonríe con satisfacción. —Sabía que a Ethan le gustaban los diamantes gordos, y a Marsden también, solo que nunca se habían cruzado en el mercado, así que pensé que era hora de que se conocieran. Envié un par de correos electrónicos desde una cuenta diferente y... lo que pasó a continuación fue que Ethan y Marsden se estaban peleando en Sotheby's por ese puto brazalete. Yo fui quien sugirió robárselo a Ethan. Marsden se unió al plan y se autoconvenció de que había sido idea suya. ¡Iba a ser épico, joder!

—¿Y que Ethan estuviera en casa mientras intentaba robar el brazalete... también estaba planeado? —levanto una ceja, preguntándome cuánto de esta mierda fue el resultado de su trabajo y cuánto fue puro azar.

Él sacude la cabeza mientras yo muevo otro pie con cuidado. Lo único que tengo que hacer ahora es estirar la mano y coger el vaso.

—No, eso fue cosa suya —Jered gruñe, poniendo los ojos en blanco. —El plan era que lo robaras y que Ethan te encontrara. De cualquier manera, iba a atraer a Marsden. No iba a soltarte a ti ni al brazalete tan fácilmente. Pero tenía que adaptarme a ese ligero cambio de planes... no contaba con...

—No contabas con que Ethan y yo volviéramos a estar juntos y con su decisión de darme el brazalete, ¿verdad?

Todo tiene sentido ahora. La expresión en su cara durante la cena, era la de Jered viendo su plan desmoronarse por completo. Su ceño fruncido al salir de casa de Ethan fue un adelanto de... de esto.

—Me lo merezco —Jered sacude la cabeza de nuevo, sus labios retorcidos de asco. —Si no te hubieras abierto...

Alguien golpea con fuerza la puerta y la cabeza de Jered se gira instintivamente para mirar.
Ethan.

Es mi momento.

Cojo el primer vaso y lo estampo contra la cabeza de Jered.

—¡Ethan! —Grito, mientras Jered cae a un lado y se golpea contra la pared del pasillo.

Corro hacia la puerta y casi llego a ella cuando de repente Jered estira el brazo y me agarra por la cabeza. Tira tan fuerte que me quema y casi puedo sentir que me arranca mechones de pelo.
—¡Ethan! —Grito de nuevo.

—¡Ni Ethan ni pollas, puta perra! —Jered gruñe y pone su brazo alrededor de mi cuello, impidiendo que me mueva y ahogándome.

Se escuchan golpes en la puerta, cada cual más fuerte que el anterior. El arma de Jered encuentra mi frente y la punta del cañon se clava en mi piel. Un último golpe y mi puerta se abre de par en par mientras las astillas de madera de la cerradura rota vuelan por los aires.

Ethan se queda petrificado en la puerta, Kyle está justo detrás de él.

—No seas estúpido, Hicks —dice Ethan, levantando lentamente las manos en un gesto defensivo. —Esto no va a terminar bien para ti, no importa lo que hagas.

—¡Soy yo el que tiene el arma, cabrón, yo decido como termina esto! —Jered gruñe, presionando el arma contra mi sien. No es momento de tener miedo. Mi instinto de lucha o huye se está despertando y consigo mirar para abajo para ver dónde están las piernas de Jered.

—Esto no es lo que quieres —responde Ethan con calma. —Es a mí a quien quieres, no a Winter. Déjala ir y podrás hacer lo que quieras conmigo.

¿Qué? ¡No!

—No, os quiero a los dos. Primero la verás morir y luego te mataré a ti también. Es lo menos que puedo hacer después de lo que hiciste. ¡Después de lo que ambos hicisteis!

—Jered, lo que pasó esa noche fue un accidente —consigo decir y me cuesta respirar con su brazo presionándome el cuello. —Tu padre estaba borracho y fuera de sí. Nos encontró en su garaje y Ethan sacó su cuchillo para asustarlo. Tu padre se lanzó sobre él. Quería morir. No... no planeamos nada de eso y no pasa un día en que no nos arrepintamos por lo que...

—¡¿Por qué no cierras la puta boca de una vez?! —Jered está harto.

Ethan está pálido, con los ojos muy abiertos y fijos en mí. Kyle tiene su arma fuera y nos está apuntando. Me pregunto cómo andará de puntería, aunque yo también podría servir de ayuda.

—Jered, fue un accidente... —lo intento de nuevo, pero presiona el arma con más fuerza contra mi cráneo y oigo un chasquido. Mierda. Ha quitado el seguro.

No hay tiempo. Golpeo a Jered en las costillas con el codo derecho. Gruñe por el dolor y se dobla sobre mí, así que lo golpeo de nuevo, esta vez levantando mi codo en un movimiento rápido y ascendente contra su barbilla.

Me aparto del camino. Se escuchan tiros. Cuento tres disparos mientras cierro los ojos y me agacho por instinto. Un cuerpo golpea el suelo con un ruido ensordecedor y me zumban los oídos.

—¡Winter! —alguien grita mi nombre, pero suena muy lejos. —¡Winter!

Un par de brazos me sostienen ahora. Abro los ojos y veo a Ethan.

De repente, toda la tensión que se ha estado acumulando dentro de mí estalla, y el calor se extiende por mis venas mientras lo abrazo. Me ayuda a levantarme y me abraza fuerte, besándome toda la cara. Puedo respirar de nuevo, temblando en sus brazos.

—Se ha ido —dice Kyle.

Alcanzo a ver a Kyle, agachado sobre el cuerpo de Jered y luego escondo mi cara en el pecho de Ethan.

—Estarás bien —me susurra Ethan al oído. —Estás bien. Estamos bien. Se acabó, cariño.

—Ethan, es... su hijo... —consigo decir antes de empezar a llorar incontrolablemente.

—Lo sé, nena, lo sé... el hijo de Webster... Kyle lo averiguó y vinimos para acá tan rápido como pudimos —dice Ethan, abrazándome aún más fuerte. A pesar de todo lo que acaba de pasar, me siento bien. Me siento segura. Su cuerpo me mantiene caliente mientras mis lágrimas fluyen libremente, empapando su camisa.

Estoy a salvo... por fin estoy a salvo...

ETHAN



HAN SIDO un par de días raros. Si echo la vista atrás, todo está un poco borroso, pero tanto Winter como yo estamos bien, y a salvo. Necesito darle a Kyle un puto aumento por todo el trabajo que ha hecho. Llamamos a la policía y tirando de un par de contactos, la investigación concluyó que Jered Hicks era un ex amante descontento de Winter, a quien no le gustaba que volviéramos a estar juntos.

Nadie mencionó al viejo Webster porque nadie podía relacionarlo con nosotros de ninguna manera. He pasado los últimos doce años cubriendo mi rastro y parece que Jered ha hecho lo mismo. Afortunadamente, soy yo quien todavía respira y quien puede inventarse una buena historia que mantenga a los policías alejados tanto de Winter como de mí.

Ya hemos pasado por mucho. Lo que sucedió el 2 de marzo de 2005 fue un horrible accidente. Se suponía que no debía haber pasado. El viejo Webster solo quería morir y yo era el perfecto idiota que necesitaba. Me costó todo lo que quería. Perdí a Winter. Mi vida se acabó esa noche. La alejé y estuve a la deriva durante un par de años, hasta que me recuperé.

Vivir no tenía sentido sin ella. Pasé los siguientes diez años buscándola. Resulta que no era el único que la buscaba.

No sé si fue una coincidencia o el destino lo que nos unió, según Winter, fue un poco de ambos. Jered no se tomó muy bien la muerte de su padre pero, al final, terminó dejando a Winter en mis brazos. No puedo evitar estarle agradecido por eso. Ahora mismo está tranquilo en la morgue. Su madre recogerá el cuerpo en algún momento y le hará un funeral. Espero que haya encontrado algo de paz porque su vida fue oscura, envenenada y llena de tormento.

En parte soy responsable de ello y pasaré el resto de mi vida buscando una forma de remediarlo. No hay nada que pueda hacer por él, pero me aseguraré de que su madre disfrute de su vejez en paz y sin agobios económicos. Sin su hijo, no hay nadie que le envíe dinero y cubra su alquiler o los gastos médicos. A la mierda, le compraré una casa, la instalaré en un lugar bonito. Es lo menos que puedo hacer.

Winter ha vuelto. Esta vez para siempre.

Hemos hablado. Mucho. La llevaron a un hospital para un chequeo rápido. Tan pronto como habían acabado, la llevé a casa. *Nuestra casa. Nuestra habitación.* Hicimos el amor, una y otra vez, hasta que apenas nos quedó energía para mantenernos en pie. Dormimos hasta el mediodía. Le preparé el desayuno. Comimos y hablamos, y ella me dijo todo lo que tenía que decirme, todos los pensamientos que había ido coleccionando en su cabeza desde 2005. Los días se convirtieron en noches y las noches en días. Nos dijimos muchas cosas y cada vez que Winter separaba sus labios

para hablar yo me aferraba a cada sonido que se escapaba de ellos.

Dicen que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. ¿Qué tal si te pasa que sabes lo que tienes y vas y lo regalas? Eso es lo que me pasó con Winter. Nunca tuve la menor duda de que ella era todo lo que necesitaba. Ni la menor duda. Y con todos los músculos de mi corazón suplicando que me aferrara a ella, tuve que dejarla ir. Pero eso ya se ha acabado, me agarraré con uñas y dientes a lo que haga falta para que no se aleje de mi lado otra vez.

La he besado mucho estos últimos días. Sin querer o necesitar más que sus labios contra los míos.

Estamos empezando de nuevo. Borrón y cuenta nueva, como se suele decir.

Mi corazón está lleno de amor. Siento que mis pulmones vuelven a funcionar como deben. Incluso mis pesadillas se han ido, reemplazadas por partes de su cara, sus gélidos ojos azules y sus maravillosas curvas. Los ecos de su risa permanecen en mi cabeza. Winter se ha convertido en toda una mujer y yo soy un puto cabrón con suerte por haber tenido esta segunda oportunidad. No voy a cagarla. En cuanto a la vida que Winter va a llevar, será todo legal. Cuando era una niña, Winter se vio obligada a lidiar con cosas que ni siquiera los adultos deberían pasar. Si hay alguien que se merece un poco de tranquilidad, es ella. No más guantes negros, no más sudaderas con capucha, no más colarse en casas ajenas y eso. Se está volviendo completamente legal.

Ya he puesto en marcha las obras para montar una consultoría, especializada en la protección de alta gama para los coleccionistas de joyas y arte. Si alguien puede decirles cómo mantener sus millones de dólares en diamantes y pinturas a salvo de los ladrones, esa es Winter. Supongo que se podría decir que estoy devolviéndole la legalidad a la increíble mujer sin ley de la que me enamoré.

Pero antes de hacer todo esto oficial, tengo que ceder a uno de sus deseos. Winter no es la mujer más indicada a la que decirle que no, así que aquí estoy, diciendo que sí. Haciendo lo que quiere. Metiendo el rabo entre las piernas, por así decirlo.

No puedo seguir si no arreglamos este asunto, me dijo esta mañana. ¡Acabemos con esto y el camino estará despejado para la Winter y el Ethan del futuro!

Estoy en mi coche, parado frente a la villa de Marsden en los Hamptons. A ese mafioso de mala muerte seguro que le gusta vivir en el corazón de la alta sociedad de Nueva York. Llevo tocando la bocina durante cinco minutos seguidos. Un par de sus matones aparecieron en la puerta, pero bajé la ventanilla y les dije que no iría a ningún lado hasta que él saliese.

Ahí está...

Salgo del coche y lo saludo con una sonrisa mientras las puertas metálicas se abren. Está envuelto en una bata de seda roja oscura, que me recuerda a una película porno de los 70. Lo único que le falta es un buen bigote tupido. Todavía está enfurruñado por la cena de la otra noche, lo lleva escrito en su redonda y sebosa cara.

—¿Qué quieres? —refunfuña, mirándome de pies a cabeza con asco, mientras Clive está de pie detrás de él, con un traje oscuro y hasta gafas de sol.

—Solo quería pasarme a ver cómo estabas —me encojo de hombros, sin tratar de disimular que me divierto con esta situación. —Escuché que Alfie te dio un sermón sobre lo importante que es que no metas el morro en sus negocios.

—Sí, bueno, no sabía que había comprado acciones en el Luxe, así que que te den —Marsden levanta una ceja y lo veo, un moretón escondido bajo las capas de corrector. Parece que Alfie le dio más que un simple sermón.

—Igual debería probar con un poco de base y polvos, Sr. Marsden —bromeo, sofocando una risa—, ese corrector no le va bien a su tono de piel.

—Oh, veo que sabes mucho de maquillaje, ¿no es así, mariconazo? —Marsden se burla.

Miro detrás de él y veo a Clive apretando sus labios. Le cuesta contener la risa, pero no puedo culparlo. Seguramente valga la pena tener que proteger a un imbécil como Marsden pero debe ser una profesión agotadora. Hago una nota mental para que Kyle le envíe una oferta. Podría ser útil.

—Sr. Marsden, Sr. Marsden —me río—, ¿A qué viene tanta amargura? Le di un brazalete de diamantes, hombre”.

Parece que empieza a pillar el doble sentido. Se esfuerza por mantener la compostura mientras un músculo se mueve en su mandíbula. Meto las manos en los bolsillos de mis pantalones, manteniendo mi postura lo más casual posible, mirando de vez en cuando su suntuosa mansión, con grandes ventanales y columnas de mármol blanco.

—Como puede ver, Sr. Lightstone, estoy bien —suspira Marsden con derrotismo. Probablemente se lo haya pensado dos veces y haya decidido que discutir conmigo haría que el primo Alfie volviera a aparecer en escena. — Y ahora ¿por qué no te vas, te metes en tus asuntos y me dejas en paz?

Una luz parpadea en una de las ventanas. *Vale, ya está.*

—Por supuestísimo —respondo con una sonrisa amistosa. —Cúidese, Sr. Marsden. Y no busque problemas conmigo, ¿de acuerdo?

Le oigo refunfuñar algo cuando vuelvo a mi coche y me voy. Pasará el resto del día maldiciéndome. No es que me importe una mierda pero oye...

El vecindario es muy bonito. Me paro a unos doscientos metros de la casa de Marsden y bajo las dos ventanillas. Hace un día precioso. No he sacado el barco en mucho tiempo, podría ser un buen momento. A Winter le encantará.

La puerta del copiloto se abre y Winter entra en el coche. Lleva unas mallas negras, su chaqueta negra y el pelo recogido en una coleta, sus ojos azules brillan de satisfacción. Mi polla responde al instante y recuerdo que aún no hemos probado el dormitorio del yate.

—¿Contenta? —pregunto, viendo como deja caer la mochila en el asiento trasero, luego se quita los guantes y saca una caja de terciopelo negro del interior de su chaqueta. La abre y me mira fijamente.

—Muy contenta —respira, sosteniendo con orgullo el brazalete Graff que le dio a Marsden la otra noche. La misma pieza que intentó robarme. La robó de nuevo, solo para joderlo. No será capaz de acusarla. Ahora no puede tocarla. Marsden ya no tiene a ningún Jered. No tiene a Winter. No tiene su brazalete Graff.

—Recuérdame otra vez por qué querías hacer esto" sonrío, mientras extendiendo la mano y la agarro por la nuca. Su mirada está nublada y casi puedo oír su corazón latiendo frenéticamente en su pecho.

—Nadie se mete con nosotros y se sale con la suya —responde Winter, ahora la quiero aún más, aunque no creía que fuera posible.

Mi reina guerrera. Mi alma gemela. Mi cómplice y el aire que respiro.

La acerco a mí y la beso con pasión, asegurándome de que lo sienta todo. Ella gime suavemente y yo vierto todo mi amor en ella, saboreando la dulzura de su alma mientras se abre a mí.

—Te amo —susurro en sus labios.

—Te amo —responde.

—Ponte el cinturón de seguridad —le digo, y arranco el coche. El motor ruge y acelero haciendo que las ruedas chirrien, con las ventanillas bajadas y el aire azotando nuestros cuerpos.

Winter asiente lentamente con los ojos fijos en la carretera, los pliegues que forman su sonrisa

dibujan una expresión de satisfacción en su cara. Si nunca antes había experimentado la perfección de un momento, ahora sé con certeza cómo es. Excepto por un pequeño detalle, ese brazalete Graff le va a quedar un poco grande en el dedo.

POSTFACIO

Gracias por unirse a nosotras en esta aventura, viviendo por y para Ethan y Winter estas últimas horas. De verdad esperamos que te haya gustado el viaje en el que “Winter” te ha llevado y nos encantaría que nos dejaras una opinión en Amazon.

Si quieres estar en contacto con nosotras, recibir las copias para revisar, estar al día de nuestras próximas entregas y que te lleguen nuestros maravillosos regalitos, no dudes en buscarnos en Facebook: [ps://www.facebook.com/Autoras-Amelia-Gates-y-Cassie-Love-109654547269336](https://www.facebook.com/Autoras-Amelia-Gates-y-Cassie-Love-109654547269336)

Además, para que no te pierdas ninguna de nuestras nuevas publicaciones, síguenos aquí en Amazon simplemente clicando el botón +Seguir situado bajo las fotografías de las autoras.

[FOLLOW AMELIA](#)
[FOLLOW CASSIE](#)